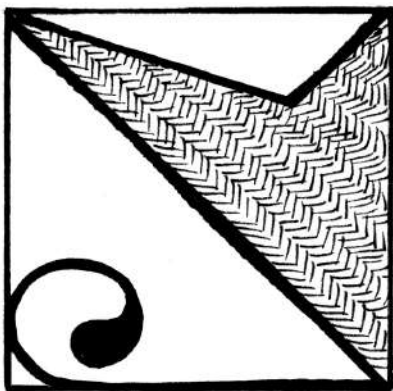




Escrito, editado e impreso por
Rafael García Artilles durante
el año 2019

FATUM I

Esta historia de muchas historias, comienza en ese momento crítico en el que me echan de un trabajo donde había volcado muchas ilusiones, y aún más empeño. Un trabajo para el que ellos contactaron conmigo porque un antiguo maestro me recomendó. Fue un despido tipo *ya te llamaremos*. Trabajaba para ellos en el españolísimo régimen de falso autónomo. Lo hacía por lo que pagan los empresarios *criminales* a manos extranjeras para recoger verduras y frutas dentro de inhabitables invernaderos. Pero yo calor no pasaba, frío sí. Era una nave enorme en la vega de Granada, en pleno invierno, sin calefacción, que *esos espacios tan grandes son imposibles de aclimatar*. Hacía un trabajo especializado y de carácter creativo, y muy físico, mi licenciatura en bellas artes y mi tesón me capacitaban para comenzar en ese oficio. Si acepté ese trabajo con ese sueldo fue porque consideré que entraba allí como un aprendiz, para profundizar en ese oficio, y porque de verdad me hacía mucha ilusión comenzar con aquello. Y ellos también lo entendieron así, pero resultó que en algún punto se dieron cuenta de que, y cito

textualmente, *necesitaban a alguien que supiera más que ellos*. Evidentemente eso era algo que yo no les podía dar en ese momento, pero aunque hubiera podido, ellos no lo habrían querido pagar. Creo que se encontraban en plena crisis creativa y yo pagué los platos rotos, y que el espectáculo continúe.

Esto se sumó a que aún no había superado la ruptura de una relación de ocho años, con una persona que se ha convertido con el paso de los años en alguien con un lugar muy especial en mi vida. En aquel momento era todo muy doloroso, y todo eso se juntó a que la convivencia en el piso compartido en el que vivía en el barrio de la Chana, se había convertido en un pequeño infierno. Uno de los dos compañeros que tenía resultó ser un guarro de los que se rocían en perfume para disimular su podredumbre. Un malcriado que no sabía fregar un plato y para el que toda comida se prepara frita, excepto la pasta que se cuece hasta que se pega al fondo del caldero. Caldero que se limpia solo, al igual que el resto de platos. De esos individuos que han visto muchas películas de los

EEUU y piensan que la comida que sobra en el plato se la traga el fregadero sin problema. De esos que se van una semana y te dejan en recuerdo su basura de un par de días, que equivale a la de todo un mes de un ciudadano promedio.

No puedo olvidar el pestazo que salía de su cuarto, y aún, cuando huelo a alguien que usa su característico perfume, se me remueve el estómago y me dan ganas de inflarlo a hostias. Perdónenme por la expresión, es que aun me enerva pensar en ese individuo. Un día casi llegamos a las manos, pero por suerte el otro compañero nos separó. No soy una persona violenta, pero sí de aguantar y aguantar hasta que exploto, y ahí ya sí que sí soy una persona violenta.

Me fui de aquel piso, a pesar de que la casera ya había echado al compañero guarro. Lo sentí por mi otro compañero, un currela peruano que era muy buena gente, a pesar de que se ponía muy cargante con sus penas de amor. Cuando le venían inundaba la casa de bachatas, que por si acaso no entendía de su carácter lastimoso, él se encargaba de cantarlas a coro, bien desentonado y bien llorado.

Visto con perspectiva no sé cómo me pude meter en un piso tan lúgubre, hecho polvo y con gente extraña. Pero bueno, era barato y tenía que salir de la casa donde vivía con mi pareja. Comenzaba una nueva vida, así que todo me parecía una oportunidad para dejar atrás mis dolores.

Pero la vida continúa y cuando una puerta se cierra, si sigues la corriente de aire, encuentras una ventana abierta por la que colarte. Y así pasó que el socio de una de esas grande amigas que te da la vida, Maya, quería traspasar su parte del negocio. Una pequeña tienda de artesanía en el Albaicín. Pensé que sería cosa fácil, por la amistad que me unía a los dos. Pero cierto conflicto entre ellos estuvo a punto de no hacerlo posible. Al final se consiguió, y sin tener que desembolsar lo que en un principio me pedía, y menos mal, porque la persona que cedía su parte había sobreestimado, calculo que sin mala fe, el valor de aquel negocio.

Estamos ya en mayo, y tras un durísimo invierno la primavera se viene cargada de nuevas ilusiones y proyectos. Mi propio negocio, un espacio donde

proyectarme, crear, y ganar dinero. El lugar era bien bonito. Tenía tres espacios principales, uno era el de la tienda en si, otro era un pequeño patio lleno de plantas que daba la bienvenida al visitante y otro una cueva que usábamos como sala de exposiciones, para proyectar películas y dar pequeñas fiestas. Cada mes inaugurábamos una exposición, y cada inauguración era una fiesta donde regalábamos ilustraciones con cada cerveza que se compraba, además de buena música, algo de picotear y un rato bien bonito. A pesar de las complicaciones solo tengo buenos recuerdos de aquellos dos años que estuve llevando aquella tienda.

Me fui a vivir al Albaicín con un amigo que ya es hermano, Nicolás, el poeta del puente. Todo pintaba bien, pero con el tiempo ese piso también resultó ser una porquería y el casero un asqueroso que nos tenía casi sin agua, y cuando a los meses decidimos irnos porque no se solucionaban los problemas de la casa, decidió que se quedaba con la mitad de la fianza. Dice que es abogado, y si camináis por el Albaicín igual os lo cruzáis, es un tipo alto, gordo de buena vida, con un sombrero

blanco, barba recortada y canosa, tiene cara cabrón y va perdonando vidas, sus ojeras son como dos profundos pozos, de maldad. Se le ha visto alguna vez pisando con sus brillantes zapatos el trabajo de compañeros ilustradores que venden en la calle, mientras dice, *la calle es de todos*. De esa clase de persona es.

El siguiente lugar donde caí a vivir se convirtió en mi hogar durante el tiempo que me quedaba en Granada. Era un pisito muy antiguo en la cuesta Gomerez, de techos muy altos y distribución extraña.

Fui muy feliz en ese piso, y todavía cuando voy de visita a Granada puedo pasar a visitar a mi vecino pintor, el gran Helí, y celebrarnos una fiesta de la música, donde yo especialmente, destrozo todo tipo de canciones, sin pudor ni respeto.

Volvamos a la tienda, y a la historia. Fue un soleado día del mes de febrero del dos mil quince que se presentaron unos colegas con la nevera que le va a dar interés a este relato. Una nevera de estas de playa, bastante vieja, y en cuyo interior se encontraban una serie de objetos cuyo sentido

roza lo absurdo. Aunque más absurdo es como se lo encontraron, pero bueno, es Granada, y aquí todo lo absurdo es posible, solo hay que ver la cantidad de fachas antimoros que se enriquecen a costa de lo que ese constructo de *moro* levantó en su día, y lo hacen sin despeinarse. Más que absurdo, eso ya casi es esperpento. En fin, sigamos, estábamos por cómo se encontraron mis colegas esta nevera y sus objetos imposibles. Aquí os dejo una transcripción, casi literal, de sus testimonios.

Y en este enlace podéis ver un documento audiovisual donde se recogen esos testimonios contados por ellos mismos:

<https://youtu.be/KnZ9TNcoJwM>

MIGUEL:

Son las 12 de la mañana cuando siento mi móvil emitir el molesto ruido de los wassap, ese del que mi cerebro ya no puede pasar. Es María que está en la puerta de mi casa junto con Rau y unos litros de cerveza. Dicen que hace sol. Me levanto y corro la cortina. La luz me ciega totalmente. Justo en ese momento suena el timbre, insistentemente. Me pongo las gafas de sol y me acerco de nuevo a la ventana, a la que me asomo. Allí están los dos, con su bolsa llena de litros, en pantalones cortos y en chanclas. Se deben creer que ya estamos en verano. Y bueno, aún estábamos en febrero, aunque no recuerdo bien el día. Me meto para adentro sin decirles nada. Vuelve a sonar insistentemente el timbre. Me visto y bajo sin pensármelo más. Un poco de sol y parecen niños que acabasen de comerse un bote de leche condensada. Me dicen que vamos al Sacromonte, yo aún sigo aletargado y no entiendo bien las consecuencias de lo que me acaban de decir. A punto de comenzar a subir la cuesta del Chapiz es mi cuerpo el que se da cuenta de que vamos hasta el Sacromonte.

Y es mi cerebro el que responde en consecuencia.

—¿Illo y si nos tomamos las cervezas aquí mismo?

Pero no, María tiene que ir hasta el Sacromonte, saca un litro, lo abre y me lo da. Mi cuerpo reacciona positivamente al estímulo de un litro fresquito y se olvida de todo. Comenzamos a subir la cuesta del Chapiz. Sin saber muy bien cómo, mi cuerpo, yo, la María y el Rau, llegamos ni más ni menos que hasta el pie de la abadía del Sacromonte. María está dispuesta a subir hasta arriba, pero Rau, yo y mi cuerpo nos plantamos, ni de coña vamos a subir hasta allá arriba.

A María no le queda otra que acceder. Solo queda un litro. Qué asco, llegar hasta allí para beberse un solo litro de cerveza, y encima está caliente. El litro se lo bebe casi entero María, no me importa, como dije estaba bastante caliente. Y allí estamos, al final del Sacromonte sin birra que echarse. Con la tienda más cercana a tomar por culo. En momentos así es cuando yo y mi cuerpo nos hacemos uno. Y de esta unión sale una especie de superpoder, que para algunos parecerá una

gilipollez, pero el cual, además de conseguirme amigos que perdonan mis cositas, me saca de este tipo de situaciones. Si estáis de pie, sentaos, porque lo vais a flipar. Mi superpoder es:

Detectar birra con la mejor relación frescor-precio.

Este superpoder fue mío desde siempre, como lo de superman, nada de mutaciones ni radiaciones ni cosas de esas. Para mí siempre fue algo natural, y para mi entorno también, hasta el día aquel que llegó un nuevo compañero a la clase, tendríamos como quince años y comenzábamos con nuestros primeros litros. El curso estaba por acabar y ya hacía un calor del carajo en nuestro pequeño pueblo sevillano. En una escaqueada de clase fuimos a por una cervezas, y como era normal, yo dije donde las tenían más frías ese día, y no nos valía que estuvieran algo frías. Tocaba que era la tienda del Manolo, mala cosa porque era un cabronazo, y nunca sabías por donde te iba a salir. Lo echamos a suerte y le tocó al chaval nuevo. Mala suerte para él, pero bueno para nosotros porque no protestó mucho. No sabía cómo se las gastaba el Manolo. Así que hicimos mocho y se fue a comprar

unos litros, ya ni recuerdo cuantos serían. La cosa es que salió como a los cinco minutos corriendo y acojonado. Manolo le robó todo el dinero, y lo amenazó con chivarse a sus padres, y de propina, un paliza de las suyas. Pues ahí ya nos vimos más puteados. Y no sé a quien se le ocurrió que debería buscar por las casas. Y eso hice. Estuvimos un rato paseando por el pueblo, y eran muchas las que tenían cerveza fría, pero claro, no podíamos entrar sin más. Tomamos la decisión de buscar en nuestras casas, y el que tuviera la cerveza más fría en su casa, a ese le tocaría entrar a escondidas a sacarlas. Y dio la casualidad que le tocó otra vez al nuevo. Él tenía sin duda la mejor nevera de todo el pueblo, porque las cervezas de su interior estaban a la temperatura perfecta. Ahí sí que ya protestó, y me dijo que como carajo sabía que esas cervezas estaban ahí, que eso no era normal, y que si me había estado colando en su casa. El tonto del Juanico *el pollas* le soltó automáticamente un:

—Claro Illo, todos los días va a visitar a tu madre.

No terminó de decirlo cuando el nuevo le arreó una hostia que lo tiró al suelo. Tuvimos que

calmarlo, y viendo que era serio, le dimos unos cates entre todos. Ya mansito le explicamos lo mío, que era normal que lo supiera, que era algo que siempre sabía yo, igual que el abuelo del Rubén sabía que iba a llover porque le empezaba a chirriar el armazón de su pata postiza, era así y ya está.

Nos mandó a la mierda y se fue a su casa. Nos asustamos porque pensamos que se lo diría a sus padres. Así que salimos corriendo de allí para evitar que nos vieran. Nos fuimos a nuestro escondite, una casa abandonada un poco a las afueras. Al rato apareció el nuevo por allí. Me dijo que había escondido latas de cerveza fría por los alrededores, que las encontrase. Y lo hice sin problemas y nos las bebimos bien a gusto. Y ahí me lo dijo:

—Podréis decir misa pero eso tuyo no es normal.

Pasé de aquel comentario, pero con el tiempo sé que ese fue el día que me hice consciente de que tenía un poder que nadie más tenía, y que eso me daba una ventaja.

En aquel desagradable momento en el Sacromonte mi poder me volvió a convertir en una persona imprescindible. En ese barrio hay mucha

cerveza, pero ni su precio ni su frescor se merece nuestra atención. Pero una señal me hace girar y mirar hacia el otro lado del valle del Darro. Justo en frente, al otro lado del río. Diviso una pequeña cueva en un camino. Allí están los litros más fresquitos y baratos que he visto en mi vida. Tan baratos que son gratis, tan fresquitos que el aire se escarcha a su alrededor con la solemne imperfección del silencio en la noche del jueves santo en Sevilla. ¡Toma ya!

— ¿Cómo carajo nos llegamos hasta allí?

Teníamos dos opciones, o bajábamos hasta el Paseo de los Tristes, o cruzábamos el río. Bajar hasta el Paseo de los Tristes suponía desandar nuestros pasos, una media hora de paseo. María y yo nos ponemos a divagar sobre como cruzar el río. Hay que buscar algún camino entre las casas, y luego en el río, algún puentito o lugar donde podamos cruzar sin mojarnos. Mientras estamos en estas, Rau está ya saltando un muro colorado de un carmen abandonado. Encaramado al muro, Rau nos mira y nos dice algo de que él conoce un camino. Antes de poder decir nada, María ya

está saltando el muro también. No me queda otra opción, así que les sigo.

Salto el muro como puedo, apunto estoy de matarme; te digo una cosa, si sé lo que viene después hubiera ido hasta el Paseo de los Tristes, no nos matamos porque, y ahora estoy convencido, algo o alguien nos estaba protegiendo. La cosa es que saltamos al carmen y desde allí llegamos al río por un caminito. La verdad es que el sendero empezaba a convertirse en un paseo agradable y una aventurilla para contar en el bar. Justo en el río nos encontramos con un tronco atravesado que nos sirve de puente. Lo cruzamos sin más problemas. Al otro lado un camino nos espera para llevarnos, bosque a través, a lo alto de la ladera. Nos adentramos en él.

Demasiado bonito para ser verdad, después de subir un rato largo por medio del tupido bosque, el camino se corta bruscamente. Un derrumbamiento se ha llevado el sendero, y en su lugar, un cortado gigante de tierra embarrada. Por allí no podíamos pasar. Que desastre. Ahí siento que mi cuerpo se vuelve a disociar de mí, como cuando

me despiertan por la mañana. Me siento cansado, como si me desmayara, sé que no me desmayo, pero de alguna manera pierdo el sentido. De ese momento lo único que recuerdo es la visión de una nevera llena de litros fresquitos, y una terrible sensación de sequedad en mi boca.

Lo siguiente que recuerdo es encontrarme dentro de una cueva, completamente a oscuras. Recuerdo ponerme a gritar asustado, mi cuerpo está abrazado a algo. Alguien tira de mí, caigo al suelo, de repente aparece María que coge mi cuerpo en brazos y lo lleva hacia una luz cegadora, me parece ver a Rau detrás de ella, parece cargar con algo.

María pone mi cuerpo en el suelo, sentado con la espalda contra un muro. Siento como recupero mi cuerpo, comienzo por los labios que sienten un líquido refrescante, es cerveza. Continúa con mi cavidad bucal, mi garganta, mi estómago, mis venas, mi sistema nervioso, todas y cada una de mis células revividas con cerveza fría. Recobrado el control sobre mi cuerpo agarro con pasión entre mis manos el recipiente que contiene aquel mara-

villosos líquidos, es un litro y está fresquito. Y así recupero el conocimiento. Veo a María y a cada uno con un litro. Miro el litro, no tiene etiqueta, pero sobre el cristal hay grabada una estrella de seis puntas. No duran mucho las cervezas. María se ha levantado y está mirando el interior de la nevera. Saca un montón de cosas extrañas. Entre ellas una nota que lee en voz alta. En aquel momento no éramos conscientes de lo que acabábamos de encontrar.

MARÍA:

Me levanté esa mañana más temprano de lo normal, pienso que fue por la claridad que entraba por la persiana mal cerrada. Fue abrir los ojos y saber que el sol estaba de vuelta. El invierno había sido duro, mucho frío y después muchos días de lluvia. Desayuné algo, me vestí y me fui a la calle a pasear al perro y disfrutar un poco del sol. Al poco de deambular por ahí me encontré con Rau. Venía buscándome, con una bolsa llena de litros, me dijo de ir a buscar a Miguel para irnos a beberlos a algún sitio al solecito. Como Miguel no se llevaba

muy bien con mi perro tuvimos que ir a dejarlo a casa.

Ya en la puerta de Miguel le escribimos un wassap, porque seguramente estaría durmiendo y no haría caso al timbre. Pero al wassap si le hace. Vemos que se corren las cortinas, pero no pasa nada más. Es el momento de tocar el timbre, insistimos un poco. Se asoma con sus gafas de sol puestas, nos mira y sin decir nada vuelve a entrar. Tocamos el timbre hasta que baja. Él, como siempre, va todo de negro. Aprovecho que está totalmente atontado para decirle que vamos para el Sacromonte a tomar unos litros. Emite uno de sus gruñidos y marchamos.

Por el camino protesta un poco, pero nada que no se pueda arreglar con un litro fresquito. Abro uno y se lo doy. Suficiente, seguimos nuestro camino. Llegamos a los pies de la abadía del Sacromonte y justo cuando me dispongo a subir por la cuesta estos dos se plantan y me dicen que ni de coña van a subir hasta ahí arriba. Que nos tomamos el litro allí mismo. Como ya me parecía un logro el haberlos llevado tan lejos, no insistí en subir. Me senté

debajo de una cruz que allí había, y les pedí que me pasaran un litro. Los dos se quedaron mirando el interior de la bolsa con cara de bobos

— ¿Qué pasa?

Solo quedaba un litro, los cochinos se los habían bebido casi todos por el camino. Así iban de calladitos. Les dije que me lo pasaran, y de un buen par de tragos me la bebí casi entera, luego se lo pasé, desafiándoles con la mirada a que me dijeran algo. La cogieron y en un par de traguitos se la terminaron. Ahora teníamos un pequeño problema, en el Sacromonte encontrar un lugar que te venda litros a buen precio es una tarea complicada. Es en estos momentos cuando la amistad con Miguel cobra algún sentido. Esa capacidad suya para encontrar la birra en mejores condiciones lo hace una persona muy especial. Con ese temple tan suyo, esa capacidad para no ponerse nervioso jamás, se puso a mirar a su alrededor, señalando lugares, hasta que se detuvo en uno. Al principio nos extrañó un poco, el lugar que señalaba Miguel estaba al otro lado del río, en la ladera norte de la Alhambra, en pleno bosque. Se podía distinguir

un camino, y lo que parecía una cuevita, pero allí no había nada más, ni siquiera gente. No entendíamos muy bien cómo podía ser que allí hubieran litros frescos, pero Miguel decía que así era, allí estaba nuestra cerveza. Nos pusimos Miguel y yo a discutir cuál sería la mejor manera para llegar hasta allí, teníamos básicamente dos opciones, o cruzar en línea recta, algo improbable, o rodear hasta el Paseo de los Tristes y cambiar de ladera. Pero Rau ya había tomado una decisión y cuando nos quisimos dar cuenta ya estaba saltando el muro rojo de un carmen abandonado. Miguel y yo nos miramos, y sin decir nada más seguí a Rau. Miguel vino detrás. Rau encontró un camino que nos llevó hasta el río, no tuvimos problemas en cruzarlo porque justo allí había un tronco esperándonos. Al otro lado un estrecho camino se metía dentro del frondoso bosque que crecía en la vertical ladera, casi parecía mentira que por allí se pudiera subir, pero el camino, a pesar de lo empinado y lo frondoso de la vegetación, era bastante cómodo.

Estuvimos un rato subiendo por ese camino, hasta que de repente este desapareció. Las lluvias

se lo habían llevado y en su lugar solo quedaba un cortado por el que era imposible pasar. Cuando llegué Rau miraba el camino desaparecido fijamente, como esperando que apareciera, al poco llegó también Miguel, blanco como un papel, bueno más blanco que un papel, o blanco como papel de fumar, por lo transparente. Algo le pasaba. Tenía la mirada perdida y la boca entreabierta y reseca. Estaba allí, parado frente a nosotros, pero mirando a través de nosotros, cuando de repente se giró y se metió en el bosque, y desapareció. Rau que hasta entonces parecía estar desnortado, salió detrás de él sin decir nada, y yo les seguí, sin saber muy bien qué hacer. Dentro del espeso bosque, lleno de matorrales, todo fue muy confuso, sé que íbamos cuesta arriba, y a Rau lo veía desaparecer constantemente detrás de algún arbusto, hasta que lo perdí definitivamente. A partir de ahí me limité a subir por donde pude. De vez en cuando una rama rota o un resto de ropa me indicaba que habían pasado por allí.

Estaba muerta de sed, muy cansada, a punto de desfallecer, cuando oí unos gritos, parecía Miguel.

Aceleré el paso, y al poco salí a un camino. Vi a Rau metiéndose por una cueva, los gritos venían de allí. La cueva estaba rodeada de cascotes de tierra y plantas arrancadas, como en un derrumbe. Entré dentro, estaba muy oscuro, encendí la luz del móvil. Vi a Rau tirando de Miguel que estaba a su vez agarrado a una especie de caja. De repente los dos se caen al suelo. Miguel sigue gritando, me acerco y lo cojo entre mis brazos. Lo saco de la cueva y lo apoyo contra la pared del camino. Ya no grita, ha perdido el sentido. Y de repente aparece Rau con un litro, se lo pone en los labios a Miguel, y este, como un resorte, abre los ojos, agarra el litro y comienza a beber. Viendo que está mejor me siento a su lado, estoy agotada. Rau me pasa un litro a mi también, en ese momento no me pregunto de donde salió, solo sé que está muy frío, delicioso. Casi me bajo el litro de golpe, pero me guardo un poco. Me relajo contra la pared. Vuelvo la cabeza y miro a Miguel, ha recuperado su color blanco normal, a su lado está Rau, bebiéndose otro litro a cara perro. Es entonces cuando le pregunto de donde los ha sacado. Con un típico

gesto suyo me señala una nevera muy vieja, de esas que usaban nuestros padres para ir a la playa. Me levanto y voy a ver. De entrada no queda ningún litro más. Eso sí, hay una colección de objetos muy extraños. Un disco metálico muy pesado con algo grabado en él, una mano de barro, una especie de huevo también de barro, una figurilla, un montón de folios escritos a máquina y una pequeña nota manuscrita. La nota parece muy antigua, más que el resto de los folios. Tomo la nota con mucho cuidado entre mis manos.

La verdad es que no teníamos ni idea de lo que habíamos encontrado.

RAU:

Hacía un día de puta madre así que salí a la calle y compré unos litros. El invierno había sido muy lluvioso, todos los días lloviendo, sin poder salir a la calle a tomar un poco de sol y beberse una cerveza.

Por el camino me encontré a María, la cual me dijo que podríamos ir con mis litros al Sacromonte a beberlos al sol. También me dijo que pasáramos a buscar a Miguel, entonces le dije que sería mejor

que compráramos más litros, porque no nos iba a alcanzar para llegar tan lejos. Dijo no se qué de que no me preocupase, así que entendí que en algún momento compraría más, pero no sería así.

Llegamos a lo de Miguel, María ya le estaba mandando un wasap, al poco vemos como se mueven las cortinas. Eso es Miguel amagando, es entonces cuando le toco el timbre con insistencia. Termina por bajar y nos vamos. A mitad de camino María saca un litro de mi bolsa y lo abre, le da un trago y se lo pasa a Miguel. Estamos ya en la cuesta de Chapiz, y aquí nadie ha comprado ningún litro más, le digo a ambos que hay que pillar más litros. Me dicen que sí, como a los tontos. Bueno, dejo a ver qué pasa, ya solo hay un lugar en el camino donde se pueden pillar litros. Lo pasamos y les recuerdo que es el último sitio donde pillar litros. Pasan de mí. Miro la bolsa de litros. Los toco y siento que se están calentando. Ya por el camino nos hemos terminado el litro que abrió María. No podía dejar que se calentaran esos litros, así que cogí y abrí otro litro, y de litro en litro llegamos al pie de la abadía del Sacromonte.

María quiere subir hasta arriba, Miguel se niega, yo miro la bolsa y veo solo un litro y además caliente. Me niego también. María parece estar molesta, saco el litro que queda y se lo doy. Casi se lo mete entero. Nos bebemos el poco que queda, está asqueroso de caliente que está. Hay que buscar más litros, y Miguel se pone a trabajar. Detecta unos litros fríos en la ladera de enfrente. Miro a los dos, que se ponen a discutir sobre no se qué. Yo tengo sed, así que me voy para la ladera de enfrente. Salto un murillo y encuentro un camino que me lleva directamente al río, el cual cruzo hacia otro camino que asciende por la boscosa ladera donde están los litros. Subo por ese sendero hasta que de repente se acaba, y en su lugar, un cortado que parece que se ha producido por un corrimiento de tierras. Eso fueron las lluvias de estos días atrás, seguro. Llegan María y Miguel. Miguel tiene cara de muerto, parece que se va a caer en cualquier momento, pero en vez de eso se gira y se mete por el frondoso bosque que nos rodea. Salgo detrás de él, por un lado me preocupa su persona, y por otro lado, bueno, el sabe dónde

están esos litros, y joder, tengo mucha sed.

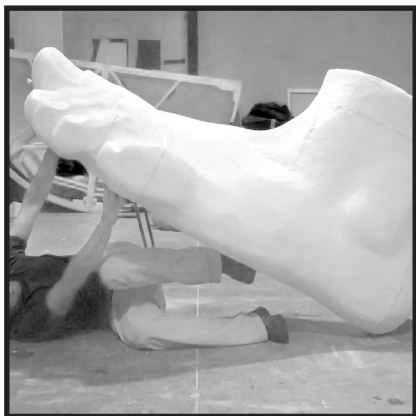
Estamos un rato subiendo entre arbustos y zarzas hasta que por fin salimos a un camino. Miguel, que no para, se mete por una pequeña cueva. Me paro fuera de la cueva intentando ver que pasa adentro, pero está muy oscuro. De repente escucho a Miguel gritar. Entro en la cueva corriendo y lo veo agarrado a una nevera de plástico. Lo agarro e intento que la suelte para poder sacarlo fuera de allí. Al final terminamos los dos por el suelo. Justo en ese momento entra María, agarra a Miguel y lo saca. Yo me quedo solo con la nevera, la agarro y salgo de aquella cueva. Afuera Miguel y María están sentados, apoyados contra la pared del camino. Abro la nevera, allí están los litros, tres exactamente, cojo uno y se lo llevo a Miguel que parece desmayado, tengo que abrírselo y acercárselo a los labios. Como un resorte agarra el litro y comienza a beber con el ansia. Voy a la nevera y agarro los otros dos litros, le doy uno a María y otro me lo quedo yo. Nos los bebemos. Es entonces cuando me doy cuenta que estoy sangrando por varios rasguños, y que mi ropa está totalmente

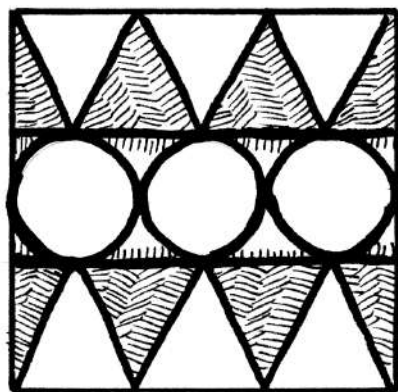
rota. Mientras bebo mi litro veo a María, que ya acabó el suyo, mirando dentro de la nevera. No nos imaginábamos ni de lejos que era lo que nos acabábamos de encontrar y que era lo que nos acabábamos de beber. María, que a todos nos gana bebiendo, se levanta con su litro ya vacío y va hacia la nevera, pero allí ya no quedan más, en su lugar saca un papel muy viejo y comienza a leerlo en voz alta:

Yo, Alonso del Castillo, en plena capacidad de mis facultades, hago constar sobre este papel mi testamento y últimas voluntades.

Lego los enseres de esta caja y la misión que los acompaña a las virtuosas personas que lo encuentren. No sin antes encomendar su contenido al no-santo patrón que se halla en su interior. Patrón sin nombre ni género, que yo declaro hoy aquí como protector tanto de los libros que ven la luz al margen de las instituciones y de su historia como de sus osados autores.

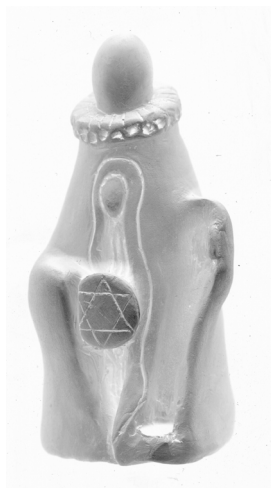
Al escuchar el nombre de Alonso del Castillo fue que me acordé de ti (se refiere a mí, al que escribe), me sonó que alguna vez me hablaste de unos libros de plomo que se encontraron en la abadía del Sacromonte y que los había escrito un tal Alonso del Castillo. Y como además estás metido en todo eso de los fanzines y la autoedición, les dije de llevarte a ti todo este material. Miguel decía que no, decía que esas cosas tenían que valer mucho dinero y que era mejor no involucrar a nadie más. María, que resulta que también te conoce, dijo que eras de fiar, buena gente, y que además nos acabábamos de beber el contenido de un yacimiento arqueológico en territorio de la Alhambra, y que de entrada ya estábamos bien jodidos.





Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM II



Se presentaron un buen día en la tienda, con el marrón de la nevera, y por supuesto, unos litros de cerveza bien fresquitos. Para mí, su hallazgo, fue un gran regalo en ese momento, más tarde se iría convirtiendo en pequeñas complicaciones. Pero de primeras me motivé muchísimo, y les propuse distintos planes, de los cuales ninguno pasaba por llevarse a algún experto.

Hago un pequeño inventario de lo que había en la caja:

Tres litros de cerveza.

Una mano de barro.

Una óvalo de barro (cabeza).

Una figura de barro.

Un disco de plomo.

Documentos varios.

Lo que más me llamó la atención fue el disco de plomo, tan semejante a los libros plúmbeos del Sacromonte. Tenía dibujado una estrella de David y en cada una de las puntas de la estrella un número y dos letras.

Supongo que en este punto debería contar qué

es esto de los libros plúmbeos, porque a pesar de su increíble historia y de lo determinante que resulta en la configuración de Granada tras la toma de la ciudad por los cristianos, esta no ha encontrado mucho predicamento oficial, y es más que posible que no la conozcas. Y si la conoces, siempre te puedes saltar este párrafo que viene.

Los Libros Plúmbeos son unos discos de plomo sobre los que hay grabado, en árabe, una suerte de evangelio que se presumía escrito en los primeros días del cristianismo. Tal es así que se dijo que dichos discos habían sido traídos a Granada por el mismísimo apóstol Santiago, el cual dejó en Granada a sus discípulos Cecilio y Sefirón. Se reproducía en esos discos una suerte de sincretismo entre las religiones cristiana y musulmana que de alguna manera ayudaba a proteger la convivencia entre moriscos y cristianos, la cual se encontraba en esos momentos en una incipiente crisis.

Estos discos convirtieron a Granada en un centro de peregrinaje aún más importante que Santiago de Compostela, por lo que empezó a acumular mucho poder. Y así se comenzó a construir lo que

se conoce como la abadía del Sacromonte, sobre el lugar donde se encontraron los discos de plomo.

Desde Madrid empezaban a pedir los libros para estudiarlos, pero, hasta que el Vaticano no lo exigió, estos no fueron enviados a la capital del reino. Al estudiarlos allí dictaminaron que eran falsos, que habían sido escritos recientemente. Se culpó de esa falsificación a Álvaro de Luna y a Alfonso del Castillo, dos moriscos prominentes, uno historiador y el otro traductor real.

Se destruyeron la gran mayoría por heréticos, y solo se rescataron los que no discutían el actual dogma. Permanecieron esos discos en el Vaticano hasta el dos mil dos, año en el que fueron devueltos a la abandonada abadía del Sacromonte.

La historia es bastante enrevesada, por ello os invito a profundizar en ella. Más adelante, en el siglo XIX volverían a aparecer nuevos discos, también falsos. Ahora, en la segunda década del siglo XXI vuelve a aparecer otro. ¿Otra falsificación? Pero, ¿una falsificación de qué? ¿Y para qué? Ya os digo yo, que para remover toda mi vida como poco.

Así que con toda esta información en nuestras manos, ¿qué hicimos nosotros? pues, un pequeño documental de cómo lo encontraron, reproducciones de la figurilla para venderlas como suvenir, una marca de cerveza artesanal y un festival de autoedición en honor a la figura de Alonso del Castillo, que era el que nos había legado, en último término, aquellos tesoros, o por lo menos eso ponía aquel papel que leyó María. Todo con la sana intención de sacarnos unos dineros y pasarlo bien. Y lo pasamos bien, pero dinero, poquito. Por otro lado la historia era tan inverosímil, que salvo alguna persona terriblemente inocente, nadie se la creyó. Lo que nos evitó cualquier tipo de conflicto legal.

Entre esos objetos se encontraban una serie de documentos, algunos manuscritos, otros a máquina. Eran relatos, extraños, difícilmente ubicables, salvo por el nombre de cada uno, que correspondían a calles de Granada. No había ni uno solo de ellos que estuviese completo, a algunos les faltaba el principio, a otro algún folio por el medio, incluso alguno quedaba inconcluso o apenas se esbozaba un comienzo.

Cuando nos cansamos de intentar explotar todo lo demás le metimos manos a estos escritos, bueno, más bien fui yo. Me embarqué en la labor de completar esos relatos, con un poco de investigación y con mucho de mi imaginación. Esos días dió la casualidad de que recibí una carta manuscrita de una amiga. Me llamó mucho la atención el formato del sobre, se lo había hecho ella misma con alguna técnica de origami, una pequeña cuerda le hacía de cierre. Ahí se me iluminó la bombilla y se me ocurrió que esos relatos podrían tener el formato de una carta, serían relatos postales de las calles de Granada y los podríamos vender en la tienda, recibiendo cada uno su parte correspondiente, la mía mayor por ser yo el coautor y manufacturador de esos objetos. Nadie me objetó nada, a esas alturas ya estaban aburridos de tener que estar metiéndose en embarrados para poder sacar algo de dinero con estos objetos, y les había convencido de que intentar vender los originales era un marrón de proporciones bíblicas. La verdad es que eso era algo que yo no sabía con certeza, pero ellos me creyeron, y yo, de espíritu antisistémico.

mico, me embarqué en este juego del fake no fake. No soy muy de usar anglicismos, pero a veces me gusta inventarme alguno que otro, hay algo en la simpleza de este idioma que lo hace bastante estético cuando hay que dibujar un significante.

Esta labor de completar esos relatos se ha alargado mucho en el tiempo, y ha sido bastante viajera, por lo menos para lo que yo acostumbro a viajar.

Hoy, que escribo estas palabras, estoy en la centralita de un periódico a las tres y diez de la madrugada, en Las Palmas de Gran Canaria, y es veintiséis de marzo del 2019. Hace dos días terminé de completar el último relato. Han pasado más de cuatro años desde que comencé esta labor, y en esos cuatro años y pico me han pasado muchas cosas inesperadas, en parte por mediación de esos objetos, en parte porque la vida puede darse de infinitas maneras, si le dejas.

La labor de completar estos relatos me ha acompañado en todo este viajar por la vida, por lo que han formado parte de ella y se han influenciado mutuamente. En un principio esto iba a ser un

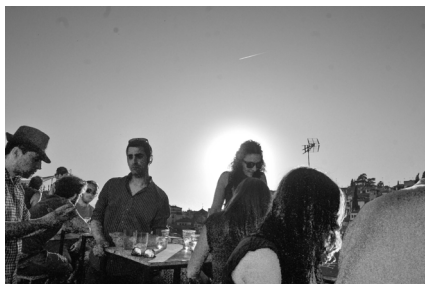
simple recopilatorio de esos relatos, pero de alguna manera he visto la necesidad de escribir sobre lo que pasaba mientras los completaba. Encontrareis los relatos intercalados en mi historia, más o menos en el momento en el que se terminaron. Esto, más que un acto de reafirmación de recuerdos, es un acto de exploración y descubrimiento, de encontrar aquello que se me pasó por alto.



Yo en mi nuevo trabajo escribiendo esta historia de madrugada. 3:40 del 6 de Abril del 2019



Yo protegiéndome del violento polen granadino mientras celebramos el festival de autoedición Alonso del Castillo el 5 de Mayo del 2015. Os dejo algunas fotos de ese día. El festival fue un poco fracaso de ventas, menos para el del bar que nos cedió el espacio. El bar siempre gana. La pasamos bien, eso sí.









NIÑOS LUCHANDO

Esta historia es una ficción basada en una historia que alguien ha dado por real, pero podría pasar que la historia real fuera solo ficción y alguna realidad se correspondiera con esta ficción que aquí os relato.

En Granada hay una calle que se llama “Niños luchando”, una de las teorías expone que se llama así porque alguna vez hubo en esa calle un bajo relieve en mármol donde se podían ver a dos niños luchando. Esta historia la recogen Julio Belza y Ruiz de la Fuente en su ensayo “Las calles de Granada”.

Aquí va mi versión de los hechos:

Mi hermano es solo un año mayor que yo, pero somos casi del mismo tamaño, incluso diría que soy un poco más alto que él. La cosa es que por ese año que me lleva se cree que yo debo ser una especie de vasallo suyo. Que yo recuerde llevamos toda la vida así, como diez años por lo menos. Y a pesar de que nunca pudo conmigo, ni pudo hacer que yo hiciera caso a sus órdenes, él sigue empeñándose

en dárme las, y en querer imponer una especie de superioridad regente sobre mí.

Yo creo que la culpa es de mi padre, un vago sin oficio ni beneficio, sin intención de conseguir lo primero pero convencido de que merece lo segundo. Tiene la casa llena de objetos viejos, y escudos nobiliarios que, según él, demuestran que sus antepasados fueron de los primeros cristianos en recuperar la ciudad de Granada, que estuvieron aquí antes incluso de que pudiera entrar la reina Isabel, la católica, y que en el momento clave no dudaron en derramar su sangre y arriesgar sus vidas para recuperar la ciudad de manos del moro infiel. Mi padre dice que la casa es herencia de esos antepasados, pero no me lo termino de creer, porque la casa se cae a pedazos, y todos los objetos que tiene son de maderas, metales y cueros viejos, y de muy poco valor. Además, si nuestros antepasados hubieran estado en Granada antes de la ocupación cristiana la casa debería estar dentro de sus viejos muros, y no es el caso. Él pone de excusa que la herencia se ha dividido mucho a lo largo de los siglos y que hace tiempo que las instituciones del país y de la ciudad

han perdido todo respeto por lo que representa su linaje, sin el cual ni siquiera estarían aquí. Para mí, él y mi hermano, son solo un par de vagos que pretenden vivir del cuento.

La historia es siempre la misma, consigue algo de dinero, ya sea vendiendo alguna de sus posesiones, ya sea mendigando a algún familiar o vecino. Compra algo de comida, y a continuación desaparece durante un par de días. Cuando vuelve no le queda nada, a veces aparece apaleado, a veces solo completamente derrotado. Mi hermano y yo sabemos que viene de perderlo todo en estúpidos juegos de azar.

A veces ha pasado que algún objeto que supuestamente había vendido ha reaparecido en la casa. El siempre se explica, sin que nadie se lo pida, con que, en deferencia a los servicios prestados a la corona por parte de nuestros antepasados, han decidido devolvérselo sin pedirle lo que pagaron por él, que el honor de tenerlo en su casa por unos días era suficiente pago. Yo nunca me creí nada. Y así pasó que, un día en que andaba yo para pocas tonterías expresé en voz alta lo que pensaba acerca de esa devolución.

Aquí tengo que decir que a pesar de todas sus cosas malas mi padre era buena persona, nunca nos levantó la mano ni la voz, y siempre nos procuró comida y ropa. Por eso cuando dije en voz alta que no me creía nada de lo que decía, se limitó a bajar la cabeza. Pero mi hermano sí que se ofendió, y mucho. Se puso colorado como un tomate y se abalanzó encima de mí dispuesto a romperme la cara.

Conseguí apartarlo antes de que me golpeará, pero en esas que me tropecé con una silla y caí al suelo, en ese momento aprovechó para tirarse encima de mí y golpear mi cara mientras, con sus rodillas, inmovilizaba mis brazos. En estas que mi padre lo agarró quitándolo de encima mía. Ahí aproveché yo y le mandé un puñetazo en la boca del estómago, con tanta fuerza, que hice que mi padre cayera al suelo, no sin antes golpearse la cabeza con la mesa y quedar inconsciente. Mi hermano, que estaba de rodillas en el suelo, casi sin poder respirar, se quedó mirando fijamente a mi padre. Su respiración fue cogiendo un ritmo más pausado, ritmo que fue creciendo en veloci-

dad y sonoridad. Poco a poco se fue levantando, poco a poco su mirada se fue alzando, hacia mí. Yo me quedé paralizado, en parte por el sentimiento de culpa, en parte por el miedo que me inspiraba la mirada de mi hermano. Poco a poco me fui echando hacia atrás, hasta que ya la pared no me dejó retroceder más. En ese momento mi hermano salió disparado hacia mí. Envistió con su cabeza en mi pecho. Sentí todo mi cuerpo reventar contra la pared, en mil pedazos.

Lo siguiente que recuerdo es estar enterrado. Todo estaba oscuro, y apenas podía respirar ¿acaso me habían enterrado vivo?

Escucho una voz toser, vuelvo la cabeza, veo un círculo de luz cegadora. Poco a poco mi vista se va adaptando y reduce la intensidad de la luz, veo a mi hermano alzarse entre polvo y miles de destellos dorados y plateados. Lo vi alzarse como una figura inmensa, sentí miedo, y respeto, vi el porte de un rey en aquella figura. En ese momento giró su cabeza a donde estaba yo. Su mirada estaba perdida y confusa, la rabia que había visto antes había desaparecido.

Sentí que mi pecho se expandía, como liberado. Percibí la luz en mi cara, volví la cabeza hacia arriba, a esa luz. Esta fue eclipsada por una figura humana que alargó sus brazos hacia mí. Me alzó en brazos y, cuando estuve a la altura de su cabeza, pude ver la cara de mi padre, ensangrentada. Su mirada, como la de mi hermano, perdida y confusa. En ese punto solo me dejé ir, y me desmayé.

Cuando desperté estaba en una mullida cama, con sábanas limpias y que olían como cuando mi madre estaba con nosotros. Todo a mi alrededor parecía nuevo, las paredes blancas y sin desconchones. Algunos de los objetos que recordaban el linaje de mi padre colgaban de la pared, pero ahora con un lustre que sí que hablaba de cierta nobleza atemporal. Todo había sido un mal sueño, ¿toda esa vida miserable que recordaba era producto de un largo dormir? ¿O el sueño era ese momento?

Pero no, era todo muy real. Sentí que una mano se posaba sobre mi pecho, pensé enseguida que era mi madre. No, era mi hermano, que me miraba

con cierta culpabilidad en los ojos. Y detrás suya mi padre.

Finalmente todo era real, mis diez años de vida miserable, y mis días a cuerpo de rey. Mi madre no había vuelto.

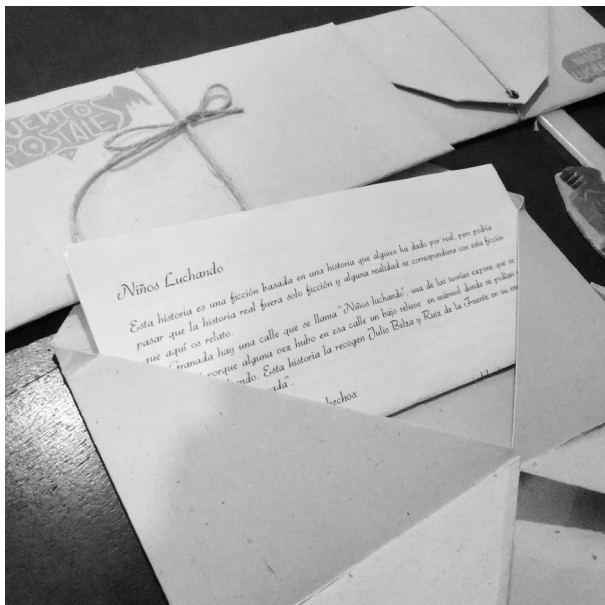
Resultó que en la pelea con mi hermano echamos un tabique abajo, y que en ese tabique se escondía un gran tesoro en monedas de oro y plata de época de los moros. Mi padre aprovechó aquella inesperada riqueza para reformar la casa, recuperar recuerdos vendidos, vestirnos, darnos de comer y colocar una placa de mármol en el muro que daba a la calle, en la que se podía ver a mi hermano y a mí luchando, todo un homenaje.

Luego, cuando acabó con estas tareas se jugó lo que quedaba del tesoro. Y todo volvió a ser como siempre. O como casi siempre, ahora entendía a mi padre.

La historia de su linaje era real, el tesoro así lo demostraba, y ese linaje era una losa pesada con la que mi padre se crió y con la que cargaba, y que le tocaba heredar a mi hermano. Yo era completamente libre de vivir mi propia vida, sin nada que me atase al pasado, ni al futuro.

En algún momento se me pasó por la cabeza la pregunta de cómo habrían acumulado mis antepasados ese tesoro en moneda de los moros, y qué sangre era la que habían derramado en una ocupación que fue netamente pacífica. Pero viendo que algunas de las respuestas podrían ser muy humillantes para mi hermano y para mi padre, decidí olvidarme de ello.

Al fin y al cabo ese ya no era mi problema.



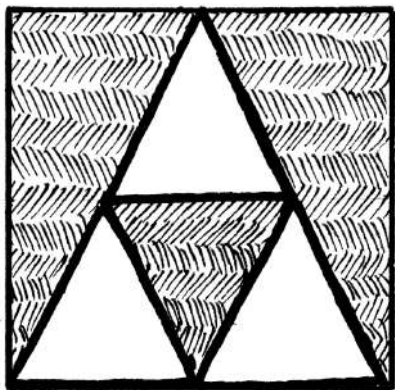
Niños Luchando

Esta historia es una ficción basada en una historia que alguien ha dado por real, pero podría pasar que la historia real fuera solo ficción y alguna realidad se correspondiera con esta ficción que aquí es relato.

Granada hay una calle que se llama "Niños luchando", una de las teorías expone que se dice que alguna vez hubo en esa calle un bajo relieve en mármol donde se podían ver los niños que luchaban. Esta historia la recogió Julio Ruiz y Ruiz de la Fuente en su obra "Niños Luchando".

hechos





Escrito, editado e impreso por
Rafael García Artilles durante
el 2019

FATUM III

Ya teníamos el primer relato a la venta en las librerías y tiendas de artesanía más especiales de Granada, esas pequeñas que son un alarde de osadía y poca visión empresarial, pero que mantienen a esta ciudad cultural y socialmente viva, que permiten soñar y encontrar tesoros que no encontrarías en otro lugar, porque son de ese lugar y tienen su modesta medida.

Mi tiendita era uno de esos lugares, en ella me podías encontrar trabajando en cualquiera de mis creaciones, y si mostrabas un poco de interés te terminaría invitando a un té, o a una cerveza, dependía de lo que pidiese el momento. Y te contaría mil historias sobre los objetos que había en esa tienda, y si te llevabas algo te dibujaría la bolsa de papel. En esa tienda, vender y que comprases era una necesidad material, pero poder regalarse era una necesidad vital. Por poco que llevases encima, solo por tu interés ya te llevabas un presente, material o inmaterial.

Fue una tarde noche de primeros de diciembre. Quedaba poquito para cerrar, por la puerta entró ella, me saludó con una sonrisa casi tímida.

Comenzó a mirarlo y tocarlo todo. A mí ya me quedaba poca energía para explicarle, pero hice un esfuerzo, y de manera austera le iba contando acerca de todo aquello que iba tomando entre sus manos. Era morena, de pelo lacio, de mi altura, de frente grande, barbilla impertinente y rasgos latinoamericanos, pero no era capaz de identificar su acento, me resultaba extraño. Vestía un falda larga floreada, y una chaquetilla bordada, todo de colores tierra muy vibrantes. Volvió varias veces sobre varios objetos que le habían llamado la atención, era sobre todo el trabajo de Nicolás, El poeta del puente, su trabajo era una suerte de origami poético. Finalmente se fijó en unos *pendientes poéticos* de Nicolás. Me preguntó el precio, no recuerdo cuánto era, pero no era mucho.

— ¿Podrían quedarse más barato?

Odio que me regateen, es como si pensarán que les intento engañar con los precios, y los precios que ponía eran siempre muy ajustados.

— Disculpa, pero no es mi trabajo, no puedo cambiar su precio. Pero te regalo una postal si te los llevas.

— ¿Y si me llevo solo uno?

Nicolás me había indicado que se podían vender por separado.

—Claro, sin problema, pues se queda en la mitad.

—¿Eres venezolano?

—No, soy canario, por eso mi acento.

—¡Canarias!, quiero ir a Canarias.

—Pues estás de suerte, ahora hay billetes muy baratos desde Málaga. Igual, por cincuenta euros vas y vienes.

Le di el nombre de la compañía que tenía esos vuelos tan baratos, le entregué su compra envuelta en una bolsa dibujada y se marchó. Yo cerré la tienda y me fui a descansar. Al día siguiente se presentó por la mañana y me dijo que se había comprado un billete a Tenerife, se iba en menos de una semana. Me alegré por ella, le dije que yo era de Gran Canaria, y que iría también en breve para allí a pasar las navidades. Me comentó que ella pintaba acuarelas y que tenía grabados, y que les gustaría dejármelos para venderlos en la tienda. Le dije que me los trajera para verlos. No recordaba su nombre, así que se lo pregunté, y ya aprovechando, que de dónde era, porque no reco-

no sabía su acento. Era chilena, como su poco común nombre. Nos despedimos cordialmente y marchó. Recuerdo la casualidad de que justo esa mañana había leído un artículo sobre los mapuches, un pueblo pacífico empujado a la violencia de tener que defender por la fuerza su modo de vida, primero de los españoles y luego de los estados chileno y argentino.

Sobre las dos de la tarde marché a comer a mi pisito en cuesta Gomez, que por aquella compartía con una bailarina que casi nunca estaba en casa. No recuerdo qué comería, pero seguro estaba rico y lo regaría con un vinito tinto. Supongo que terminaría de comer y me prepararía un té. Gustaba yo de tomarme ese té asomado al balconcito, era un segundo, así que me daba una buena panorámica de la calle. Me encantaba quedarme allí viendo a la gente ir y venir, adivinando sus vidas. Y en esas elucubraciones estaba, cuando vi en lo alto de la calle a la chica chilena. Iba mirando hacia arriba, buscando algo, enseguida supe que buscaba piso.

— Hola ¿se te perdió algo?

Le grité yo desde mi balcón, casi tropezando

las palabras al darme cuenta que no recordaba su nombre.

— ¡Ah! Jajaja, pues sí, necesito una habitación.

— Yo disponible no tengo, pero si me entero de algo te aviso.

— ¡Gracias!

— Oye esta noche hago cenita en mi casa, y después fiesta de la música, si quieres estás invitada.

Recuerdo que me sorprendió un poco ese gesto mío. Suelo ser más tímido de entrada, pero supongo que me hizo sentir cómodo desde un principio.

— ¡Oh! sí, me pasará.

— A partir de las nueve ya puedes venir. Hasta luego, y suerte con la búsqueda.

Fue una de esas noches que los que estuvimos allí recordamos con cariño. Ella se presentó antes de las nueve, estaba yo aún cocinando, venía con su cuatro, un instrumento de cuatro cuerdas más grande que un ukelele, pero más pequeño que una guitarra. Mientras terminaba me cantó alguna canción de Violeta Parra, con la que decía tenía una conexión especial. Poco a poco fueron viniendo el resto de invitados. Comimos rico, y cantamos

bonito, a ratos, y bien feo a veces, pero con mucha alegría siempre. En algún momento bajamos a la casa de mi vecino, para no molestar a mi compañera de piso, que acababa de llegar y quería descansar. Allí continuamos hasta bien tarde cantándole bien desentonado a la vida. Recuerdo cuando ella marchó, cómo se paró en mitad de la escalera y miró hacia atrás, a donde estaba yo, como si se le hubiera olvidado algo. Ya descubriría luego que lo que quería era amanecerse conmigo.

Sobre el día veinte de diciembre cerré la tienda y me fui de vacaciones a mi tierra, a Canarias, al pisi-to donde vive mi familia, bien cerca de la playa de las Canteras, que en pleno invierno, si el día está bueno, te da para darte un bañito, o como poco, pasar el día tirado en la arena tomando el sol.

El día veintiséis de diciembre recibí un mensaje suyo. Me había olvidado de que estaba en Tenerife, me preguntaba si la podría acoger unos días en mi casa. En ese momento me dije, que morro que se gasta, pero bueno, le consulté a mi madre y me dijo que no había problema. Así que le dije que se viniera. Creo que fue al día siguiente que se plantó

allí. Ese día yo había ido a escalar a la Sorrueda, y ella llegaba como a las cinco. Le dije que yo hasta las nueve no llegaría, y que después había quedado para ir al cine. Me dijo que no había problema, que quedaría con una amiga para pasar la tarde por las Canteras.

—¿De verdad tenía amigas en Las Palmas también? ¿Como hacía?

Me encontré con ella en el paseo de la playa de las Canteras, a la altura de Peña la vieja. Era día de Playa Viva, y había conciertos por algunas de las terrazas del paseo. Llegábamos justito a mi cita para el cine, era una reunión que solíamos hacer anualmente los compañeros de cuando estudié audiovisuales, con la excusa de asistir al evento cinematográfico navideño de turno. Era en el cine del centro comercial que se encontraba al final del paseo, en la Cicer. Ese año tocaba una nueva entrega de la Guerra de las Galaxias. Vimos la película, que ni fu ni fa, y luego nos acercamos al Tiramisú, una terraza—bar donde había uno de los conciertos del Playa Viva. En algún momento le pregunté cuánto se quedaba y qué planes tenía

para esos días. Me dijo que el treinta y uno se quería volver a Tenerife a pasar fin de año con unos amigos, y que le habían hablado muy bien de la playa de Güigüi y quería visitarla.

Vaya con esta chica, no ha hecho más que llegar y ya sabe de una de las playas más especiales de la isla.

Es una playa que para acceder a ella por tierra hay que caminar como poco cuatro horas, si tienes coche, si no ya son como siete u ocho horas, y además tienes que llevar toda el agua que necesites porque allí no hay.

Me pareció muy buena idea, y le propuse pasar dos noches allí para aprovechar la caminata. Además teniendo en cuenta que yo no tenía coche, tendríamos que ir por el camino largo, y ser dependientes de las limitadas guaguas que nos llevaban a la Aldea de San Nicolás, que era el lugar donde comenzaba el camino. Yo solo había ido una vez a Güigüi, y lo hice en piragua desde Tasartico, así que no conocía el camino.

Estudié la ruta e imprimí un mapa, consultando me dijeron que no había pérdida, que el camino

estaba bien señalado. Agarramos bastante agua, como cinco litros por cabeza creo recordar. Yo cargué con la tienda, los sacos de dormir, la comida, la cocinilla, mis cinco litros de agua y una botella de vino. Ella con su agua y sus cosas.

Sobre las once del mediodía la guagua llegó a donde comenzaba el sendero. Para mí era una total aventura porque no sabía qué me encontraría en el camino. Ya me habían dicho que era durillo, pero pensé que exageraban, y además yo estaba muy acostumbrado a caminar. Y sí, el pateo era duro. Había que subir y bajar constantemente barrancos muy profundos y escarpados, y aunque el camino estaba bien no quitaba para que la suma de kilómetros lo hiciera dificultoso. Pero valió mucho la pena. Al no pasar ninguna carretera cerca estaba totalmente despoblado, solo alguna casa en los primeros kilómetros que te daba por preguntarte como habrían hecho para construir en ese lugar tan inaccesible. Solo de recordar su belleza se me llena el espíritu de gratitud. Toda la singularidad, majestuosidad y fuerza del paisaje canario estaba allí. Paredes de erupciones fisurales con no menos

de trece millones de años, disyunciones columnares dibujando flores en la roca. Basalto que lleva, en un pequeño tramo de su piel, escrita la historia de los antiguos pobladores canarios de los que ya solo quedan resquicios. Pisar esos caminos siempre es volver sobre sus pasos.

Cardones, tabaibas, tajinastes, cornicales, cañahejas, tasaigos, sabinas, escobones, palmeras, acebuches y algún pino canario solitario, nos iban a acompañar por el camino, tiñéndolo todo del mejor verde endémico, del que está agradecido por la reciente lluvia.

El primer tramo transcurría por un pequeño andén que precipitaba en un barranquillo. El paisaje era abierto pero estaba circundado por las, que de enormes parecía cercanas, verticales paredes de otros barrancos más altos.

El camino iba en ascenso y ella ya parecía cansada, le costaba caminar tanto rato, y además su calzado era demasiado plano y endeble para esos caminos pedregosos. Su caminar en sí era extraño, me di cuenta de que sus piernas eran algo cortas en proporción con el resto, lo que hacía que al andar

lo hiciera con cierto desequilibrio controlado. Su ritmo lento me mataba, necesitaba ir más rápido, sobre todo por el peso que cargaba yo. Así que continuamente avanzaba, dejaba mi mochila, bajaba a buscarla y le intentaba ayudar con la suya en los tramos más empinados. Se negó siempre a que le cargara la mochila, con mucha dignidad me decía:

— Yo puedo, solo déjame descansar un ratito.

De a poquito cubrimos aquel tramo. De haber sabido todo lo que venía después quizás le habría propuesto volver, porque habría pensado que no podría terminarlo, y entonces me habría equivocado y esta historia no habría sido la misma.

Poco a poco las paredes de un barranco nos fueron rodeando y estrechando el camino. Esa es una de las magias de los barrancos canarios, que piensas que has llegado a lo alto de uno y resulta que solo has llegado al pie de otro, y a no ser que desandes tus pasos no entenderás en qué momento se pasó de uno a otro.

Lo siguiente que nos encontramos en el camino fue una pared de puro verde, con un sendero que serpenteaba hasta una prometedora cima. Al

estar orientada al norte y estar en penumbra era de un verde de películas de dinosaurios. A nuestra izquierda y derecha se levantaban paredes donde habitaban cuevas que me traían a la imaginación otras vidas en la isla. Ella soltó su mochila, y como si el cansancio fuera cosa fingida, se trepó a las cuevas, se acomodó en una, y ahí quedó en un estado meditabundo durante largo rato.

Con la petición de que le sacara una foto con mi móvil acabó su estancia en aquel hábitat. Me sentí muy raro con ese gesto, me dieron muchas ganas de tirar el móvil en aquel momento, aquel objeto había convertido aquel instante en algo muy banal.

Recordé la cima de aquella pared, y surgió en mí la urgencia de alcanzarla. Era un camino estrecho, empinado y lleno de piedras que nacían de la tierra, y otras que habían sido colocadas para facilitar el camino. Lo subí sin parar, volviendo la vista atrás a cada rato para ver si ella estaba bien. Ella continuaba hacia arriba con su paso torpe y lento, y sus paradas para tomar aire y admirar el paisaje, aquello era un paseo para ella, un paseo muy largo. En cambio yo sentía la necesidad de correr por ese

camino hacia arriba, saltando de roca a roca como una cabra. Esos lugares sacan de mí cierto recuerdo primitivo que me da un empuje extra para ir saltando por sus caminos, una energía adrenalínica que me lleva a querer volar por el sendero. Pero voy realmente cargado así que no tardo en echar el bofe y darme cuenta de que no estoy tan en forma como me creo. Me paro y la espero. Queda poquito para llegar arriba, pero la voy a esperar para llegar. A partir de ese momento no hubo cima que coronara sin ella durante aquel camino.

Una vez arriba este continuaba por la pared que nos había circundado por la derecha en el tramo anterior, y desaparecía doblando a la izquierda en una degollada. Ahí sí que no la esperé, y casi que corrí a ver que había al otro lado.

Ante mi encontré un lugar sagrado, así lo sentí, tan mágico y extraño en las formas rojizas que brotaban del basalto. Formas redondeadas con agujeros imposibles que servían de marcos para un paisaje majestuoso que se habría hacia el Atlántico. Era un balcón natural de donde daba la impresión que nacían los enormes barrancos de paredes

gigantes que fluían hacia el océano. Deseé saltar y poder planear por aquellas alturas, me dio rabia la imposibilidad. Por un momento me entraron ganas de pasar lo que quedaba de día en ese lugar. Al fondo se habría un zócalo donde se podría dormir bien a cubierto. En esos momentos yo pensaba que casi habíamos hecho la mitad del camino. Pero estaba muy equivocado, era un tercio de este. Decidimos por lo menos comer allí, lo hicimos en cierto silencio respetuoso.

El recuerdo del resto del camino lo tengo más nublado, sobre todo ese segundo tercio. Sé que subimos y bajamos varios barrancos, lo cual era muy pesado. Sin duda era hermoso, y sí recuerdo que ya no perdimos el mar de vista en todo lo que quedaba, pero el cansancio no me permitió disfrutar tanto del camino, y además íbamos con cierta urgencia porque nos podía caer la noche encima, así que solo nos permitimos sus breves paradas. Imagino que esa parte del camino lo haría absorto en mis pensamientos, pensando maneras de sacar la tienda adelante, crear nuevos productos, sacar un nuevo cuento postal... Recordaría mi vida y lo

que dejé atrás, a quien quise tanto... a mis hermanas, Paloma, Belén y Leonor, a mi sobrino Dani, que tanta facilidad tenía para sacarme de mis casillas, a mi Madre... la vez que estuve en Güigüi, con todos esos compañeros de escaladas y aventuras, y aquel hermoso atardecer...

Teníamos que llegar antes de que atardeciera, no nos lo podíamos perder. Recuerdo que se lo dije, era importante llegar para ver atardecer.

En el barranco anterior al de Güigüi, el de Güigüi chico, encontramos un manantial cuya agua habían acomodado para su uso con un pedazo de manguera negra. Un poco más adelante vivían una pareja ya mayor, algo había oído sobre un ermitaño en Güigüi, un hombre que según nos contaba se había criado allí y allí vivía, porque no soportaba el ajetreo de la vida en la ciudad. Su nieto había ido a visitarlo y con él estaba atareado en sus rutinas diarias. No hace falta que os diga lo complicado que puede ser vivir ahí, con todo tan lejos y con tan difícil acceso. Solo para llegar a Güigüi, donde podría subir a alguna barca pesquera, tenía que caminar como poco una hora subiendo y bajando

barrancos. Para que luego lo más lejos que le llevase fuese a Tasarte o a la Aldea, ambos pueblos, y sobre todo la Aldea, con un largo y peligroso acceso por una carretera que discurre por la pared de un acantilado. Y luego está la dificultad de trabajar un terreno tan abrupto, con pocos lugares llanos. Pero tenía las cosas importantes, la protección natural del barranco, un manantial de agua y todo el tiempo del mundo para vivir lo que le tocase.

Seguimos por el camino y ahí nos tropezamos con la mujer del ermitaño, era una gallega que en algún momento de su vida decidió apartarse de todo para venirse a vivir ahí. Estaba buscando algún lugar con cobertura para poder llamar a su hija.

—Por lo menos tengo que caminar cuarenta minutos para encontrar un lugar con cobertura.

A nosotros ya nos quedaba poco para llegar, pero aun así, se nos hizo muy pesado ese último tramo, el que transcurría por el fondo del barranco. Nos perdimos el atardecer y la noche ya caía, eso, sumado a los cañaverales que poblaban el cauce del barranco hizo que perdiéramos el sendero,

por lo que optamos por seguirlo sin más. Esto no suele ser buena idea porque suelen ser muy pedregosos y difíciles de caminar, y todo esto sumado al cansancio que arrastrábamos hizo muy poco agradable ese rato. Pero ya casi estábamos, y yo no veía el momento de soltar la mochila y darme un baño.

Y al fin llegamos a la playa, aún había algo de luz, así que decidí posponer un poco el baño y montar la tienda. Una vez montada, ya de noche, me desnudé y le dije a ella que me iba a bañar, que se viniera.

—¿De noche? Me da miedo.

—Como quieras.

No iba a entrar a discutir con ella, corrí por la fina arena negra y me sumergí en la oscuridad. Sentir toda esa agua inundándome los poros de la piel después de la intensa jornada, fue una de esas sensaciones que se te quedan grabadas para siempre. Los músculos de mis piernas y mi espalda relajándose en la acuática ingravidez, y mi mente saliendo del ensimismamiento del camino. Y entonces pensé en ella y en cómo se hizo todo el camino sin rechistar, a pesar de que era evidente

que le costaba. Debería haberse venido a bañar, esto le iba a encantar. Y pensé en salir a buscarla.

— ¿Rafa? ¿eres tú?

— Si, aquí estoy, ¿ya se te pasó el miedo?

— Bueno, tenía más miedo afuera sola.

Y se acercó a mí y me tomo la mano. Entonces caí en que estaba desnuda y me excité. Para calmarme me sumergí y me quedé todo lo que pude ahí debajo. Cuando saque la cabeza ya me había relajado.

— Oye no hagas eso, no me dejes sola.

— Ya, tranquila, no pasa nada, estaba justo aquí.

Siempre me arrepentiré de no haber hecho el amor con ella en ese momento. Por timidez por un lado, y por respeto por otro, no quise ni intentarlo. Pero resultaba que ella lo quería tanto como yo.

Salió una enorme luna llena que nos permitió vernos los rostros.

— Tengo frío, me voy para afuera

— ¿Y te vas sola?

— Sí

— Vale, ahora voy

— No, vente conmigo

Salimos juntos del agua y en la orilla pude ver su voluptuoso cuerpo brillando a la luz de la Luna. Mi cuerpo empezó a arder tanto que creo que me sequé allí mismo.

Preparamos una cena caliente, imagino que sería arroz con garbanzos y atún, y descorchamos la botella de vino que había traído, un peso extra que bien valió la pena cargar. Cuando terminamos nos metimos en la pequeña tienda, porque ya empezaba a refrescar, pero dejamos las cabezas fuera, tumbados boca arriba viendo las estrellas que aquella gran luna permitía, aun así eran muchísimas. Y ahí estuvimos conversando un largo rato, hasta que a mí ya me entró sueño y me metí. Ya casi me había dormido cuando entró ella y se tumbó a mi lado, dentro de su saco de dormir. Medio dormido me giré hacia ella. Ella giró su cara contra la mía y nos besamos, como si eso fuera lo más natural del mundo. Me aparté un poco para verle la cara, pero no lo permitió, se abalanzó con todo su cuerpo sobre mí y me besó con mucha fuerza. Me intimidó, no sé si es que besaba muy brusco o con demasiada pasión.

—Oye, tranquila, más suave

Ella estaba ya sobre mí, y su cuerpo, casi del mismo tamaño que el mío, me tenía inmovilizado contra el suelo de la tienda. Levantó su cara y me miró con un divertido gesto de enfado.

— Ya pensaba que esto no iba a pasar nunca.

Hicimos el amor varias veces esa noche, y aunque el suelo de la tienda se volvió terriblemente duro e incómodo, nos dimos por entero a satisfacer toda el ansia que llevábamos guardada. Y lo hicimos de manera muy torpe, y hubo momentos en que ante lo ridículo no quedó más que reírse. Fue sin duda una noche de esas que te unen de alguna manera a la otra persona.

— ¿Sabías que cuando haces el amor con otra persona quedas unido energéticamente a esa persona por cinco años?

—Pues menos mal que no soy muy promiscuo.

Yo no pensaba exactamente en eso, pero también podría ser. Me sentía muy cómodo con ella.

—Mi princesa mapuche.

Una de esas tonterías que se dicen en esos momentos de desbordamiento pasional, si no es

por lo que viene ni lo hubiera nombrado. Pero a veces uno se tiene que aguantar la vergüenza a favor de la narración.

— ¡No po!, los mapuches no tienen princesas, su organización social es muy distinta.

Y me contó detenidamente sobre los mapuches y su organización social, sus ritos y su cosmovisión. Ella había convivido con ellos por algún tiempo y conocía todo aquello de primera mano. Todo lo que me contó fue muy valioso para mí.

Calle María de la Miel:

Recuerdo perfectamente aquellos días en los que toda mi vida cobró sentido. Todas las mañanas, me quedaba mirándola fijamente a los ojos, a su serenidad, a su sabiduría, a su melancolía, al secreto que se ocultaba en el instante que me retiraba la mirada, a sus arrugas repletas de historias, a los mapas que sobre su piel dibujaban las manchas de la vejez. A sus manos ajadas y pétreas, manejando y seleccionando aquellas olorosas hojas y mágicas hierbas. Al rítmico y ya casi involuntario machacar en el mortero. Al sonido del silencioso rezo que concluía el rito y otorgaba de aura a aquella misteriosa poción.

Largo tiempo estuvimos vertiéndola en el pozo del palacete del señor Almanzor. La poción era tan olorosa que hacía daño solo de acercarla a la nariz, y tan dulce que hacía que la boca se empastase con una sola gota. La poción tenía la misión de purificar el agua y disimular el acre sabor de los cuerpos en descomposición. Pues, en el fondo del pozo, hacía ya siete días que yacían los que fueron mis señores, Selam Almanzor, el moro, y don

Fadrique de Saavedra, un hijodalgo, y cristiano viejo de mi ciudad natal, Zahara, que está allá, en la húmeda sierra de Grazalema.

De cómo llegaron a ese pozo no habrá más historia que la que aquí os cuento, y que no transcenderá más allá de estos papeles. De por qué sus aguas saben dulces como la miel existe una historia que se llama los “Jazmines milagrosos”, y que cuenta cómo el gallardo Don Fadrique de Saavedra me rescató de las manos del moro enamorado de mi castellana belleza y mi cristiana serenidad. Una historia mucho más creíble, por su cristiano romanticismo, que la que a continuación os voy a contar. Que es, ante todo, mi historia y la de ella.

En mis recuerdos siempre estuvo ahí y, según mis padres, llegó después de nacida yo. Ella nunca habló de su procedencia y mis padres tampoco, pero corría el rumor de que vino del lejano oriente, y de que era bruja. Desde luego sus rasgos no eran parecidos a los de nadie que hubiera conocido, ni siquiera, a pesar de lo moreno de su tez, se le podía emparentar con el enemigo moro. Con todo esto, nunca fueron extraños para mí, ni sus rasgos, ni su amable presencia.

Protectora de mi vida, de mis aprendizajes y de mi salud. Cuando alguna enfermedad me atacaba, ya fuera a esa parte de mi ser a la que cristianos y moros llaman alma, o fuera mi cuerpo el afligido, ella tenía un remedio que me daba sin que nadie supiera. Muchas de mis noches las veló rezando, a escondidas, al pie de mi cama, pequeños y silenciosos cánticos que apaciguaban mi espíritu.

Pasó un día que una de las criadas la encontró velándome con esos extraños cánticos. Armó tanto revuelo que todos despertaron, y mi padre, asustado, bajó en camisón blandiendo la espada de mi abuelo. A punto estuvo de matarla allí mismo, y fue justo en el momento en que mi padre bajaba la espada sobre su cabeza que ella la giró y lo miró directamente a los ojos. Y todo se congeló, y la espada pareció derretirse junto con mi padre, que cayó al suelo desapareciendo entre los pliegues de su camisón. Solo un penoso llanto daba noticias de que mi padre estaba entre aquellas telas. Ella, que quedó de rodillas a su lado, lo abrazó, y el llanto paró y dio paso al suspiro, un suspiro que nunca escuché a mi padre, ni antes, ni después. Un suspiro lleno de paz.

Y fue mi madre la última en entrar, y la última en salir. Me miró como nunca miraría una madre. Después de aquello le fue prohibido a mi cuidadora acercarse a mí. De esto hace ya como diez años, y no volví a encontrarme con ella hasta hace un par de Lunas. El mismo día que se celebraba San Juan.

Ocurrió días antes del solsticio de verano, a poco de tener la condición para ser mujer casadera, a poco del aniversario de mi nacimiento. Tuve un sueño que comenzaba con ella hablando en una lengua extraña, decía: *kvla xekan achawal amuy ta antv*. Y lo repetía hasta el infinito mientras un paisaje helado lo rodeaba todo. En medio del paisaje se alzaba un gran árbol, de hojas alargadas y fuertes como las del laurel. Y cada una de sus ramas coronadas con un ramillete de flores blancas. Todo a su alrededor nevado, pero no el árbol. Todo de repente en llamas, pero no el árbol. Una multitud bailando a su alrededor y el árbol susurrando sonidos y ritmos, y canciones desconocidas, y trances, y despertares... y el Sol inaugurando un nuevo tiempo, y su cara de nuevo, y sus extraños decires de nuevo... *kvla xekan achawal amuy ta antv...*

Me desperté con estas palabras en la boca, en estado febril y rodeada del montón de gente extraña que siempre había sido mi familia.

Tres días estuve en cama siendo vigilada por esa extraña que era mi madre, que ya andaba desesperada y no sabía ya a qué santo rezar. Durante esos tres días, pasaron todos los médicos de la ciudad, y todos sus hombres santos. Pero nada me sacaba de mis fiebres, que me mantenían dando vueltas alrededor del gran árbol recitando extrañas palabras. Y fue al tercer día que mi padre entró en la habitación y sacó a mi madre a rastras de allí. Al momento entró ella, y pronuncié su nombre, y lo escuché de boca de mi padre también, y a los dos nos pareció que era la primera palabra que pronunciábamos en nuestra vida. Yankuray.

Estando aún yo un poco débil, Yankuray me sacó de la casa, y me llevó a lo más profundo de un bosque cercano. Llegamos hasta un muro de piedra. Esta era especialmente blanca, más de lo normal para la piedra caliza que abunda por estas tierras. Recorrimos el muro unos pocos metros hasta encontrar una enorme grieta que se perdía hacia

arriba entre las copas de los árboles. Me dijo que entrara por ella, y así lo hice. Caminé unos pocos pasos en la oscuridad, pero enseguida apareció la luz. Salí a un claro, y en mitad del claro el enorme árbol de mis sueños. Mientras ella me seguía, fui cansadamente hacia él. Acaricié su liso y gris tronco, olí el aroma de sus blancas flores que me recordaron al dulce sabor de la canela. Me dejé caer apoyada en su tronco, y ahí quedé. La miré a los ojos, y ella, señalándome el árbol, dijo:

—Foye.

Y supe que era el nombre del árbol, y que era sagrado para ella, y para mí.

A mi alrededor todo tipo de plantas extrañas pero cuyos aromas me eran familiares. Aquel era el jardín de Yankuray, el lugar donde plantó las semillas que trajo de su lejana tierra, y de donde sacaba los ingredientes para todos sus remedios.

Y fue al pie de ese árbol que mi sueño se hizo realidad. Yankuray pronunció las palabras en esa lengua extraña, kvla xekan achawal amuy ta antv... y luego las pronunció en castellano, y me resultaron igual de extrañas... tres pasos de gallina avanzó

el Sol...

Yankuray hizo sonar su kultrun sagrado, y sobre él sonaron las agudas kaskawillas, y el bitonal sonido de las flautas pifilkas. Y todo se llenó de gente, todos con los rasgos de Yankuray, con sus miradas rasgadas y melancólicas, sus sonrisas permanentes, sus altivos pómulos, los marcos ovalados de sus caras y sus negros y lacios cabellos. Celebrábamos que comenzaba el año, que a partir de hoy los días serían más largos, celebrábamos mi renacer. Ya no sería más María Hinestrosa, a partir de ese día sería Alliwe, hija de un pueblo para los que a partir de la noche de San Juan, los días en vez de ser más cortos comenzaban a ser más largos, y daban paso al invierno, y el nuevo año. Un pueblo para los que la armonía con el entorno era su única forma de vida. Un pueblo que no aparecía en ningún libro o documento cristiano y del que no sabía nada, pero que llevaba muy dentro de mí.

Y con el árbol y las ensoñaciones y los rezos y las danzas, nos amaneció.

Y regresamos a Zahara.

Al salir del bosque vimos las columnas de humo

y escuchamos los gritos y alarmas. Yankuray intentó evitarlo, pero no pudo. Salí corriendo hacia la ciudad. Sus puertas habían caído, y de aquí para allá corrían los moros a lomos de sus caballos. Y fue que entre toda esa confusión recibí un golpe.

Cuando abrí los ojos estaba rodeada de blanco y dorado, sumergida en un mar de sedas que reconocí como de tierras granadinas. Había sido raptada y llevada a Granada, al palacete del que debía ser un gran señor. Alcé la cabeza y me encontré con la apaciguadora mirada de Yankuray. Pero una presencia me perturbó detrás de ella, y poco tardé en encontrarme con aquellos jóvenes e intensos ojos. Nunca antes mi mirada se había cruzado con la mirada de un moro, pero algo me habían contado de ella. Y reconocí la intransigencia, el deseo desbordado, pero no la maldad y la falta de humanidad de la que tanto había oído hablar. Algo parecido había visto en la mirada de don Fadrique de Saavedra el día que, aun siendo yo niña, mis padres me prometieron a él. Los dos tenían la mirada del deseo complacido, del que se sabe dueño y señor de aquello que anhela y solo está a un

paso de satisfacerlo.

Pero yo no deseaba a ninguno, mi corazón andaba ocupado descubriendo otras cosas hermosas. Así que cuando Almanzor reclamó mi persona para él, Yankuray, conocedora en mi silencio, de mis sentimientos de rechazo hacia ambos, puso por excusa al moro, que yo andaba prometida a un poderoso cristiano viejo, y que imposible era nuestra unión mientras él siguiera vivo. El moro, enfadado y confuso, marchó del palacete. No volvería hasta pasados unos días.

Fueron aquellos días muy hermosos. Habitando aquella hermosa cárcel granadina que era el palacete del señor Almanzor, mi raptor.

Yankuray pasaba el tiempo compartiendo conocimientos con un viejo sabio que solía venir al palacete, y que mucho sabía de la botánica de aquella tierra. Después compartía conmigo esos descubrimientos y algunos de los secretos de su pueblo, y de otros pueblos que había conocido en sus largos viajes.

El día que Almanzor regresó lo hizo con gran ruido. Hizo salir a todos del palacete menos a mí. Arrastraba

con él nuevos tesoros, y también el cuerpo maltratado pero aún vivo de Fadrique de Saavedra.

Esta fue la respuesta de Almanzor a las pegas de Yankuray: Si el hecho de que don Fadrique de Saavedra estuviera vivo era lo único que se interponía entre nosotros, él mataría a don Fadrique de Saavedra. Y lo haría delante de mí, para que no hubiera duda. Delante de mí le rajaría la garganta, con tan mala suerte que al hacerlo caería dentro del pozo. Y pasaría también que al asomarse al pozo e intentar atrapar el cuerpo en su caída, Yankuray, que se había ocultado entre las sombras, lo empujaría, cayendo este también al fondo de aquel pozo y partiéndose el cuello contra sus paredes.

Lo más increíble de todo es que por ahí seguirían contando las hazañas de don Fadrique y de Almanzor como si estuvieran vivos. Y en esas historias yo me casaría con don Fadrique, que por obra divina rejuvenecería y conquistaría mi corazón, y que me rescataría de manos del moro montando un blanco corcel, entre nieblas mágicas de jazmines y ayuda de alcahuetas. Estas eran las historias que Yankuray regalaría el necesitado imaginario de moros y

cristianos.

La realidad es que yo estaba allí, volcando aquella pócima en el pozo del palacete que habíamos conquistado. Miré el fondo, y allí seguían los dos cuerpos. Y por encima de ellos mi reflejo sobre el agua. Mi cara ovalada, mis cabellos lacios y negros, los ojos rasgados, pero azules como los de mi padre. Volví mi mirada hacia Yankuray. Allí estaba esa gran mujer, pequeña, de mirada amable y melancólica. Quién diría que esa mujer fuera capaz de hacer morir a esos dos grandes hombres, y luego hacer creer a todo el mundo que seguían vivos. Sin duda aquella mujer era una bruja, y es muy posible que tuviera que irse de su tierra por ese poder que tenía. Pero aquella bruja me protegía y me enseñaba, y aunque sintiera cierto miedo por esa parte perversa de su ser, no podía evitar quererla y admirarla, porque su perversidad no era mayor que la que nos rodeaba en este mundo de hombres.

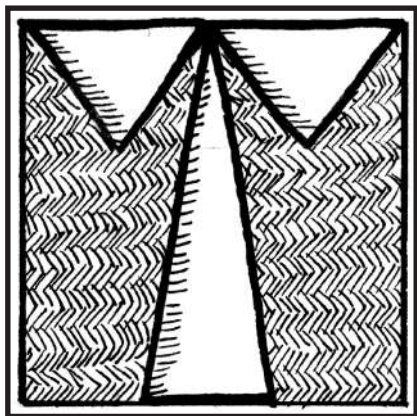
Terminaría sus días en la ciudad de Granada, viviendo cómodamente en el gran palacete. De cómo se las ingenió para mantener la gran mentira se podría escribir un gran libro y aun así seguiría

pareciendo imposible. Un día le pregunté dónde estaba la tierra de donde venía. Señalando al noreste me dijo que de allí venía. Señalando al suroeste me dijo que allí estaba su tierra. Ante mi expresión de confusión cogió un pedazo de barro y lo amasó hasta formar una esfera. Señaló donde estábamos nosotros y luego donde estaba su tierra. Con una ramita trazó en el barro el camino que había hecho para llegar aquí. En vez de trazar una línea recta entre los dos puntos, su camino se desplazó primero hacia arriba, después hacia la izquierda hasta que finalmente llegó a donde había indicado que estábamos ahora.

Sin duda Yankuray era una bruja poderosa, había convertido el mundo en una esfera solo para poder moverse libremente por él. Un mundo en el que retroceder no significaba abandonar tu destino, sino tomar un camino distinto para llegar a él.



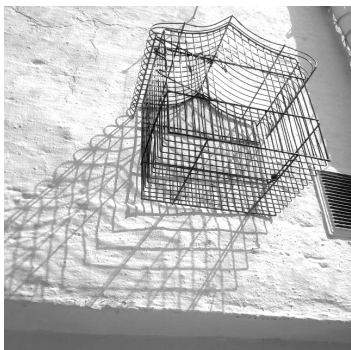
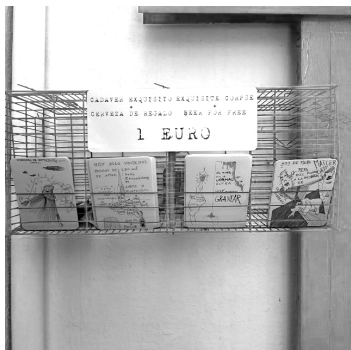


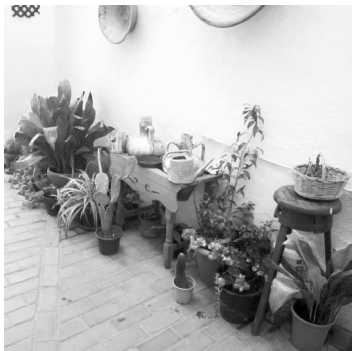


IV

Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM IV













Ya de vuelta en Granada la vi en un par de ocasiones, pero entre la brevedad del tiempo que le quedaba antes de regresar a Chile y su ajetreada agenda, llena de cosas que aprender y festejar, ya no quedó hueco para mí.

En Granada me venían por delante los meses más duros del año, enero y febrero. Son los meses más fríos, y económicamente los más deprimentes. Había conseguido que la tienda tuviera mejores números, aunque aun era insuficiente. Mi socia había decidido retirarse y quedaba yo solo al frente del negocio, lo cual quería decir que todos los ingresos eran para mí. Pero con eso y todo, seguía siendo insuficiente en el plano económico.

Recuerdo que en su día fue el conocer a gente muy viajera lo que me movió a irme de Canarias, dejando mi trabajo de fotógrafo de prensa, e irme a vivir la aventura granadina con lo puesto. Ya habían pasado diez años desde aquella decisión, mi vida había cambiado mucho, y yo sentía que había crecido como persona. Todo lo que era y hacía en aquel momento era inesperado para mí, nunca estuvo dentro de mis planes. Y eso me hacía

muy feliz. Valió mucho la pena haber dado aquel salto, aunque al principio resultó duro.

Ella, con su impertinente ansia de conocer, me había puesto delante nuevos horizontes, y empezaba a crecer en mí la necesidad de un nuevo cambio, pero ahora miraba bastante más lejos, el sueño de las Américas me llamaba.

Y en estas llegó la primavera, con sus alegrías climáticas y sus renacidos verdes, sus flores... y las alergias.

En los últimos años en Granada había desarrollado una hipersensibilidad al polen de olivo y las gramíneas. Y no era yo un caso aislado. Cada vez se veía a más gente con mascarilla por la calle, y las urgencias llenas de enfermos enchufados a bombonas de oxígeno por ataques de asma. Yo mismo en una ocasión me vi así. Pero ya había aprendido a cuidarme, y ya no salía a la calle sin mi mascarilla y mi inhalador. Y tanto en mi casa como en la tienda iba acompañado de un humidificador para bebes que me daba la vida. Cada vez había menos motivo para quedarme en Granada, incluso la mayoría de mis amigos habían marchado ya.

Y ahí me di cuenta, estaba atrapado en esa ciudad. Me había acostumbrado a una economía de subsistencia, que hasta entonces me había hecho feliz, en tanto que yo seguía creciendo como persona y como creador. Pero ahora que empezaba a querer un cambio no tenía los medios para salir de esa vida, de esa ciudad, y lo peor, me había acomodado.

Decidí cerrar la tienda en junio definitivamente, y ese verano buscar algún sitio donde hacer la temporada, de camarero, cómo no. Nada más de pensar otra temporada en la hostelería en la costa se me revolvían las tripas, pero eso es lo que ofrece este país si quieres ganar un buen dinero.

No pude conseguir nada, había perdido la inercia y los contactos, y se me hacía un mundo irme yo solo por ahí a buscar algo. Así que ese verano lo pasé en blanco en casa de mi madre en Canarias, sin moverme mucho porque no tenía un duro.

Conseguí para septiembre trabajar en la vendimia en Francia, pero lo que gané no me dio nada más que para aguantar unos meses más en Granada. Estaba muy atrapado en ese círculo vicioso de subsistencia.

No podré olvidar esa sensación de asqueo cuando al llegar a Granada desde Francia, lo primero que me ofrece esa ciudad es una manifestación de los mal autodenominados *pro-vida*, ese grupo de fascistas y religiosos recalcitrantes que se creen con derecho de decidir sobre el cuerpo de las mujeres imponiéndoles una moral reaccionaria e hipócrita. Y ahí estaba yo, cargado con una gran mochila, agotado de un viaje muy pesado, con los riñones destrozados por la vendimia y la ropa llena de manchas de uva, siendo recibido por un montón de ratas que salen de sus cloacas ideológicas al calor del fuego del destape fascista.

CALLEJÓN NIÑO DEL ROYO

—Ocurre a veces que el sueño es tan fuerte que cuando despiertas tienes la sensación de seguir en él. Cuando el sueño es pesadilla, ya no es una inocente y pasajera sensación, es una maldición.

...en la apacible penumbra de aquel amable bosque escucho el llanto de un niño que reclama mi presencia.

Salgo del frondoso bosque, vuelvo mi cara para verlo, tan luminoso como siempre, tan brillante y acogedor. Al fondo la Alhambra que apenas se deja ver, este es su lado oculto, tan similar al de la Luna, pues sobre él se proyectan las más fantásticas posibilidades. Solo la torre de la vela permanece vigilante, siguiendo mis pasos de reojo.

Ante mí se alzan las Torres Bermejas. Doblo la esquina esperando encontrar las hermosas vistas de la vega de Granada, pero me encuentro con un gran castillo blanco, de paredes lisas, de pequeñas ventanas, tan extraño y ajeno a todo lo demás.

Solo me queda un camino entre los muros de las

grandes propiedades y el muro del castillo blanco. Un camino de suelo duro, áspero y negro, muy negro.

Leo sobre el muro blanco una placa cerámica que reza: Callejón Niño del Royo. Debe ser el callejón más largo del mundo, porque no se divisa su final, ni nada que le dé fin. En la lejanía escucho el llanto del niño.

Ese llanto me remueve el alma,

ese llanto me habla de un pecado impuesto,

de una injusticia.

Me adentro en el callejón siguiendo su sonido. Siento una presencia amenazante a mi espalda, al volverme veo a dos seres que parecen personas, pero que no lo pueden ser. Visten un uniforme negro y violento, sus cabezas negras y peludas, coronadas con boinas también negras, sus ojos felinos, amenazantes y negros.

Me vuelvo y sigo mi camino, esos seres me

siguen. Llego a la altura de una puerta, me paro ante ella. Sobre esta, una placa de piedra, en ella hay grabado en rojo un nombre: Instituto Gómez Moreno. Giro mi cabeza y veo a mis perseguidores felinos parados, observándome fijamente. Por una reja al lado de la puerta se asoma un hombre uniformado de azul. Me mira a los ojos y me dice:

— Son panteras negras, son inofensivos, pero muy molestos, solo haz las cosas bien y no te molestarán, tienen garras afiladas y poco control cuando se liberan sus correas.

El llanto se vuelve más impertinente, más molesto, más doloroso. Continúo mi camino, y mis perseguidores su vigilancia.

Paso ante un portón de madera, tras él está el gran castillo blanco de paredes lisas. Una placa de piedra con letras rojas reza, Fundación Rodríguez—Acosta. Empujo el gran portón y este se abre suavemente. Cruzo la puerta y ante mí aparecen un grupo de cipreses que no me dejan avanzar. Como no puedo seguir hacia delante, giro para

salir de allí, pero para mi disgusto más cipreses aparecen donde debería estar la puerta.

Estoy rodeada de cipreses, soy presa de los árboles de lo eterno.

Escucho el llanto del niño a mi izquierda, me dirijo hacia allí con la esperanza de encontrar un hueco entre los cipreses. Ante mi sorpresa estos se apartan a mi paso, creando un pasillo cuyo final se pierde en la oscuridad. Y de esa oscuridad es de donde viene el llanto.

Avanzo por el pasillo. Entre ciprés y ciprés comienzan a aparecer esculturas de piedra blanca, de hombres y mujeres pecaminosamente desnudos que me miran con amabilidad. Me siento turbada y continuo mi camino con la cabeza gacha, evitando ver sus impudicias y sus amables miradas. Solo veo sus pies, cada vez más pies, cada vez menos cipreses. Al final solo quedan esculturas.

Siento ante mí la cálida luz del sol, alzo la cabeza y veo la escultura de un joven esbelto que me mira fijamente. El calor proviene de la escultura, me acerco más hacia ella. La escultura se comienza a mover, baja de su pedestal y me abraza.

Siento su calor, pero no la siento latir, me acaricia y me besa.

Me desnuda, me penetra.

Yo no puedo hacer nada. Siento su calor dentro de mí, y siento cómo se vierte. Quema y duele.

Yo no quería, pero soy culpable por no moverme, por no gritar un no que parezca no.

Unas manos tiran de mí fuertemente. Los brazos de la escultura que me abrazaban se parten, su cabeza, que me besaba, se cae. Las manos me arrastran en la oscuridad, me giro y veo los ojos de gato de mis perseguidores, los panteras negras. El portón se abre, y entra la luz, me empujan hacia ella.

Mis rodillas caen sobre el áspero y negro suelo. Mis rodillas sangran sobre el caliente y pétreo suelo. Al alzar la cabeza me encuentro con un grupo de personas, con lentes oscuras en sus ojos, extraños gorros y ruedas en los tobillos. Todos me miran. Uno de ellos comienza a hablar en una lengua extraña. Cuando termina de hablar, todos

los del grupo alzan unas varas metálicas que terminan en una caja negra, en el centro de la caja un ojo. Se quedan unos instantes así. Al rato se giran todos a una y marchan en la misma dirección que el llanto del niño, que ha vuelto a sonar.

Confundida me pongo de pie, continuo mi camino hacia el fondo del callejón. Los panteras negras me siguen.

Escucho una alegre y desordenada música de flautas y tambores que silencian el llanto del niño. Continúo.

Un poco más adelante vuelvo a encontrarme al grupo de personas con ruedas en vez de pies, con sus palos ojo alzados hacia su derecha, hacia algo que me queda oculto por el muro que flanquea el callejón. Al llegar a su altura descubro que se abre un vano en la dirección hacia donde apuntan los palos ojo. De ahí proviene la música. Veo en ese vano a un grupo de personas con cabeza de perro, vestidos con coloridos y sucios harapos. Huelen mal, y su música comienza a ser molesta por lo desordenada y desafinada. Me fijo bien en ellos, son grotescos, algunos en vez de hocicos tienen

flautas, otros, donde deberían tener el estómago tienen un tambor. Hay uno cuyos pelos rubios y largos se encuentran atados con mucha tensión a los dedos de sus pies, mientras otro hace sonar esas improvisadas cuerdas con su largo cuerno, como si fuera un contrabajo, pero sonando como el llanto de un niño, en clave desagradable y artificial. No es el llanto del niño que me llama.

Las personas con ruedas marchan. Cuando los he perdido de vista observo cómo los panteras negras se dirigen hacia el grupo de andrajosos músicos. Comienzan a golpearlos, pero ellos siguen tocando, solo paran cuando los panteras negras los descuartizan. Al final solo queda sonando el contrabajo. Con su lamentable y desagradable llanto, que acaba de golpe cuando una garra corta las cuerdas y rebana el cuello del músico. Pero el llanto de niño sigue sonando, y sigue viniendo del fondo del callejón. La calle hace una ligera curva, avanzo rápidamente con la esperanza de a la vuelta encontrarme con la procedencia del llanto.

Lo primero que veo es al grupo de personas con ruedas, con sus palos ojo alzados de nuevo hacia

algo que no puedo ver, y que ahora me tapan sus cuerpos, que zumban como moscas alrededor de la mierda. Me abro hueco entre las personas con ruedas. Ante mi encuentro un pedazo de columna rota sujeta a la pared con dos abrazaderas de hierro. Y sobre ella, un niño desnudo y llorando amargamente. Voy rápidamente hacia él, pero justo cuando lo voy a tomar entre mis brazos, la columna comienza a crecer y a alzarse al cielo, rompiendo sus abrazaderas de hierro al aumentar su grosor. Me retiro un poco para mirar hacia arriba, alcanzo a divisar una forma que parece la de un niño, está colgando. Me retiró un poco más y entro en el círculo de personas con ruedas. Me fijo en la parte trasera de sus cajas negras con ojo. Tienen una especie de ventana brillante, que a modo de lupa me muestran lo que hay en lo alto de la columna. Le arrebató un palo con ojo a uno de ellos que se me queda mirando con curiosidad. Dirijo el palo hacia la columna. Según me desplazo por ella con mi nuevo ojo, puedo ver las cabezas y miembros descuartizados de los músicos con cabeza de perro. Más arriba veo los brazos blan-

cos de la escultura que me violó, justo encima su blanca cabeza, mirándome fijamente, suplicando perdón. No puedo soportar esa visión y la retiro de mi vista con solo soltar el palo-ojo.

Ante mí me encuentro al grupo de personas con ruedas, todos mirándome a través de sus cajas negras.

Siento algo desbordándose entre mis piernas, miro hacia abajo, estoy reclinada boca arriba, con las piernas abiertas, mi falda está llena de sangre. Alzo mis ojos, ya no veo las inquisidoras miradas de los palos-ojo, en su lugar, una vieja alcahueta con cabeza de cerdo, que me dice:

—Niña, haber tenido más cuidado.

Siento una nueva oleada de calor entre mis piernas, miro y veo más sangre correr a borbotones.

—¡Culpable! ¡Sacrílega!.

Miro hacia arriba y veo a un obispo con la misma cabeza de cerdo que la alcahueta.

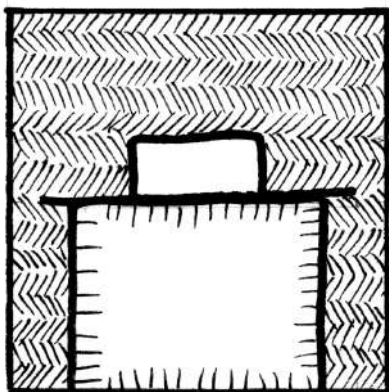
—¡Tus pecados no tienen perdón ni consuelo!

Las garras negras de las panteras uniformadas tiran de mí. Me descuartizan y me cuelgan de la columna. Desde aquella altura veo el lado oculto de la alhambra, veo el bosque que lo oculta, me sumerjo en él y me duermo...

...en la apacible oscuridad de aquel amable bosque escucho el llanto de un niño que reclama mi presencia...







Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM V

A los pocos días de estar en Granada... ¡Una buena noticia! ¡Bien!, mi antigua socia, y mi siempre amiga, Maya, me contó que en la cafetería que estaba en la esquina frente a la tienda, buscaban camarero.

Ahora que lo pienso, que mal estaban las cosas para alegrarme de que me dieran un trabajo de camarero en Granada, nunca vi un lugar donde las condiciones en hostelería fuesen tan penosas. Me acuerdo del día que, terminando una durísima temporada de verano, me prometí no volver a trabajar en hostelería nunca más. Pues ahí estaba yo, a punto de aceptar un trabajo de mierda con una gran sonrisa. Ya la única promesa que me hago es la de no hacerme promesas, y hasta en esta ya me fallaré.

El trabajo lo conseguí en diciembre, pero no comenzaría hasta febrero, así que me fui tranquilamente a Canarias a pasar la navidad. Esta vez más holgado con el dinero que había ganado vendimiando en Francia. Con todo sentía que las cosas iban fluyendo para alcanzar mi meta de irme a Latinoamérica. Aunque aún tenía que ver a

dónde, pero eso ya se caminaría. De momento tenía un trabajo que podría aguantar hasta septiembre para ahorrar lo suficiente para irme. Hice mis cálculos y programé todos mis gastos hasta ese momento. Si quería permitirme lujos tendría que venir de lo que pudiera sacar vendiendo mi trabajo. Además me iba a deshacer absolutamente de todo. Ordenador, pulpo de serigrafía, máquina de chapas, materiales fungibles, equipo de escalada, libros, bicicleta... Me iba a ir muy ligero, ya no quería nada, solo poder irme.

No voy a entrar en detalles con lo que pasó, pero, en resumen, diré que fue la peor experiencia laboral de toda mi vida. Incluso peor que *esa* anterior experiencia como *trabajador por cuenta ajena*, esa de la que hablo en el primer volumen. La lección fue la de nunca más trabajar en empresas pequeñas familiares donde tú vas a ser el tercero. Si hay algún problema tú serás el chivo expiatorio. Duré los quince días de prueba, en mi vida me pasó algo así, y ni siquiera tuvieron la decencia de pagarme todas las horas que eché, porque dicen que eso en hostelería no se hace, además de lo que pasó con las propinas,

que ya es de pena capital. En fin, no sigo, bastante tienen con lo que llevan encima por ser como son. Ni mal les voy a desear porque ya sería cebarse.

La cosa es que mi plan de ahorro se fue al carajo. Y ahí estaba, en Granada, en pleno mes de Febrero, con los cuatro duros que había rascado en el curro y con unas ganas terribles de irme de allí.

Pero como no soy persona de revolcarse en los escombros del desastre, retomé mi labor creativa como válvula de escape. Siempre hay algo que se puede sacar por ahí.

Cuando trabajaba en mi tienda de artesanías me sentía enormemente feliz porque mi camino al trabajo desde mi casa transcurría por una de las calles más bonitas del mundo. *La Acera del Darro*, más conocido como *el Paseo de los Tristes*. En ella veía a los artesanos, con sus mantas llenas de tanto trabajo, en un pequeño ensanche a los pies del convento de Santa Catalina. Muy atentos a la llegada de la policía para levantar el chiringuito.

Siempre me pareció algo muy duro estar continuamente pendiente de que venga la policía, no solo a levantarte, sino a llevarse todos tus produc-

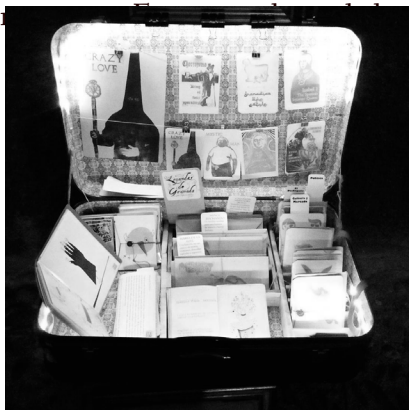
tos y multarte. Si ya tienes que estar en la calle vendiendo, ¿de dónde creen que vas a sacar para pagar si encima te roban todo tu trabajo? Se me hace ridículo que se criminalice un trabajo artesanal solo para proteger a los revendedores de souvenirs made in china que copan los negocios de esa calle. Y si ya estáis pensando la matraca esa de que *ellos sí pagan sus impuestos*, os diré que lo hacen a costa de empobrecer el tejido artesanal granadino.

Y tras este alegato, os diré que tomé, en aquel momento tan complicado en el que me encontraba, la decisión de tirarme a la calle para vender mi trabajo creativo. Pero no lo haría en ese rincón de la carrera del Darro, lo haría en la cuesta de San Agustín. Una peatonal que estaba cerca pero era menos transitada por la policía y donde no existían los típicos conflictos territoriales que sí se daban en el pequeño espacio de acera a los pies del convento de Santa Catalina. Además, la cuesta de San Agustín se había convertido en lugar para ilustradores y pintores, formándose una pequeña, amable y mutante familia de artistas en la calle.

Agarré una maleta de esas antiguas y la

parcelé para colocar en ella mis cuentos postales de Granada, mis fanzines, láminas y postales *untypical souvenir*. La maleta la apoyaba sobre una vieja silla de madera plegable que había heredado del *poeta del puente*, mi buen amigo Nicolás. Un sistema de rápido repliegue en caso de que la policía viniera a poner orden levantando el arte de los empedrados granadinos.

¿Sabéis que vine a descubrir de mis días como vendedor en la calle? Que ganaba ahí más que dentro de mi tienda. Y además era mucho más divertido, porque la pasabas compartiendo con los otros como se hacía en la vida.



UNA HISTORIA DE LA CARRERA DEL DARRO

La Carrera del Darro, que termina en el comúnmente conocido como paseo de los tristes, es considerada como una de las calles más bonitas del mundo. Ya casi llegando a su final, frente a la iglesia de San Pedro y San Pablo, nos encontramos con una hermosa fachada de estilo plateresco. Es la casa de Castril, el ahora museo arqueológico y etnológico de Granada. Fue mandada a construir por Hernando de Zafra en 1539, y en ella tuvieron lugar trágicos acontecimientos.

Se cuenta que Don Hernando sorprendió a un pajecillo entregándole una carta a su única hija, Doña Elvira. Confundiéndole con su amante mandó a colgarlo allí mismo, y a su hija, Doña Elvira, la encerró en su habitación tapiándole la puerta y el balcón. Doña Elvira moriría al poco allí dentro, quedando su fantasma para la eternidad, vagando por los pasillos y habitaciones de la casa de Castril.

Si el paseante curioso se para a mirar esta casa, encontrará, en su esquina derecha, un balcón tapiado, y encima de él una enigmático mensaje

en el que se puede leer: “espérala del cielo”.

Tal vez hoy, y solo para los ojos del que pueda percibir tales cosas, se pueda ver a dos espíritus errantes asomados al balcón tapiado de la casa de Castril, observando con curiosidad a un grupo de turistas que escuchan, atentamente, a un guía que les cuenta la historia de esta casa. Son nada más y nada menos que los espíritus de Lorca y doña Elvira, más conocida ella como la Dama de Blanco.

– **Dama de Blanco:** Decime Fede, que versión están contando hoy.

– **Lorca:** Es la versión de Manuel Lauriño. ¿Es necesario que hables con ese acento?

– **Dama de Blanco:** Que bien, me vuelve loca interpretar esa versión. Y no seas boludo Fede. ¿De qué acento me hablás?

– **Lorca:** Como quieras. Esta noche no podré estar para dirigir la representación, he quedado con Dalí para ir al hospital de reuma. Tenemos pendiente cierto duelo creativo.

– **Dama de Blanco:** ¿Qué me decís? No será lo mismo sin vos dirigiendo, será una locura. Por cierto, esta vez no quiero ser de nuevo la

Elvira. Estoy más que preparada para hacer cualquier otro papel. Podría hacer muy bien el del iracundo Don Hernando de Zafra.

– **Lorca:** No te preocupes mi Dama querida, lleváis una eternidad interpretando estos papeles, no tendréis mayor problema. Después del atardecer se hará corpórea la lista con el reparto. No está en mis manos decir quien interpreta a quien.

– **Dama de Blanco:** Si, ya sé, la fortuna, el destino... Pero es que siempre me toca Elvira, y es aburridísima, viste.

Esa misma tarde, en la casa de la torre, anexa a la Casa de Castril, nos encontramos con otros dos fantasmas de Granada, el Fantasma de Diputación y la mujer de negro, con la cabeza metida en un papel que sostiene el primero. Es la lista del reparto para la obra.

– **Fantasma de diputación:** Pero qué locura es esta, ¿cómo le van a dar el papel de Don Alfonso de Quintanilla al Niño del Royo? Es un bebé ¡y solo sabe berrear!

– **Mujer de Negro:** Tranquilo Benito, y no dudes del destino, que es el más sabio de

los dramaturgos. Sus razones tendrá. Míralo con optimismo Benito, por lo menos esta vez parece que sí hay un cambio sustancial en los papeles.

– **Fantasma de diputación:** No, no, no. No me llames Benito, eso son hablaturías sin demostrar, yo soy solo el fantasma de diputación. Y no el espíritu de un cura bondadoso al que no le dejaron hacer el bien para con los chiquillos... Esos pobres chiquillos inocentes.

– **Mujer de Negro:** Venga no te pongas triste Beni... Fantasma de Diputación. Anda mira, te toca vestirse de mujer, con lo que a ti te gusta.

– **Fantasma de diputación:** No digas esas cosas mujer, solo soy una persona que se entrega con pasión a su deber, sea este cual fuere. Venga, vamos a invocar la lista para que todos estén preparados esta noche.

Entre los dos fantasmas, invocan en voz alta y al unísono el reparto de papeles para la obra teatral llamada:

“La tragedia de la casa de Castril”

– Mujer de Negro / fantasma de Diputación:

La Dama de Blanco interpretará a la desdichada “Doña Elvira”...

– Dama de Blanco (desde fuera de escena):

¡no!, la concha de la lora del destino... ¿otra vez? ¡no!... ya van a ver.

– Mujer de Negro / fantasma de Diputación:

El fantasma del verdugo de la audiencia en el papel de “Don Hernando de Zafra”

La mujer de negro como “El confidente”

El Fantasma de diputación como “La alcahueta”.

El fantasma del conservatorio, alias Felipe como “La nueva dueña”.

El niño del Royo como “Don Alfonso de Quintanillo, el enamorado”.

Y en último lugar, El fantasma de la cruz roja como el malogrado “Luisillo el paje”

Escena 1. Cena familiar. *Intérpretes:*
Verdugo de la audiencia (Hernando de Zafra),
Dama de Blanco (Doña Elvira)

Estamos en un gran salón de la casa De Zafra. Todo está a oscuras, solo las velas de unos candelabros, sobre una alargada mesa de madera, dibujan, en ambos extremos, los fantasmagóricos fulgores que dan presencia a Doña Elvira y Don Hernando de Zafra, su padre. La oscuridad es tan densa como el pesar de los semblantes de los dos comensales, que comen el aire sin levantar la mirada de su invisible cena.

Doña Elvira pone los dos cubiertos sobre su plato, haciendo un leve sonido al chocar el metal con la fina loza. Levanta la mirada y la dirige hacia su padre. Don Hernando de Zafra, sin levantar la mirada del plato, hace un gesto de afirmación con la cabeza.

Doña Elvira se levanta de la silla y se retira. Desaparece en la oscuridad.

Un cuadro se ilumina en la pared, en él podemos ver a una mujer que bien podría ser doña Elvira, pero más adulta, y de gesto más alegre.

Don Hernando mira el retrato con una mezcla de profundo resentimiento y melancolía.

– **Don Hernando de Zafra:** Espero del cielo que esta hija no salga tan ramera cómo me saliste tú, mala mujer.

Una leve, pero brusca brisa, apaga todas las velas. Todo desaparece.

Escena 2. Le chivan a Don Hernando que su hija tiene un amante y se despide a la Alcahueta. *Intérpretes:*

*Verdugo de la audiencia (Hernando de Zafra),
Mujer de Negro (confidente), Fantasma de diputación (Alcahueta).*

Nos encontramos de nuevo en la casa de Zafra. En uno de sus salones. Sentados a ambos lados de un escritorio vemos a un regio don Hernando de Zafra y a un hombre encorvado y de incógnito tras una barba y un bigote que parecen falsos.

– **Confidente:** Siento daros esta noticia, regio señor de Zafra y Castril, amo de las Granadas y los empedrados, de las campanas y los dulces de las monja ¡umm! esos dulces de las monjas.

– **Dama de Blanco (desde la oscuridad y con un susurro):** que decís boluda, ceñite al texto.

– **Confidente:** Ay, perdón... Pues eso señor de Zafra, Don Hernando, que el otro día vi a la desvergonzada de su hija dándose el lote con un villano cualquiera.

– **Alfonso de Quintanillo (desde la oscuridad):** ¡Buaaa! ¡Buaaaaa! ¡Buaaaa!

– **Don Hernando de Zafra:** Voto a bríos, ¡que desatino es este!

– **Dama de Blanco (desde la oscuridad y con un susurro):** Benito haz callar al Niño del Rollo... que desastre, que desastre. Hay Fede que hacés que no estás aquí.

– **Don Hernando de Zafra:** traedme de inmediato a la Dueña de mi hija, esa infecta alcahueta pagará cara su falta de diligencia. Si es falta de diligencia claro, porque de esa mujer se puede esperar hasta que sea la posibilitadora, la incitadora, el germen de todo el pecado y toda mi desdicha.

La luz que iluminaba al confidente se apaga, y este desaparece. Al lado se enciende otra luz que

hace aparecer a una mujer de rodillas en el suelo, llorando amargamente.

– **Alcahueta:** Le juro mi señor que es todo mentira, habladurías de gente que le cela y quieren verle sufrir. Y quieren ver mi caída, porque anhelan mi puesto. Su hija es casta y pura, y yo vigilo celosamente porque siga así.

– **Don Hernando de Zafra:** Como osáis. Me tomáis por imbécil, ¿creéis que no sé, ahora que la luz de la verdad ha iluminado las sombras de vuestros quehaceres, que esos largos paseos que dabais todas las tardes con mi hija no eran nada más que para reunirla con un infesto villano?

Mientras Don Hernando está hablando, comienza este a montar sobre una silla lo que parecen los instrumentos de un garrote vil.

– **Alcahueta:** No mi señor, no me apartéis de doña Elvira, esa niña es toda mi vida, moriré de pena si hace eso, tenga piedad de mí.

– **Don Hernando de Zafra:** ¿Piedad? ¿Me pides piedad? Maldito travestido maricón. ¿Crees que no me he dado cuenta que debajo de esos

harapos de mujer hay un hombre? Siéntate aquí por la buenas o lo harás por las malas.

– **Dama de Blanco(desde bambalinas):** ¿Pero qué dice este chalado?

– **Mujer de Negro (desde bambalinas):** Es que cuando se emociona le sale el verdugo y el facha que lleva dentro.

– **Don Hernando de Zafra:** Alguacil, coloque en la silla a ese criminal cuanto antes y terminemos de una vez con esto. Ya está bien de tanto lloriqueo. Quiero escuchar ya crujir el pescuezo de este infesto criminal.

La dama de Blanco se aparece en escena y con un soplo apaga la vela que ilumina a don Hernando de Zafra. Desaparece él y sus exigentes gritos.

– **Dama de Blanco (desde bambalinas):** Dale Mujer de negro, terminemos de una vez esta desastrosa escena.

– **Alcahueta (llorando amargamente):** No por favor, no me apartéis de ella, pobre niña, qué será de ella, qué será de mí.

Unas invisibles manos la agarran de los brazos y la arrastran hacia una puerta que se ha abierto al fondo, y por donde entra un chorro de luz blanco

que la engulle haciéndola desaparecer.

Escena 3. La nueva Dueña. *Intérpretes:*
Fantasma del conservatorio (nueva dueña), Dama
de Blanco (Doña Elvira)

Elvira ha recibido la noticia del despido de la
alcahueta, y llora desconsolada en su habitación.
En esto que entra la nueva Dueña.

– **Nueva Dueña:** Hay mi niña no llores más, que ya estoy aquí yo para darte consuelo y ayudarte, la vida sigue y...

– **Elvira:** callate bruja, ¿qué vas a hacer vos por mí? A mí no me engañas, que estás acá para ser mi carcelera. Y seguro que ya andás cogiéndote a mi viejo, ese pútrido cabrón asesino. ¡Siii! No me mirés así perra ¿Es que te creés que no sé que entre vos y mi papa matasteis a mi mamá, envenenándola de cuerpo y mente hasta que este colapsó? Sí mala mujer, lo sé todo, todo, todo. Sé que a mi padre le gusta vestirse de monja y que vos le azotés el culo con el cinto del abuelo. Viejos pervertidos. Tengo fotos y videos de todo. Y tengo una copia a buen recaudo, por si me pasara algo vaya directamente a las manos

del juez. No van a poder hacerme lo mismo que a mi madre, no, no van a poder.

– **Nueva Dueña (susurrando):** dama de blanco, creo que te has ido demasiado del guión deberí...

– **Elvira:** Callate bruja y salí de acá, que no necesito criada nueva, andá con mi viejo y contale todo lo que sé. Que sienta el miedo ese viejo conchudo.

La nueva dueña sale de la habitación, las luces se apagan. Ya fuera de escena tiene lugar esta conversación.

– **Fantasma del Conservatorio:** creo que se te ha ido un poco de las manos lo de improvisar.

– **Dama de Blanco:** ¿pero qué decís? Estuve genial, le he dado carácter al insulso personaje de doña Elvira, ya está bien de ser esa nena tonta que anda llorando por los rincones, y dejando que todos los hombres se aprovechen de ella.

Escena 4. De cómo la Alcahueta y el enamorado organizan enviar un mensaje a doña Elvira. *Intérpretes:*

Fantasma de diputación (Alcahueta), El niño del Rollo (Alfonso de Quintanillo), Fantasma de la Cruz Roja (Luisillo el paje).

Encontramos a Alfonso de Quintanillo sentado en un banco de piedra, a su espalda el río Darro y el Sacromonte, frente a él la fuente del Avellano y el sonido del agua al caer de sus tres caños. El viento mece suavemente, pero con ritmo nervioso, las hojas de los árboles. Aparece en escena la alcahueta despedida.

– **Alcahueta:** Mi señor don Alfonso, le traigo noticias que me causan gran pesar y sufrimiento. Gentes de mala fe le han ido con el cuento a Don Hernando de Zafra de que su hija doña Elvira andaba viéndose con usted. Y lo que es peor, me culparon a mí de ello y me han despedido. A la calle como un perro me han tirado. Y a doña Elvira, la han encerrado en sus aposentos, prohibiéndole salir a la calle. Además de contratar a una nueva dueña que casi monja la diría yo.

– **Alfonso de Quintanillo:** ¡Buaaa! ¡Buaa! ¡Buaaaa!

– **Alcahueta:** Claro que si mi señor, lo mejor es que le escribáis una carta, para que se tranquilice. Contadle todo lo que la queréis, y cómo guardáis en el corazón los momentos maravillosos que pasasteis juntos...

– **Alfonso de Quintanillo:** ¡Buaa! ¡Buaa!...

– **Alcahueta:** ...si claro, tenéis que darle esperanza, planificar una huida. Pero vos no deberíais entregarle el mensaje, que os conocen por el barrio y el padre tiene oídos y ojos en todas las esquinas. Enviar a Luisillo, vuestro gentil pajecillo, él pasará desapercibido.

– **Alfonso de Quintanillo:** ¡Buaaa! ¡Buaaaaa!

– **Alcahueta:** Vale sí, ya lo llamo yo. ¡Luisillo!, ¡Luisillooo, ven aquí que tienes que hacer recado y gran favor a tu señor!

Luisillo el paje aparece corriendo con gran zozobra, y con cierto aire de estar perdido.

– **Luisillo:** Aquí estoy mi señor, para lo que usted mande.

– **Alcahueta:** A ver Luisillo saca pluma y papel y toma nota de lo que te dicte tu señor

– **Alfonso de Quintanillo:** ¡Buaaa! ¡Buaaaaaa!...

– **Alcahueta:** vale, ya te digo yo Luisillo, apunta.

Dejamos a Luisillo escribiendo lo que la Alcahueta le va dictando, mientras Alfonso de Quintanillo llora unas octavas más altas de lo normal, diríase que tiene hambre, o quizás sean gases, que es cosa más de fantasmas.

Escena 5. De cómo don Hernando sorprende al pajecillo y lo manda a ahorcar.

Intérpretes: Dama de blanco (doña Elvira), Fantasma de la Cruz Roja (Luisillo el paje), El Verdugo de la audiencia (Don Hernando de Zafra).

Luisillo tira chinitas a la ventana de doña Elvira desde la carrera del Darro. Al poco se abre la ventana y se asoma al Balcón doña Elvira con cara de pocos amigos.

– **Elvira:** ¿Y vos quien sos? ¿y qué querés? ¿No podés llamar a la puerta como todo el mundo?

– **Luisillo:** No grite mi señora, que me van a pillar. Vengo de parte de mi señor, su enamorado, don Alfonso de Quintanillo.

– **Elvira:** Grito si me da la gana. ¿Y qué es eso de mandar a un recadero? Le decís al ganso de don Alfonso que si quiere algo de mí que le eche pelotas y venga él mismo a decirme.

– **Luisillo:** Pero señora por favor, si mi señor no vino fue por prudencia. Tengo este mensaje escrito para usted donde todo se explica.

– **Elvira:** Que se meta sus mensajes por el orto el don Alfonso. Vení Luisito y subí, que igual me servís para matar el rato.

Elvira le lanza una cuerda por la que Luisillo comienza a subir ágilmente. En ese momento se abren los portones de la casa, por donde sale un enfadado don Hernando de Zafra.

– **Don Hernando:** Lo sabía, un villano cualquiera. Baja aquí, que te voy a dar escarmiento sinvergüenza.

A la que dice esto don Hernando comienza a zarandear la cuerda haciendo caer al inocente Luisillo. El mensaje cae de sus manos y es recogido por el indignado don Hernando.

– **Don Hernando:** ¿Cómo os habéis atrevido, delante de mis narices, frente a toda Granada

vejar el apellido Zafra de esta manera? Oh, Elvira, y con un villano cualquiera. Si tu madre estuviera viva se moriría otra vez.

– **Elvira:** ¿Qué decís de mi madre, viejo pervertido? Que lo sé todo asqueroso, que tú la mataste ¿a qué venís a nombrarla ahora? Morite viejo conchudo.

– **Don Hernando:** Cómo te atreves, a mí, espada justiciera del derecho, piedra angular de toda sociedad, que, si se me suprimiera el caos sustituiría al orden, se derrumbarían los tronos y la sociedad desaparecería.

– **Elvira:** ¿Que decís colgado?, el orto de la sociedad sos vos.

– **Don Hernando:** ¿Cómo dices? ¿Pero te das cuenta que realizo la obra de dios de acuerdo con el mandato divino y las leyes de la corona británica?

– **Luisillo:** Esto, creo que eso que dices es del documental *Queridísimos verdugos*.

– **Don Hernando:** Tú te callas rufián. Y ven aquí que ya es hora de repartir justicia.

Mientras esto dice, Don Hernando agarra la

cuerda y, con la maña del que siempre se dedicó a esto, anuda la soga al cuello del pobre Luisillo. Sin más, la cuerda, con vida propia, alza tirando de su frágil pescuezo al inocente pajecillo, dejándolo colgado del balcón de doña Elvira.

— **Luisillo:** ¡Justicia! ¡Justicia!

— **Don Hernando:** Pide cuanta justicia quieras. Ahí ahorcado puedes estar esperándola del cielo cuanto tiempo te plazca.

— **Elvira:** Estarás contento, al fin soltaste tu frasecita. ¿Qué? ¿Te sientes mejor? ¿Te sientes más hombre? ¿Qué es lo que sigue? ¿Encerrarme en mi habitación y emparedarme dentro? Pues te voy a joder el momento, ni te molestes en subir, que ya me emparedo yo solita. Ya está bien de aguantar tanta boludez. Y aquí dentro me quedo para los restos. De hecho, me pienso suicidar y convertir en fantasma para contarle a todo el mundo lo viejo conchudo que eras, durante toooda la eternidad.

Todos quedan enmudecidos ante las palabras de Elvira. Las velas se apagan y queda todo a oscuras. En la oscuridad se escucha al pajecillo que está colgado.

– **Fantasma de la cruz roja:** Entonces... no sé...
¿Pasamos directamente al entierro de doña Elvira?

Escena 6. El entierro de doña Elvira.

Intérpretes: El verdugo de la audiencia (Hernando de Zafra), Dama de Blanco (Doña Elvira), fantasma de la cruz roja, fantasma de diputación y fantasma del conservatorio (portadores del féretro), Niño del Rollo y Dama de Negro (plañideras).

La imagen de don Hernando, más orgulloso que triste, encabeza la comitiva funeraria. Tras él, el féretro de hermosa madera de cerezo labrado, en cuyos dibujos se narra la historia heroica de los Zafra, los señores de Castril, y en cuyo interior reposa el cuerpo de la hermosa doña Elvira. Lo portan a los que se les presupone las más altas personalidades de Granada. Y cerrando la comitiva el llanto de las plañideras, que inunda el paseo de los tristes de la más triste y amarga de las farsas.

Y es justo ahí, ante los ojos de una impertérrita Alhambra, que el féretro se abre de golpe, y de él surge flotando una majestuosa doña Elvira, con los

cabellos blancos y largos y los brazos en cruz, se alza sobre la comitiva fúnebre, que queda enmudecida. Doña Elvira mira con odio y asco hacia los que velan su vacío féretro. Sus manos comienzan a chisporrotear, sus ojos se vuelven de luz y quedan blancos. Las estrellas desaparecen, y en su lugar, un cielo oscuro de donde comienzan a rugir amenazantes truenos, seguidos de inmediato de sus rayos. Comienza el cielo a descargar una plomiza lluvia. De los ojos y las manos de doña Elvira comienzan a surgir rayos que crecen y se besan con los del cielo. Su pelo se agita tan fuerte que parece ser el origen de un vendaval.

Un rayo golpea a Don Hernando en el pecho haciéndolo volar por los aires, tan certeramente que cae dentro del vacío ataúd. La tapa se cierra antes de que el mundo se percate de qué ha pasado.

El río Darro brama, silenciando el sonido de los truenos y el llanto de las plañideras que no cesan en su empeño. Una tromba de agua viene por él, arrasando con todo, barriendo toda la comitiva y haciéndola desaparecer. Solo vemos el ataúd que, flotando, se pierde rápidamente aguas abajo por el río Darro.

Y allí queda doña Elvira, suspendida en el aire cual diosa de la tormenta, haciendo el mundo girar en torno a su figura.

Al fondo, a los pies de la Alhambra, en un abandonado hotel de lúgubre presencia, dos figuras observan por la ventana toda la escena.

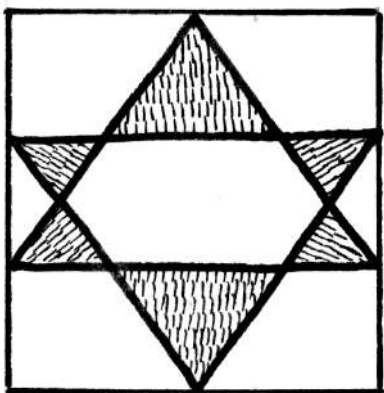
– **Lorca:** Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo. Y sobre todo en esta ciudad, tan dependiente de su pasado, tan dejada de su presente y tan olvidada de su futuro. Qué alegría de fantasmas que juegan con su leyenda para tener otras vidas durante su eternidad.

– **Dalí:** qué profundo, qué intenso. ¿Y qué te digo?, pues no se... Si muero, no moriré del todo. Y que justo en este mismo lugar, declaro la independencia de la imaginación y el derecho del hombre, y de la mujer, a su propia locura. He dicho.

– **Lorca:** pues nada, que más decir. Fin.



v



Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM VI



Volví a retomar contacto con el mundo nevera de los imposibles, esa nevera de playa de los noventa que encontraron mis colegas, llena de cosas muy locas. Necesitaba escribir una nueva historia. Ahora que estaba en la calle vendiendo esos relatos era bueno tener a cuantos más, mejor.

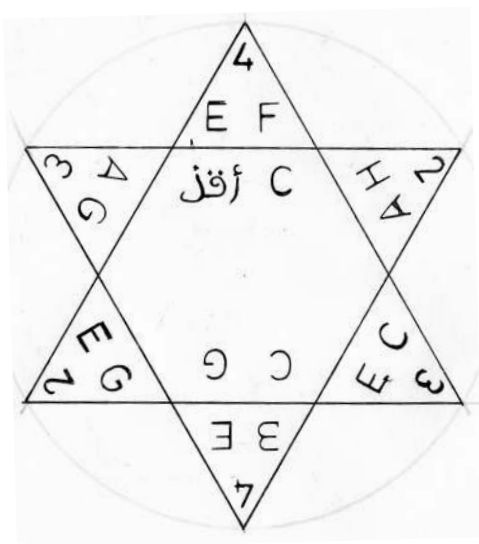
Mi atención se clavó en el misterioso disco de plomo, y me empecé en descifrar aquellos números y letras. Estaba seguro que tenían alguna clave escondida. No fue tarea fácil, y además estaba encriptado de aquella manera, o sea que solo ante la imposibilidad de los resultados que iba obteniendo, al final encontré uno que sí era posible, aunque bueno, viendo a lo que me llevó tengo mis dudas de que no pudiera ser otro el mensaje.

A esas alturas de la película era evidente que aquel libro plúmbeo era incluso más falso que los originales. Falso en su pretendido sentido de que pertenecieran a épocas muy pretéritas claro.

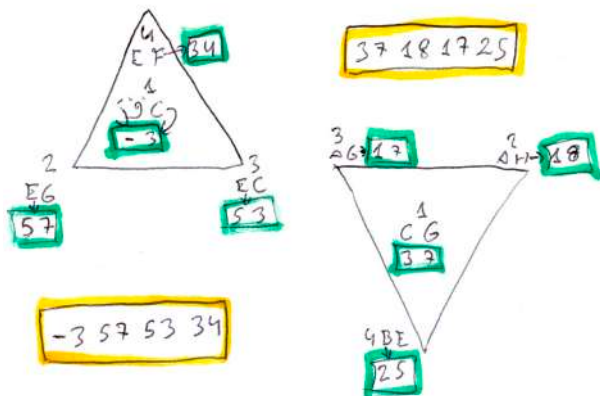
Se evidencia que todo aquel material fue colocado allí por lo menos en los años noventa, y que de ninguna manera era coetáneo a los primeros libros plúmbeos. Ya no sabría decir de cuándo serían

las esculturillas, o descifrar el origen de aquellos relatos sin terminar. Era todo un divertido misterio de falsificaciones, y a mí me gustaba seguir con el juego.

Lo primero para descifrar aquel disco es darse cuenta de que la estrella de David está compuesta de dos triángulos que hay que separar. Lo siguiente es traducir las letras por el número que ocupan



según su posición en el abecedario. A continuación se ordenan siguiendo el número que acompaña a cada par de cifras. En el centro del primer triángulo encontramos unos caracteres árabes cuya traducción es *menos*. Al organizarlos obtenemos dos cifras que vienen a corresponder a unas coordenadas geográficas.



Las claves que saqué de aquel disco de plomo me llevaron a un lugar en el Sacromonte, justo donde comienza el camino de Beas. En ese lugar hay, en un recodo del camino, un merendero y asador de

pollos con el poco apetecible nombre de *La mosca*. El lugar se veía que llevaba mucho tiempo cerrado. Y allí no había absolutamente nada de interés, solo quizás la historia del merendero “La Mosca”, pero poca información encontré. Miré en todos los rincones de la placita, en las piedras del muro, en sus huecos, busqué algún tipo de señal, algo grabado en el árbol, quizás dentro del merendero... Pero estaba muy difícil colarse en él. Me senté en el muro sin saber ya muy bien qué buscar.

Se levantó una ráfaga de aire que movió los cipreses y voló hasta mis narices el polen que aun quedaba atrapado entre sus ramas. Me dio un terrible ataque de estornudos, mocos e irritación de ojos.

Entre todo ese caos sintomático, pude ver brillar algo que se movía por el suelo. En un gesto aleatorio de mi pierna pude atraparlo debajo de mi pie. Cuando pude limpiarme los llorosos ojos me agaché y lo recogí. Era un envoltorio dorado de una chocolatina. El logo era una especie de Oca y tenía un estilo como de los años sesenta, *gansito* se llamaba y era de una empresa llamada Marinela, del grupo Bimbo. Aquella chocolatina había sido

fabricada en México no hacía mucho. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿La habría traído algún mexicano? ¿O quizás alguna tiendita había empezado a venderla para satisfacer a una pequeña colonia de mexicanos? En ese momento la verdad es que me daba igual, agotado tras mi ataque de alergia me fui decepcionado de aquel lugar. Tanto trabajo para descifrar aquel disco de plomo para solo encontrar un papel de chocolatina del otro lado del Atlántico.

Pero pasó algo que me llevó a tomar una decisión muy importante ese mismo día. Estando ya en mi casa por la noche, revisando el correo me encontré con un mail de una gran amiga que se había ido con una beca de arte a México, Úrsula, y por aquellas cosas del destino terminó quedándose allí y formando una hermosa familia. En su correo me hablaba de su vida en México, en un pequeño pueblo en una serranía. Era maestra de artes en una pequeña facultad en la montaña. Sabiendo que yo tenía intención de cambiar de continente me dijo que allí tenía un lugar donde aterrizar, y que en octubre habría oposiciones en la facultad de artes donde ella trabajaba. Me acordé de la envoltura

dorada de la chocolatina mexicana, y lo tomé como un pase dorado de esos del libro *Charlie y la fábrica de chocolate*. Pero este pase era para ir a México.

Ya solo tenía que conseguir el dinero para poder estar en México para Octubre. Y al igual que cuando algo se tuerce todo a tu alrededor empieza a torcerse en cadena, cuando los vientos empiezan a ser favorables, alguien te regala esa vela que te faltaba. Así pasó que estando un día vendiendo en la calle, contándole a una compañera acerca de mi plan de irme a México, y mi necesidad de hacer dinero, me dijo que si quería ganarlo rápido, que me fuera a hacer la temporada a Menorca. Ya durante aquella vendimia en Francia, la persona que me acogió me habló de sus temporadas en Menorca y de cómo ganaba mucho dinero allí a base de deslomarse en una pizzería, pero que con lo que ganaba ya vivía todo el año sin problemas.

Así que sí, me iría a Menorca. Pero todavía tendría que pasar algo para facilitarme todo aún más. Resultaba que mi vecino de arriba marchaba todos los veranos a hacer mercados de artesanía a Menorca, y al enterarse de que quería ir para allá

se ofreció a ser mi cicerón en la isla, acogiéndome hasta que encontrara lugar donde vivir y trabajar.

Algo que me dijeron todos es que Menorca es una isla muy mágica y especial, y que si la isla no te acepta te va a echar sin miramientos, pero que si te quiere allí, hará que todo fluya con la naturalidad de la vida. Su magia proviene de sus piedras, contenedoras estas de su enrevesada historia, llena de conquistas y leyendas de piratas.

SACROMONTE:

Tuve un sueño de esos vívidos, tan vívido que necesité de un día entero con su noche para sacarme la sensación de extrañeza del cuerpo. El día anterior había estado en las fiestas de San Cecilio, en la Abadía del Sacromonte, y no sé si fue el bocadillo de carne en salsa, o las saladillas con bacalao y habas, o todas las cervezas que me tomé, o el chawarma de la cena, o el ambiente tan particular de la romería de San Cecilio, o todo esto junto lo que hizo que mi sueño tuviera esa dimensión de realidad. Era de esos sueños que van acompañados de toda una vida de recuerdos y sensaciones, como si hubiera sido una vida anterior.

Dos días antes había realizado una visita al interior de la Abadía. La visita formaba parte de un simposio sobre los Libros Plúmbeos al que llevaba asistiendo toda la semana, y que terminaba con un ejercicio de trabajo de campo el día de la romería de San Cecilio, por lo que acudí a esta con una clara, e impostada, aptitud de antropólogo.

Quedé fascinado por lo que escondía aquel gran edificio que da la impresión de abandono. Comenzando por las omnipresentes estrellas de seis puntas, tan conocida como estrella de David, pero que se remonta a tiempos más antiguos, o las lúgubres catacumbas, con aquellos torsos ensangrentados, corazones apuñalados, luminosas capillas que rompen la oscuridad, los restos de mártires, lo que no se ve en cada rincón oscuro, aquellas dos piedras y su folclórica leyenda, y cómo nos la relató nuestra guía, mirándonos como los pecadores, ateos unos, agnósticos otros, que conformábamos aquel grupo de estudiosos. Todo un mundo de estímulos y de historias donde se guarda, en los ecos de sus paredes, muchos de los secretos de lo que los eruditos llaman el ciclo falsario granadino.

Mucho hay que contar sobre esto, pero dejo al lector curioso que sea él mismo quien se sumerja, si le interesa, en el complejo entramado que conforma este ciclo falsario granadino. Yo os dejo, a modo de pinceladas, mi extraño sueño, y que a continuación os narro tal como recuerdo que lo viví:

Estábamos tan tranquilas antes de que nos sacaran a la luz. Vivíamos en nuestra eterna quietud sintiendo las vibraciones de un mundo que cambia lentamente por el fluir de su inquietud. Sin nada que nos perturbase. Compartiendo nuestro ser con el resto de nuestro entorno, siendo acariciadas por las frugales vidas de raíces e insectos. Pero nos tuvieron que sacar a la luz...

Sólo “ellos” eran capaces de hacer parecer un día una eternidad. Cuando antes los días ni existían para nosotras, y más os digo, ni del transcurrir del tiempo éramos conscientes.

Hoy es ese día eterno. Se encienden las luces de las catacumbas, ahí viene la beata, trae consigo un cubo con algún tipo de líquido abrasivo, y un par de ásperos trapos. Comienza por mi compañera. Moja uno de los trapos en el torturador líquido para a continuación comenzar a frotarla bruscamente. La siento gemir, a mi compañera. La vigilante parece disfrutar, siempre está de buen humor en este día, incluso canta un tanguillo.

Dale que dale que dale,
toma que toma que toma,
que tengo una novia que vale,
más que la fuente de Roma.

La Virgen de las Angustias,
cuando sale en procesión,
los granadinos le piden
con mucha fe y devoción.

En su plegaria le dicen
que no les falte la paz
en su regazo no olvide
a su querida graná.

Luego viene el trapo seco, que es aún más doloroso por estar la superficie ya irritada. Repite la acción tres veces, las tres veces repite el estribillo del tanguillo.

—...dale que dale que dale, toma que toma
que toma, que tengo una novia que vale, más
que la fuente de Roma...

A la segunda ya no siento gemir a mi compañera, ya se sumió en su sueño imperturbable. Qué envidia me da, porque yo no puedo hacer tal cosa, yo viviré la eternidad de un día sin perderme un detalle.

Es mi turno, se repite el ritual. Yo no gimo, pero siento el dolor. Como cada año comienza a insistir en una mancha que tengo a mi costado, insiste con el estribillo enfatizando el dale que dale, no se imagina lo hondo que debería llegar para borrar esa mancha. Pero ella persiste en lacerar ese costado. Esa mancha lleva conmigo desde casi el principio de nuestra desgracia. El dolor de este momento me hace viajar al momento en que comenzó todo, unos cuantos siglos atrás

Siento el ligero estremecer de la tierra al ser hendida por la pala, el frenético movimiento de los insectos, el doloroso desgarrar de las raíces al ser arrancadas de la tierra, y luego, un maravilloso destello de luz que nos saca definitivamente de nuestro pétreo sueño. Depositán a nuestro lado una serie de tesoros. Huesos, discos de plomo, cenizas, la palabra escrita... En un principio nos

sentimos bendecidas por todo aquello. Los insectos no tardan en volver, las raíces un poco más. Pero algo ha cambiado, y tiene que ver con los objetos que allí han dejado. Estos nos anclan fuertemente a una penosa y aburrida vigilia.

Al tiempo vuelven el estremecer, el frenesí y el desgarrro... y el fuego, su luz, que deja de ser maravilloso destello, para convertirse en el reloj que anuncie los peores momentos.

Son dos hombres los que nos traen de nuevo la luz, son ladrones, cazatesoros... sus caras y sus palabras quedarán grabadas en nuestra ilegible memoria de piedra:

—¿De verdad que la virgen te dijo que en estas cuevas encontraríamos un tesoro?...¿y qué hacemos si encontramos algo? Quiero decir, ¿si interviene lo divino no tendremos que entregarlo a la iglesia? — Calla imbécil, si la virgen quisiera que se lo entregase a la iglesia, pues me lo hubiera dicho también. ¿Qué tiene de malo que la Virgen quiera que salgamos de nuestra miseria? — Bueno Sebastián,

lo raro es que la virgen quiera que un bandido como tú se haga rico. — Serás zoquete ¿y tú qué? ¿Pues será porque le rezo y cumplo mis promesas para con ella? Lo raro es que no me haya dicho que me librase de ti para encontrarlo. ¿Porque iba la virgen a querer que se enriqueciese un morisco? — Vale, vale, dejemos el tema...espera ¿qué es esto?... una caja. — Ábrela ya, ese es nuestro tesoro. — ¿Cenizas? — Mira tiene un pergamino. — ¿Y estos discos de plomo? Están escritos en árabe. — ¿Qué pone? — Dios es solo Dios, Cristo es un espíritu de Dios. — A, pues muy bien, son textos cristianos. — No Sebastián, esto son versos del Corán. — ¿Qué dices zopenco? Ustedes creen en el Mahoma ese, no en Cristo. — ¿Es que no ves la diferencia? y para que te enteres tenemos el mismo Dios, lo que aquí hay escrito es nuestra gran diferencia. — Oye, no te hagas el listo conmigo que te arranco la cabeza... — Para ustedes Dios, Cristo y Espíritu Santo son la misma cosa. — Lo de la trinidad. — Sí, para mi reli-

gión Jesús es un profeta más, como Mahoma, y Dios es solo Dios. — Nunca entendí muy bien lo de la santísima trinidad, pero a mí me da igual porque yo soy de siempre de la Virgen de las Angustias, ella es la más grande y la más guapa, y no te olvides que fue la que me dijo, a mí, lo del tesoro, así que si quieres tu parte ya estás mañana yendo a rezarle y encenderle el cirio más grande de la iglesia. — ¿Sabes qué Sebastián? Para ti solo este tesoro, no quiero tener nada que ver con esto. — Serás ingrato maldito moro traidor, lárgate de aquí antes de que la virgen me susurre al oído que te rebane el pescuezo. — Aquí te quedas Sebastián, pero te advierto que este hallazgo traerá mucho ruido y más problemas. — Cómo te atreves a insultar así a la virgen de las Angustias, ella nunca me traería mal alguno... — Espera Sebastián, guarda esa navaja, mira, mira aquí habla de la inmaculada concepción. — Ni inmaculada concepción ni leches, ya te mato desgraciado. — No Sebastián tranqui...¡aaghh!

Y la sangre que brota de su garganta cae sobre mí, y en uno de mis laterales más porosos cala hasta lo más profundo...

Y ahora, la beata insiste en limpiar esa sangre morisca, como si fuera posible borrar esa parte de la historia sin eliminar toda la historia...al fin se rinde y deja de frotar, como siempre. Se coloca enfrente de nosotras dos y ensaya orgullosa su estúpido discurso.

—Si acaricias la piedra negra te casarás, y si acaricias la piedra blanca te descasarás. Pero ojo, el matrimonio es una promesa sagrada, hasta que la muerte os separe. ¿Entendéis lo que quiero decir?.

Dice mirándonos con cara de nadie más lista que yo, a la vez que espera una respuesta de quien nada puede decir. Se marcha, las luces se apagan, vuelve la fría oscuridad de las cuevas que envuelve nuestros desnudos cuerpos. Volvemos al pasado.

Las palas vuelven a desgarrar la tierra en busca de nuevos hallazgos, pero ahora son muchos más

brazos los que las empuñan. Estruendos, luces y trompetas suceden a cada descubrimiento. Comienzan las obras, y sobre nosotras empieza a crecer la abadía del Sacromonte. Se acercan dos hombres, uno viste de morado y negro, el otro de negro. Se detienen ante nosotras, e ignorando nuestra pétrea presencia comienzan a hablar pensando que nadie escucha:

—A ver Miguel ¿cuál es el problema? ¿por qué me has tenido que traer a estas obscuridades? — Su ilustrísima, la presión de la corte y el Vaticano es muy fuerte, quieren que les mandemos los libros sin más demora. — Miguel, no te preocupes, si los quieren que vengan a buscarlos ellos mismos. — Pero su ilustrísima, los libros son fal... — Calla Miguel, que las palabras siempre son más fuertes que la verdad, ¿crees de veras que podrán negar lo que hay aquí construido? Dime Miguel, ¿a cuánto asciende el número de peregrinos este año? — Espere su ilustrísima, voy a mirarlo a los libros... — Quieto ahí Miguel, no es necesario, solo un dato es importante, ¿son más

que los de la ciudad de Compostela? — El doble por lo menos su ilustrísima. — Esa es la verdad que importa, ¿o cómo te crees que se construyó la Iglesia Católica? ¿En base a verdades?, no Miguel, en base a la Fe en un montón de mentiras. Eso es el Vaticano, y eso va a ser La Abadía del Sacromonte. Un gran edificio construido sobre una gran mentira. La fe que la gente tiene en este lugar no se podrá perder jamás, porque la gente quiere creer, y prefieren el silencio, a la vergüenza y el desamparo que da la mentira descubierta y reconocida.

Mis últimos momentos de tranquilidad antes de que comience el circo. No tardo en sentir el bullicio de voces y caminares acercarse. Se prenden las luces. De la tierra me vienen el reverberar de trompetas y tambores, los ¡¡Viva San Cecilio!! y el cadente tanguillo...dale que dale que dale... Mi compañera sigue allí, inmutable, muerta, tan blanca y lustrosa ella.

Comienza la procesión: Beatas que nos miran de reojo y que cuando su compañera no la vigila, acarician furtivamente mi negra superficie, solteronas y solterones, niños malcriados, padres malcriados, parejas que juegan al límite tocando primero a mi compañera blanca, para rápidamente tocarme a mí, imbéciles, enterados que cuentan a sus amigos nuestros poderes, pero al revés, ¿lo normal es que la negra sea la mala no?, el que se sabe bien la historia y hace el chiste, normal que sea la negra la de casarse, matrimonios aburridos donde ella toca a la blanca mirando fijamente a su marido esperando que lo fulmine un rayo, fotos, flashes, la doña espetando al turista que no se puede usar el flash en las catacumbas, al que ese año le han dado menos saladilla, bacalao y habas que otros años, el que está muy agradecido por el regalo, los despistados, los que no entienden nada, con ellos estoy, los curiosos que miran con superioridad, los borrachos, las borrachas, niñas bien vestidas de gitanillas, gitanillas vestidas de niñas bien, el bebé que llora, el niño que llora y protesta, el joven que se aburre y protesta, el adulto que

disimula su hastío y permanece callado...la infinita fila de almas... la eternidad de un día.

Aparece un niño disfrazado de Spiderman, se coloca enfrente de mí y comienza a patearme. Luego se tira sobre mí y me abraza.

Me despierto, aún tengo la sensación de que el niño Spiderman me sigue abrazando, tengo un momento de pánico sobre mi cama, no me puedo mover, algo me agarra por la cintura. Vuelvo a cerrar los ojos, me relajo y siento soltar el abrazo, pero aún no me puedo mover, solo me quedo ahí un buen rato, me vuelvo a dormir... y el sueño continúa.

Y acaba el día y mi compañera despierta, y me pregunta qué tal fue, y yo no respondo. Y volvemos a nuestro día a día, con las misas de fondo, las visitas guiadas, la misma historia una y otra vez.

—...entre estas piedras se encontraron los restos de san Cecilio, que sufrió martirio en tiempo de Nerón...
Son tiempos de tedio.

Consciente de que estoy soñando me despierto, nada me aferra ya, ni el interés por saber qué vendrá después en este sueño. Solo me levanto y voy a desayunar, con esa extraña sensación de irrealidad de los sueños vívidos. Dando vueltas a la idea de cómo todos aquellos acontecimientos pudieron marcar el ser de Granada y de sus gentes, y de cómo a su vez todas estas historias han sido casi olvidadas, ignoradas, como ese gran edificio que es la abadía del Sacromonte. Oculta por las propias sombras y contradicciones de la Alhambra, octava maravilla del mundo. Recuerdo en este momento las enigmáticas palabras del reputado antropólogo granadino:

— ...la ciudad nos habla sin que podamos evitar su fatum...

Y soy incapaz de contextualizar sus palabras, de encontrarle un sentido más allá de la aplicación al transcurrir de mis días en la ciudad de Granada, llenos de dichas y desdichas, marcados por el terrible destino de tener que abandonar sus calles y su cambiante fluir de vidas.

Gansito

Rico pastelillo
cubierto de
chocolate y
relleno de crema
y mermelada



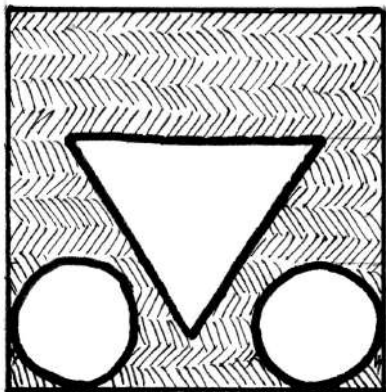
Una golosina de

Marinela

Neto 100 g. Al 100% C. P. No. 7-0100

DE VENTA EN SU TIENDA O PANADERIA FAVORITA





VII

Escrito,editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM VII

Al poco de llegar a Menorca, a los dos días, conseguí un trabajo de friegaplatos en el restaurante de una bodega de vinos. Iba a tener, fregando platos, el sueldo más alto de toda mi vida, incluso pagaban todas las horas extras. Trabajé muchísimo, pero se me pagó en consecuencia, y ahorré mucho más de lo que esperaba.

El lugar donde vivir esos meses tardé un poco más en conseguirlo, pero de contacto a contacto di con una hermosamente caótica familia de músicas. Cada una tenía un son distinto, y algún instrumento tocaban cada una de ellas. Eran la madre y sus tres hijas, adolescente, preadolescente e infantil. Me ofrecieron un cuarto al fondo del jardín que tuve que limpiar y restaurar, pero a cambio me regalaría un mes de alquiler y luego me cobraría muy poco. Acepté la idea, encantado con el plan de hacer habitable el lugar donde viviría los próximos cuatro meses. En la isla también me encontré con un amigo y compañero de la carrera, Pablo, Quijote donde los haya, que se había ido a trabajar a Menorca persiguiendo un amor y se había quedado en la isla persiguiendo el sueño de

comprarse una casa. El me facilitó mi medio de transporte en la isla, su bicicleta.

Sin duda la isla me quería allí, y me ayudó a cumplir con mis objetivos. La dureza física del trabajo se compensaba con un ambiente de trabajo increíblemente bueno y los baños en el mar al salir de trabajar, en cala Rafalet o en cala San Esteve. Aprendí a moverme por los laberínticos caminos flanqueados de paret sec, y a reconocer los tala-yots que pueblan la isla. En mis días libres me iba de ruta con la bicicleta por carreteras donde los coches saben que tienes tanto derecho como ellos a estar ahí. Y me iba todo lo lejos que me permitían las horas del día, a visitar tantas de las hermosas calas que anidan en la isla.

En un par de ocasiones me fui a caminar por el Camí de Cavalls, un maravilloso sendero que bordea toda la isla por la costa y que antiguamente era usado por vigilantes a caballo en una continua ronda, ya que la isla es de carácter llano y no tiene altas montañas desde las que divisar toda la costa de una mirada.

Me sentí tan bien en la isla que pensé hasta en

quedarme más tiempo, pero la isla, más sabia que yo, me echó. Primero con un accidente con la bici, nada grave pero suficiente para dejarme un brazo inmovilizado, y acto seguido, unas horas después, la peor borrachera que recuerdo en mi vida. Tan mala fue que convencido estoy de que no solo alcohol anduvo manejando mi cerebro. Por suerte todo esto ocurrió el día de la comida de empresa y ya habíamos terminado de trabajar.

Así que de la isla me fui magullado, pero con la cartera llena, un billete a México y la certeza de que podría volver a tomar ese trabajo cuando quisiera, cosa que me daba mucha tranquilidad después de las dificultades que tuve para tener un trabajo que me diera tanto en tan poco tiempo. Y la siempre agradable sensación de que los vientos soplaban a favor de esta nueva aventura.

Pasé por Granada a terminar de deshacerme de lo que me quedaba, cerrar cosillas, y a despedirme de mi gente querida. Y luego a Canarias, a pasar un tiempo con mi familia, que aunque acostumbradas a mis continuas idas, esta vez tenían ciertos miedos, pues me iba a México, y pocas cosas

buenas escuchabas en las noticias sobre México. Pero las tranquilicé, me iba a un pueblo muy tranquilo en la montaña, donde no pasaba casi nada, ni bueno ni malo.

Llegué a Ciudad de México sobre las diez de la noche. Tenía mucho miedo a meterme en esa inmensa ciudad, que se me había dibujado como muy hostil. Pero tuve suerte y justo salía un autobús directo a Pachuca, una ciudad que está a veinte minutos del pueblo a donde me dirigía. A los autobuses les llaman camiones en México, así que a partir de ahora les diré así, camiones.

No arribaría a Pachuca hasta las doce de la noche. Me habían advertido de cuánto tenía que pagar al taxista que me tendría que llevar a Real del Monte, no más de doscientos pesos. Luego descubriría que podía haber pagado bastante menos. He de reconocer que en ese momento que salí de la central de camiones tuve miedo. Me asaltaron de golpe todos los *ten cuidado con esto, ten cuidado con lo otro*, que me había regalado todo el que sabía algo de México. Yo pensaba que no, pero había interio-

rizado esos miedos. Me moví como el que sabe a dónde va, aunque cargado con esa gran mochila, y mi cara de asustado, no tardarían en calarme las miradas atentas y vivas de quienes estuvieran observando.

Me asaltaron una trupé de taxistas.

— ¿A donde va señor?

— A Real del Monte

— Súbase le llevo.

— ¿Cuánto me cobra?

— Súbase no más

— Pero cuanto

— Yo le llevo, 300 pesitos güerito

— Me han dicho que no más de 200 — que cagado soy

— Súbase güerito, 200 pesos y le llevo a real.

Y ese se la llevó. En el taxi fui acojonado. Úrsula y su esposo Héctor, se encontraban justo en ese momento en España, dando a luz a Suré, así que escribí por el móvil a Lola, que era la persona que me iba a recibir en Real del Monte, indicándole que iba ya en taxi hacia Real. El taxista comenzó

a preguntarme de donde venía y qué iba a hacer a Pachuca. Se me vinieron a la cabeza todas las historias de secuestros en taxis, y pensé que quizás quería sacarme información a ver si era un buen partido. No le di toda la información que me pedía, o se la daba ligeramente cambiada. Mucho no tenía que mentir porque raptarme a mí era pinchar en hueso, poco le podrían sacar a mi familia, pero por humildes, no porque no me quieran. Fue un rato feo ya que no conocía el camino, y este iba por oscuras carreteras de montaña. No sabía si me estaba llevando a donde yo quería. Pero estando ahí, ya solo me quedaba confiar en que todo iba a salir bien. Y bien salió.

Ya en el pueblo, y superado ese primer mal trago que más tenía que ver con mi cabeza que con lo que en realidad pasaba a mi alrededor, todo siguió fluyendo de manera bonita. El pueblo era uno de los tantos pueblos mágicos que existen en México. Era bien pintoresco, con sus humildes casas de colores y sus tejados de planchas de metal. Había sido un pueblo minero y por lo tanto todo el circo turístico del que vivía el pueblo estaba montado

entorno a sus minas. Esas minas habían sido inglesas y, además de ellas, les habían dejado en herencia, y como uno de sus más conocidos reclamos culinarios, los paste, unas empanadillas que podían ser dulces o saladas, y que habían sido el avituallamiento común de los mineros en sus largas jornadas de trabajo; me encantaban esos paste, de mole verde, rojo, de tinga de pollo, de frijol, de papa y atún, de manzana, de piña... Ya me dio hambre no más de pensarlo.

Tenía una linda casa donde me podía quedar hasta que encontrara un lugar para mí, quizás era demasiado fría por recibir poco sol directo, pero era acogedora. Las oposiciones para maestro eran en un par de semanas, así que con el material que me pasó Úrsula y algunos consejos de Lola, que también era maestra, me puse a preparármelas con mucha ilusión.

Un día paseando por el pueblo ocurrió otra de esas cosas mágicas que me venían pasando. Justo frente al mercado del pueblo me encuentro a una antigua compañera de la carrera a la que había perdido la pista hacía ya unos cuantos años.

- Pero, ¿Y tú qué haces aquí?
- Pues eso te pregunto yo a ti.
- ¿Y ese bebé?

Y ya nos contamos. Por lo visto ella había terminado la carrera, hacía ya cuatro años, en el instituto de artes de Real del Monte, en donde yo me iba a presentar a oposiciones, y quedó tan prendada de México que cuando se quedo embarazada tomó la decisión de que su hijo nacería en este país. Así que se agarró los bártulos y se vino a parir aquí, ella sola, hasta el marido dejó atrás. Siempre fue ella de estar en estos embolados, pero esta vez se había superado. No sabía si admirarla o juzgarla de inconsciente. Fuera como fuese, con todas sus dificultades y dolores de cabeza, consiguió lo que se propuso y le regaló a su hijo una doble nacionalidad.

Gracias a este encuentro mágico pude conocer a más personas en el pueblo, lo que hizo más fácil la adaptación, porque aunque compartamos muchas cosas con México, son muchas las que funcionan de manera distinta. Con esos conocimientos no llamaría tanto la atención y podría disfrutar más

rápidamente de hacer vida en un pueblo pequeño. Había dos cosas que me traían regalado, buenos tres. Uno eran los bolillos, unos panes pequeñitos que compraba en una panadería donde prácticamente los agarraba del horno. A cada rato estaban sacando hornadas de pan que casi se agotaban en el acto. Llegabas, agarrabas una bandeja y te formabas en la cola a la espera de que saliese el pan. Mientras, estabas en medio del obrador, donde se amasaba cada bolillo con técnicas manuales muy depuradas en el tiempo. Cada gesto medido para hacer más ágil la producción. Ya os podréis imaginar cómo estaban esos panecillos. Y luego las tortillas de comal, la típica tortilla de maíz pero amasada a mano y cocinada en un comal, que es como una sartén gigante ligeramente abovedada. Me hacen muy feliz esas cosas sencillas. Bueno, y se me olvida, la fruta, lo más barato eran los mangos, guayabas, plátanos, piña... Y los nopales, echo de menos cocinar con nopales.

Y luego el Hiloche, un bosque lleno de árboles centenarios, musgos, senderos y rincones mágicos. Raro era el día que no me iba a pasear por él o a

dibujar alguno de sus enrevesados troncos.

Si me sacaba las oposiciones iba a ser feliz durante mucho tiempo en ese lugar, quizás para toda la vida.

Me presentaba a una asignatura de filosofía del arte y a otras tres de fotografía. El examen consistía por un lado, en escribir un programa para la asignatura, para el que me recomendaron un buen corta y pega de lo que ya hubiese con algún ligero cambio. Por el otro defender uno de los temas de la asignatura en una clase magistral frente a un jurado de profesores. Para la de filosofía, valiente yo, me decanté por Nietzsche, fue una ardua tarea entenderlo pero sobre todo encontrar la manera de explicarlo con claridad. Con las de fotografía fue todo mucho más fácil, porque eran más técnicas y contaba con unos maravillosos apuntes de cuando estudié fotografía, además de haber trabajado como fotógrafo durante unos cuantos años. En la de filosofía me puse tan nervioso que me quedé en blanco, y tardé un rato en arrancar, no recuerdo nunca que me pasara algo así. Pero con las de fotografía no tuve problema, estaba muy seguro en mi conocimiento, solo un profesor me puso como pega

que como era nuevo en México, no sabía donde comprar los materiales para el laboratorio fotográfico. Le dije que ojalá fuera ese todo el problema. La resolución la darían para la semana siguiente.

Se produjo otra de esas casualidades mágicas de la vida. Resultaba que un antiguo amor de cuando era aun más joven se encontraba también trabajando en México, pero en Guadalajara, que me quedaba como a ocho horas de camión. Quedamos en vernos justo ese fin de semana, yo me desplazaría hasta allí.

CALLE RUEDABOLAS:

De verdad que odio mucho estos momentos en los que una idea no avanza. La frustración hace que se me aparezca el fantasma del agotamiento creativo, el miedo a que se me esté vaciando el frasco de las ideas. Es, si no lo conocéis, un miedo irracional, incontrolable. Da igual que sepas que es imposible que se vacíe ese frasco de las ideas, porque uno sabe que es infinito. Y da igual que la experiencia te diga que de esas se sale con paciencia y trabajo. El miedo se mete dentro, te consume y no te deja avanzar.

En esos momentos respiro profundo, dejo mis herramientas y me salgo a vagabundear, caminar sin rumbo, con la única intención de abrir camino y descubrir lugares nuevos. Granada se me antoja como una ciudad infinita para esto. Puedes salir al campo, por su parque periurbano, por la vega o el Sacromonte, y jugar por sus senderos. O puedes dedicarte a combinar sus calles para aparecer de repente en algún rincón nuevo. Como aquella ocasión en la que tuve una crisis creativa

como esta y decidí encaminar calle Elvira, para en algún momento, hacer un quiebro por algunos de sus callejones e internarme así en el amable laberinto del Albaicín. La verdad es que en esa ocasión las cosas que me pasaron eclipsaron mi recuerdo de si salí, con el paseo, de mi bloqueo creativo. Lo que me pasó en ese deambular marcó de alguna manera mi destino, y es culpable de que esta historia sobre Granada no la esté escribiendo desde mi estudio en esa ciudad.

Iba yo fijándome en los carteles que anunciaban comida, y aunque todos ofrecían prácticamente lo mismo, los nombres, tipografías y tipologías de estos eran muy variados. Cada uno con su personalidad. Habían sirios, pakistaníes, marroquíes, turkos... hasta algún osado español, pero al fin todos granadinos... shawarmas, chawarmas, sauarmas, chuarmas, kebabs. Algunos carteles eran de madera o hierro y de elegante tipografía, había todavía algunos metacrilatos retroiluminados de finales del S.XX, y la estúpida moda que le dio por recuperar las pantallas LED de principios del XXI, estaban los ya anticuados holográficos y final-

mente los pansensoriales. Pensé en lo poco que me gustan esos carteles pansensoriales, tan invasivos, y donde, por norma general, los dueños del negocio pierden su personalidad en la ilimitada cantidad de posibilidades que ofrece un dispositivo que ataca por igual a todos tus sentidos. Y esto me llevó a reflexionar sobre esa evolución, y doble cómo el buen gusto disminuía en inversa proporción a según los avances técnicos multiplicaban las posibilidades. Sin duda, para mí los mejores son los de madera o hierro pintados, y era en esos lugares en los únicos en los que comía.

Iba yo pensando en el shawarma que me comería al regreso de mi paseo cuando me tropecé de frente con ella. No llegamos a tropezar físicamente, fueron nuestras miradas las que se encontraron de manera muy brusca, e intensa, extrañamente íntima. Fui el primero en retirar la mirada, como excusa, se elevó esta a una placa que anunciaba el nombre de una nueva calle para mí, se llamaba Rueda Bolas. Ese descubrimiento se convirtió en mi salvación para ese encuentro de miradas que había turbado al extremista de la timidez que llevo

dentro. Pasé a su lado casi pidiendo perdón en dirección al callejón, y, no acababa de rebasarla, cuando escuché su:

—Perdona, ¿te puedo consultar algo?

Paré, me giré, carraspeé, y de mi garganta salió un ahogado:

—Sí, claro.

—¿Cómo llego al Albaicín?

La miré pensando en si me estaba tomando el pelo, pues justo estábamos a los pies del barrio del Albaicín. Al poco me percaté que su acento no era de aquí, pero no identificaba de donde podría ser, desde luego no sonaba como ninguno de este planeta. Recordé que no era la primera vez que me hacían esa pregunta, estando incluso dentro del mismo Albaicín. Ocurre que son muchos los turistas que piensan que ese barrio es un lugar concreto, o que se trata de un barrio muy pequeño, y no del enorme y laberíntico espacio que realmente es. Así que pasada mi turbación primera, le respondí.

—Te cuento. El Albaicín es todo ese barrio que va desde calle Elvira hacia arriba, métete por cual-

quiera de estas callecitas y estarás ya en él.

Sin dejarle que me diera las gracias, y aprovechando que su mirada se fue hacia lo alto del Albaicín continué mi camino hacia la calle Rueda Bolas. No había hecho más que encauzar esta calle cuando escuché de nuevo ese acento extraño que ya se me antojaba impertinente.

— ¿Vas hacia el Albaicín? ¿Te podría acompañar?

— Pues...sí...vale... ¿a dónde vas?

—Le pregunté como si yo fuera el único que tuviera derecho a vagabundear por la calle.

—Solo estoy paseando, voy sin rumbo.

El vagabundo que llevo dentro se despertó, y la miró con curiosidad y cierta alegría. No era fea, quizás demasiado alta, casi como yo, demasiado grande para mi gusto, pensé, y esa frente tan amplia, y ese mentón pronunciado y tan impertinente, seguro que es muy caprichosa, y no soporto a la gente caprichosa... Pero el vagabundo que llevo dentro me dijo —Sí, bueno, no te tienes que casar con ella, solo pasear un rato, seguro que tiene buena conversación y cosas interesantes que contarte. Es de otro planeta—

Y mientras tenía este diálogo interno ya habíamos comenzado a caminar juntos calle Rueda bolas para arriba.

— ¿Y de dónde eres? Me pregunta

— De aquí... de la Tierra... bueno, más concretamente de las islas Canarias.

— Quiero ir a las Islas Canarias, tiene que ser muy hermoso.

— Sí que lo es, y cada isla es un mundo diferente, son como pequeños continentes en miniatura.

En ese momento me entró miedo de que me pidiera que la alojase en mi casa en Canarias, con lo resuelta que era seguro que no se cortaría en pedírmelo. Y no es que a mí me importase especialmente, después de estar varios años en Granada, había descubierto que invitar a viajeros a pasar la noche en tu casa resultaba siempre una buena cosa, siempre claro que resultara una persona confiable y después de haber compartido algunos momentos. Pero en Canarias era distinto, principalmente porque era el domicilio familiar y eso podría incomodar mucho a mi madre. Además si resultaba un desastre uno lidiaba como podía

con el problema, pero en el domicilio familiar ya sería involucrar a otras personas.

— ¿Y qué haces aquí?

Esa manía de interrumpir mis pensamientos ya empezaba a molestarme.

—Pues me vine hace ya unos años, buscaba cambiar de aires. Trabajaba como fotógrafo de prensa, pero como no cobraba muy bien y veía que no podía salir de casa de mi madre decidí romper con todo y lanzarme a la aventura granadina.

Una vez aquí ya descubrí que Granada es peor que Canarias para trabajar. Y después de un año trabajando de cualquier cosa me descubrieron que por ser canario, pobre y estudiar una carrera, te daban una buen beca, así que decidí meterme a estudiar Bellas Artes, que era un plan que tenía para cuando estuviera jubilado y sin nada mejor que hacer. En la carrera conocí a una chica y estuvimos de pareja hasta hace bien poco. La carrera la terminé hace ya unos tres años, pero como tenía una pareja y una inercia de vida en Granada me quedé luchando contra los elementos. Y ahora me dedico a sacar pequeñas publicaciones con mis

historias y dibujos, y venderlas. Y de eso vivo.

Y no terminaba de decir todo esto y mi cabeza ya se estaba preguntando porqué carajo le había contado todo eso a una extraña, que además me resultaba algo pesada, cuando dijo.

—¡Oh!, yo también estudié Bellas Artes. Me especialicé en pintura y grabado. La verdad es que desde muy niña ya empecé a pintar y acudir a cla...

Me sentí extrañamente ofendido, le había contado tantísimo de mi vida y ella me salía sin más con la suya. En cierta manera era justo, pero yo esperaba que me preguntase por mi trabajo. Tengo que hablar aquí de mi facilidad para parecer que estoy escuchando cuando realmente lo que ando es sumergido en mis pensamientos. Y en ese momento era justo lo que estaba haciendo. Ella hablaba y hablaba y yo mientras pensando en posibles soluciones para avanzar en el proyecto que tenía entre manos. Pasa también que si en algún momento del discurso de la persona que está hablando surge algo que me interesa, mi atención regresa a su discurso.

— ...estuve trabajando con comunidades de nativos y allí aprendí mucho sobre su cosmovisión, fue un trabajo bastante...

Y de golpe dejó de hablar. Me di cuenta en ese momento de que estábamos parados, en medio de una parte muy estrecha de Rueda Bolas. Nos estábamos mirando fijamente a los ojos, y seguramente llevábamos un buen rato así. Pero yo, absorto en mis pensamientos, con mi cuerpo en automático haciendo todo lo posible para hacer entender a la otra persona que le estaba prestando atención, no me había percatado de la cercanía y la duración de aquella mirada. Y tuvo que ser algún sutil cambio en mi gesto, al volver a centrarme en ella, lo que la hizo parar de hablar.

Sentí una cálida vibración en mi estómago, que subió hasta mi pecho, y después a mis labios. Y que del mismo estómago bajó hasta mis genitales. No tuve una erección, pero sí se puso en alerta cierto resorte que por ahí anda. Estábamos realmente cerca, y nuestras miradas estaban cargadas de una sincera pasión. Mi mirada se apartó de la suya y empezó a recorrer todo su rostro. Me fije en

sus labios, tan cerca ya de mis labios, sentí cómo se elevaba su temperatura, tanto como los míos. Mi mirada se encontró con la suya de nuevo. Me sentí turbado, y apareció la inseguridad, el miedo a un vergonzante rechazo. Me aparté un poco para ver su rostro entero. Su mirada se volvió interrogativa, me cogió las manos, y yo tomé las suyas con delicadeza pero con firmeza. Me bloqueé y esperé a que ella diera el paso. Y justo en ese momento, justo encima de nuestras cabezas unas voces al grito.

—Cómele la boca ya, no seas parao.

Se le une una segunda voz.

—¿Se están enrollando ahí abajo?

Y una tercera voz...

—Yo una vez vi a una pareja follar en ese portal.

De repente teníamos a tres tipos medio borrachos mirándonos y diciéndonos tonterías

—Vamos chavea cómele ya la boca, a ver si tengo que bajar yo a enseñarte.

—¡Uh! ¡uh! ¡uh! ¡uh! (jalean los otros dos)

Se asoma una cuarta persona, es una chica.

—¿Qué hacéis en la ventana? Meteros para dentro que me van a protestar los vecinos. ¿Y

vosotros que hacéis ahí parados?

—¿Tenéis una fiesta? (Pregunta mi improvisada acompañante) ¿podemos subir?

—Claro, ahí van las llaves, pero, ¿podrías ir a por unos litros? Aquí se están acabando.

—Sí, vamos a por ellos.

Me sentí confuso, y ciertamente molesto con ella por haberme incluido en sus planes sin consultarme. Le pregunto.

—Oye ¿los conoces de algo?

—No, de nada.

—Pero...no tenías que haberme incluido en tus planes

—Bueno, no tienes que venir si no quieres.

Sentí en ese momento una puñalada. Me sentí aún más confuso por mis sentimientos, pues de alguna manera quería continuar el paseo con ella. Pero ella había decidido ir a la fiesta. La odié por ello.

—Oye ¿cómo te llamas? (Le pregunté).

—Laharí

—Encantado, yo soy Rafa.

—¿Y qué haces en Granada?

—Vine con un voluntariado, que ya terminó, y estoy aprovechando para disfrutar unos meses más en Granada.

—Mira, aquí en calle Elvira podemos pillar unos litros en el Covirán.

—Entonces ¿te vienes a la fiesta?

—Y sí, ya tengo la tarde perdida.

La realidad es que sentía que había algo pendiente con ella, y no me gusta dejar las cosas a medias. Seguía sin gustarme demasiado, pero me resultaba interesante, y una fiesta improvisada en Granada siempre era garantía de pasar un muy buen rato.

Entramos en el supermercado Covirán, era uno de los pocos negocios de chinos que quedaban en la ciudad. Dicen que a principios del XXI hubo un boom de migración china que copó todo el negocio de cercanía, pero que después del levantamiento de mediados de ese siglo, todos los chinos desaparecieron misteriosamente, y sus negocios fueron absorbidos por gente del partido, o sea la derecha reaccionaria. Tenía un profesor que irónicamente decía, que le resultaba curioso como los que abandonaron esos negocios, y los boicotearon

para invertir en grandes superficies comerciales, los reclamaron como quien reclama una herencia, cuando las cosas se pusieron realmente feas y se tuvo que volver a lo básico.

Compramos tres litros de cerveza y volvimos a subir de nuevo por Rueda Bolas. Por el camino le conté la historia de los chinos en Granada y de cómo aquel levantamiento casi lleva al país a otra guerra civil. Le expliqué cómo fue evitada por la intervención de la Unión Europea, que participó como mediadora entre las partes, y que la mediación consistió en dar a la parte violenta, la derecha reaccionaria, casi todo lo que pidió, además de obviar todos los desmanes cometidos, entre ellos el no investigar la extraña desaparición de todos los chinos en Granada. Le hablé de cómo esta intervención supuso el principio del fin de la Unión Europea. Le conté de las décadas de protestas a nivel europeo que terminaron por hacer caer el régimen autoritario en que se había convertido.

—¿Y solo con protestas se consiguió?

—Realmente no fueron las protestas, o no directamente. El problema fue el cambio de los hábi-

tos del consumidor, que volvió al consumo local al percatarse que la UE era manipulada por las multinacionales. Viendo esto, las multinacionales abandonaron a la cúpula de la UE y dejaron de financiarla y por lo tanto de controlarla. Sin dinero, esa UE se disolvió como un azucarillo en un té. Por supuesto, las multinacionales encontraron otras maneras de ejercer su control.

Volvíamos a estar parados, en el mismo lugar, ella mirándome fijamente mientras yo hablaba. Esa mirada impertinente se me tornó conmovedora, quise ver en ese momento admiración en ella. Le devolví la mirada, le regalé una tierna caricia en la cara, a la que respondió reclinando su cabeza sobre mi mano, dejando levemente caer su peso sobre ella. Mi mano, que la rozaba con la yema de los dedos, extendió su palma en su mejilla recogiendo ese agradable y cálido peso. Ella cerró los ojos...

Con ligero empuje enderezo su cabeza, ella abre los ojos y se encuentra con los míos. Otra vez esa intimidad, ese conocerse de siempre. Mi mano derecha, intimidada, baja de su cara y busca su mano. Su otra mano recoge mi mano izquierda y la aprieta con

ternura. Nuestros labios se encuentran, se besan, con suavidad. Se separan, sus labios buscan los míos rápido, con pasión, yo aprieto su cuerpo contra el mío. Siento sus senos, de los cuales nada sabía, y los siento cálidos. Me enciendo y la aprieto aún más. Su temperatura sube, su lengua se introduce en mi boca, me muerde el labio, demasiado...

—...para, tranquila, con suavidad...

Separo ligeramente mi cara, suelto el abrazo, pero ella no el suyo. Miro su cara, busco su mirada, pero la suya está atrapada en mis labios. Estos besan su mejilla, la comisura de sus labios, sus párpados, su otra mejilla, la comisura de sus labios, ese maravilloso pliegue... Le beso los labios, ella me besa con suavidad. Nos separamos, nos miramos, nos sonreímos, nos abrazamos.

—¿subimos?

—¿Y si mejor seguimos paseando?

—Yo quiero subir

—Bueno, igual tenemos los tres litros ya, así que habrá que usarlos.

Ella abre la puerta con la llave y entra. Yo siento una mirada sobre mi cabeza, la alzo y veo a la chica

que nos invitó asomada al balcón. Me mira con ternura. Me guiña un ojo ante mi cara interrogadora.

Nada más entrar a la casa vi una silueta conocida, era mi ex. Me alegró mucho encontrármela, hacía ya tiempo que no nos veíamos y ambos nos guardábamos un cariño muy especial. La asusté haciendo que le robaba la cartera, era algo que siempre le hacía. Como siempre, se asustó, se enfadó y luego sonrió. Nos abrazamos tiernamente y durante largo rato. En ese abrazo me acordé de Laharí, y pensé en lo mal que le podría sentar, a la persona que abrazaba con tanto cariño, verme besándome con otra mujer. En cuanto pude busqué a Laharí. Estaba en la cocina, hablando animadamente con otros dos chicos. Cuando me vio se acercó a mí y me besó. Me sentó muy bien aquel beso, me hizo sentir seguro en aquel lugar rodeado de extraños. Seguro por su compañía y seguro porque de alguna manera decía al resto, con ese beso, que estaba conmigo. Pero enseguida me turbé, me acordé de mi ex. Mis ojos miraron por encima de sus hombros esperando que no estuviera por allí y

hubiera visto ese beso.

—Oye Laharí, mejor que no nos besemos más, es que está mi ex por aquí y creo que le podría joder un poco. Está todo aún muy reciente.

Enseguida me di cuenta de lo torpe que había sido ¿cómo pude decírselo así? Me temí lo peor.

—Rafa, lo entiendo, pero me duele que me lo digas.

—Pero...

Me besó, me turbé de nuevo y salió al salón. La seguí y vi como saludaba a unos y a otros hasta que al final llegaba a mi ex. Me miró, vio mi cara de susto y se puso a hablar con ella. Yo no sabía muy bien qué hacer, así que salí corriendo, bueno, me volví a la cocina y me puse a beber cerveza, que viene a ser lo mismo.

Estaba confuso con aquella situación, y emborracharme un poco no me parecía mala salida. Poco tardé en empezar a socializar con la gente que allí estaba. No sé qué tiempo pasaría ni cuantas cervezas me habría tomado ya, ni de qué estuve hablando con aquellos desconocidos. Pero sí recuerdo estar ya algo ebrio, lo justo para ser simpático, sociable y sincero.

Apareció mi ex en la cocina. Venía a despedirse. Como siempre pasaba con sus despedidas, se alargó en una extensa conversación donde me contaba toda su vida y yo parte de la mía. Y ya llegando al final me pregunta.

—Bueno ¿y tú de amores cómo vas?

—Esto, pues, escaso, tú sabes que no se me da muy bien... pero bueno acabo de conocer a alguien, pero no es nada serio, cuando te digo que la conocí ahora es que fue...

—¡Laharí!, me di cuenta enseguida, nada más por como os mirabais.

—Bueno, no es nada serio, nos acabamos de conocer ahora mismo...

—Yo creo que le gustas bastante

—Vaya... pues bueno... antes le dije que no me besara porque estabas tú aquí...

—Mira que eres tonto. Te agradezco el cuidado, pero en fin, podía haber sido al revés.

—Si bueno, da igual... bueno, dame un abrazo anda.

Nos abrazamos con fuerza y largo rato, nos despedimos y nos deseamos lo mejor. Nada más salió

por la puerta fui a buscar a Laharí. No estaba ni en el salón ni en la cocina. Me di cuenta de que la fiesta se había dispersado por las habitaciones, así que me adentré en un largo pasillo que salía del salón. La casa era inesperadamente grande. El pasillo giraba hacia la derecha y de ahí salía a una de esas terrazas secretas con vistas a la Alhambra que tanto abundan en el Albaicín, estaba comenzando a atardecer.

En la terraza estaba la chica que nos había invitado a subir, charlaba con un grupo de amigas. Me vio, me saludó, y me hizo un gesto para que me acercara. Pero yo le dije que después iba. Volví al pasillo y comencé a mirar en las habitaciones. Una nube negra comenzó a formarse sobre mi cabeza, ¿dónde estaría Laharí? ¿y con quién? ¿y haciendo qué? Mi imaginación, tan potente y desbordada, empezó a jugarle malas pasadas. Ahora acudía a mí enlazando situaciones y personas, y generando los más penosos escenarios... aquel chaval que tanto la hacía reír, el otro con el que cantaba, aquel que la abrazó durante largo rato... Miré en todas las habitaciones que estaban abiertas pero

en ninguna la encontré. Dos de ellas estaban cerradas. No me atreví a abrir sus puertas. Salí de aquel oscuro pasillo en dirección a la terraza. Y me encontré de frente con el atardecer. Permití que su calor me inundara y despejara mis pensamientos. Me dejé deslumbrar y comencé a sentir cierta paz. Estaba atrapado en ese momento de calma cuando alguien tomó mi brazo, era la chica que nos invitó a subir.

—Hola, soy Cristina, ¿cómo estás?

—Hola, yo soy Rafa, un placer.

Nos dimos dos besos, y me puse de espaldas al sol para poder verle bien la cara. Tenía una mirada divertida, como si verme le alegrara el día. Me encanta la gente que va con esa mirada por la vida, le hacen sentir a uno bien, y en esos momentos era la mejor mirada que me podía encontrar. Sentí enseguida que podía charlar con ella con toda naturalidad.

—Oye muchas gracias por invitarnos. ¿esta es tu casa?

—Sí, este es mi primer año en esta casa, aunque llevaba intentando entrar desde hacía tres. Es

una casa muy especial, siempre hay músicos, artistas y bueno, gente de todo tipo. Pero siempre hay buena energía.

—Pero sois un montón aquí viviendo

—Ahora mismo somos siete, pero han llegado a estar conviviendo como quince.

—Siete ya me parecen demasiados, quince tenía que ser una locura.

—Sí, un poco, pero yo creo que es por la casa que nunca hubo ningún problema muy grave. Se convive muy bien.

—Vaya, dan ganas de venirse, bueno igual yo necesito bastante tranquilidad.

—Eso sí que no lo vas a encontrar aquí. Siempre hay una reunión de algún tipo, con cervezas, vino, infusiones o comida, o todo junto, y mucha música. A estudiar se tiene que ir uno a la biblioteca.

—Imagino, ¿y tú que estudias?

—Ando terminando educación infantil, mi último año ya, después quizás un máster.

Esta charla intrascendente duró un buen rato, y fue realmente agradable. Allí estaba en una terraza

con vistas a la Alhambra, viendo atardecer mientras me tomaba unas cervezas y charlaba con una linda e interesante muchacha. Me gustaba eso, era sencillo, sin pretensiones, sin miradas perturbadoras, ni dudas, era todo fluir. Tenía ganas de besarla, de hacerle el amor, quizás solo de salir a pasear y seguir con esa charla intrascendente. Quería estirar ese momento de paz emocional, por eso nunca entenderé porque le dije aquello.

—Oye Cristina, me encantaría besarte... me muero por hacerte el amor.

Y digo que no entiendo por qué le dije aquello porque en aquel momento no tenía una pulsión sexual real, física, era todo mental. Quería estar más cerca, mas unido a ella, ver su cara de goce, su sonrisa más cercana.

—Ay que mono...

Me dice mirándome con ternura, me sentí muy tonto.

—¿Pero tú no estás con Laharí?

—Esto, pues... mira lo siento, me he dejado llevar... La verdad es que la acabo de conocer.

—Pues el beso que os disteis fue muy intenso

para ser el primero, y esas miradas que te echa no son cualquier cosa.

—¿Tú crees?... No sé, me cuesta saber qué le pasa por la cabeza. Ahora mismo no sé ni donde está, vete tú a saber que está haciendo, y con quién.

Me volvió a mirar con mucha ternura, lo que me hizo sentir aun más estúpido.

—Mira que eres mono.

Y mientras volvía a decir eso, su mirada pasaba por encima de mi hombro a la vez que se dibujaba una sonrisa en su cara. Yo me giré a ver qué miraba y justo me encontré con Laharí de frente. Me abrazó con mucha ternura y buscó con sus labios mis labios. Nos besamos torpemente, bueno, yo le besé torpemente.

—Rafa ¿dónde estabas?

—Pues aquí, te estuve buscando, pero no te encontré en ningún lado

—Justo vengo de comprar más litros de cerveza.

—¿Sabes? Le pregunté al dependiente chino sobre lo que me contaste y me dijo que la historia no era como me la habías contado.

—¿A no? ¿Y cómo fue entonces?

—Ya no me quiso decir, como estaba despa-
chando pasó un poco de mí.

Su mirada se fue detrás de mí, a Cristina.

—Toma Cris aquí tienes las llaves, dejé los litros
en la nevera. Lo que no tenían era ron, pero traje
una botella de vino. ¿qué tal todo por aquí?...

¡Aah! me perdí el atardecer. ¿Ustedes lo vieron
juntos?

En ese momento me sentí muy culpable. Miré el
rostro de Cristina, quizás esperando una mirada
que me indicara qué venía después. Pero no me
miró, estaba atenta a las palabras de Laharí.

— Sí, lo vimos juntos mientras charlábamos,
estuvo bien bonito, pero ya tendrás oportunidad
de verlo otro día que vengas.

No aguantaba esa tensión, así que hice lo que
mejor se me da en esas situaciones. Salí corriendo
a por una cerveza.

—¿Dijiste que los litros estaban en la nevera?, me
voy a por uno que estoy muy seco ¿queréis algo?

No les dejé ni contestar, me fui a la cocina sin mirar
atrás. En la cocina me vine a encontrar al chino del
Covirán, estaba afinando una guitarra española.

—Hola ¿cómo estás?

El levantó su cabeza, me miró, y me sonrió sinceramente. Nunca había visto esa sonrisa, de hecho en todos mis años comprando, casi a diario, en su tienda no nos habíamos cruzado más palabras que buenos días, buenas tardes y gracias. Pero en aquel escenario, distinto al de su pequeño supermercado, era como si fuéramos viejos amigos, me sentí cómodo con su presencia.

—Bien ¿y tú?

—Ya un poquito pedo, ¿no sabía que tocaras la guitarra? Bueno en verdad no sé nada de ti (me sorprendí a mi mismo con ese ataque de sinceridad)

—Sí ¿verdad? Es extraño cómo puedes estar cruzándote años con alguien y no saber nada de sus vidas.

—Sí, me siento en cierta manera mal por eso. Pero me sorprende que te acuerdes de mí. O sea, imagino que tienes muchísimos clientes a lo largo del día, y no es que yo sea de los más asiduos.

—Llevo toda mi vida en Granada, y año tras año hay un continuo cambio de gentes, ya uno

aprende a quedarse con las caras que repiten, además eres unos de esos clientes que dan respiro. Ni vas con prisas, ni malas maneras, ni miras tu vuelta nunca. Se agradece la comprensión y la confianza.

—Vaya, bueno, me alegro por eso. Una cosa... bueno contéstame si quieres, pero tengo mucha curiosidad...

—¿Qué pasó realmente con los chinos a mediados del siglo XXI?

—Esto... pues sí... debes de estar cansado de que te lo pregunten.

—La verdad es que no, lo que me cansa son las versiones que andan por ahí. La realidad es que los chinos se fueron por propia iniciativa, España dejó de ser un lugar económicamente interesante, y la apertura cultural en China y su bonanza económica hizo que regresáramos. Mi familia fue de las últimas en marchar, pues incluso en plena crisis, el negocio iba bien. Algo de verdad hay en eso que dicen que la gente de derechas se empeñó en quedarse con nuestros negocios, pero he de decir que mi familia era de

derechas, y tenía por entonces mucho poder en esos círculos. Hubo otro tipo de motivos personales, de los que no me han contado mucho, para que nos marcháramos.

—No me digas, yo pensaba que habíais mantenido el negocio durante todo este tiempo.

—Pues no, mi familia regresó hace unos 50 años. Con la crisis del plástico la situación en China se complicó, y con la muerte de mi bisabuelo la herencia se dividió tanto que no alcanzó para mucho. A mi abuelo le tocó en el lote una casa y un almacén que aún tenían en España. No fue casualidad, mi abuelo sentía una fuerte atracción por este país y su cultura, él fue el que me enseñó a tocar flamenco, era un verdadero virtuoso.

—¿Y el Covirán?

—Esa propiedad creo que fue expropiada en su día. Pero la pudimos recuperar. Resulta que cuando mi abuelo se plantó aquí la herencia era una hermosa casita en el Albaicín con vistas a la Alhambra, justo esta casita donde estamos y un almacén.

—¡Qué me dices!, no ¿de verdad?

—Sí, pero espera, que la sorpresa más grande se la llevó mi abuelo al abrir la puerta del almacén. Se encontró unos quinientos metros cuadrados llenos de todo tipo de objetos de plástico.

—Madre mía, con eso deberíais tener resuelta la vida varias generaciones... Pero espera, ¿y no se habían convertido en polvo? ¿no les afectó el virus?

—De verdad que esta historia es increíble por todas las casualidades. Resultó que el almacén había formado parte de una antigua lechería, y estaba cerrado herméticamente, además no tenía ventanas al exterior porque era un sótano. Accedías a él por una pequeña puerta y por un montacargas. Pero el montacargas quedó condenado al reconvertir las naves en pequeños establecimientos y apartamentos. Así que pasó desapercibido hasta que mi abuelo regresó.

—Vaya, pues sí que es increíble esa historia. Pero no entiendo una cosa ¿Qué hace tu familia trabajando en un supermercado?

—Pues dice mi madre, granadina ella, que porque mi abuelo era de bueno, tonto. En su

momento subastó todo los objetos de plástico que allí tenía, y la verdad es que sacó un buen dinero. Pero lo repartió entre todos sus hermanos a partes iguales. Con su parte compró varias casas, una para cada hijo, y recuperó el supermercado. El único objeto de plástico que se quedó del almacén fue el antiguo cartel del Covirán.

—Una persona honrada tu abuelo.

—Sí, pero también creo que es algo cultural, o no sé. Hace un tiempo me daba mucha rabia lo que mi abuelo hizo. Pero he aprendido a valorar todo lo que me dejó, que no es poco.

¿Y vives en esta casa entonces?

—Ahora mismo sí, lo normal es que esté rentada entera, pero llegué a un acuerdo con mi familia y me quedé con una habitación. Necesitaba salir ya del nido.

—Te entiendo, y esta casa es muy bonita.

—¿Y tú qué?, ¿cuál es tu historia?

—¿La mía? Muy aburrida comparada con la tuya. Justo en ese momento unos brazos me rodearon los hombros desde atrás, era Laharí.

—¿Oye qué haces? Te estábamos esperando

—Me había olvidado totalmente de ella, y de Cristina. Pero parecía que todo estaba bien. Me relajé.

—Estaba aquí hablando con... espera ¿cómo te llamas?

—¡Jajaja! Paco, encantado.

—Un placer, yo soy Rafa y ella...

—Laharí, nos conocimos antes en el supermercado.

—Mira Laharí, ahora Rafa te puede contar la verdadera historia de por qué los chinos nos fuimos de Granada. Os dejo, me voy afuera a acompañar a Cristina con la guitarra, tiene una voz increíble.

Cogió su guitarra, un litro de cerveza y salió dirección a la terraza. Yo allí quedé sentado, con Laharí abrazándome sobre mis hombros e interrogándome con la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Me vas a contar esa historia?

—¿Quieres?

—¡Pues claro!

—Bueno pues resulta que no se fueron por las razones que te dije...

—Espera, ven, ahora me cuentas

Esa manía de interrumpir.

—¿A dónde?

—Tú ven.

Me agarró de la mano y me hizo levantar. Sentí un ligero mareo y me desequilibré un poco, pero me recompose. Ella tiró de mí suavemente, casi más con la mirada que con su mano. Esa mirada entre admiración, ternura y pasión me tenía cautivado.

Nos adentramos en el pasillo que llevaba a las habitaciones y después a la terraza. Se detuvo en mitad del pasillo y abrió una puerta que tenía colgado un símbolo de Om. Entró, yo me quedé parado en la puerta, estaba entre sorprendido y asustado. Ella volvió a tirar de mí con su mirada, no lo consiguió, me agarró la mano y jaló con fuerza. Nos besamos mientras ella cerraba la puerta. Y como el espectador de una película para todos los públicos, mi memoria se quedó tras la puerta imaginando que pasaría tras de ella. Puro dolor es recordar esos primeros instantes.

El siguiente recuerdo claro fue aquella terrible pregunta. Estábamos tan a gusto, sin pensar en

nada más que en el momento, y tuvo que salirme con eso.

—Oye Rafa, ¿porqué no te vienes conmigo a mi planeta?

Esa pregunta me sacó tanto de mí, que olvidé completamente cómo habíamos terminado desnudos en aquella cama. Y me da rabia porque seguro que fue bien placentero.

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta? Nos acabamos de conocer, y yo tengo mi vida aquí, mi trabajo, mis conexiones, mis amigos que son mi familia... ¿tú eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Bueno ya, no te enojés. Es que te siento muy cerca.

La miro entre enojado y confundido.

—Bueno ya. Háblame, ¿qué te contó Paco de porqué desaparecieron los chinos?

—¿Eres muy caprichosa no?

—!Noi, ¿por qué dices eso?... bueno, quizás un poquito. Pero ya, no te pongas pesado cuéntame la historia.

La volví a mirar, seguía enojado, y tras un breve

silencio comencé a relatarle todo lo que Paco me contó sobre la increíble historia de su familia y el Covirán de calle Elvira. Ella se acurrucó en mi pecho, con su cabeza cerca de mi cara. De vez en cuando la levantaba y me miraba con cierta pena. Yo seguía con la historia, pero aquellas miradas empezaban a calar tanto en mi corazón como en mi mente.

En algún momento mi vista quedó atrapada en la aureola de unos de sus pezones, que asomaba insinuante desde mi propio pecho, contra el que se encontraban apretado. Sentí su calor.

Mi mano, despistada de la historia que estaba contando, se puso a acariciar con la yema de los dedos su cálido pecho, haciendo pequeños círculos alrededor de la parte que asomaba de su pezón. Como si hubieran llamado a la puerta, su cuerpo se abrió del mío, y ante mí aparecieron sus dos hermosos pechos. Mi mano amplió su movimiento y su presión. Aquellos pechos eran pura seda caliente sobre el mar. Solo la fina capa de su piel mantenía a salvo a mis dedos del naufragio, así que con suavidad se movían por su superficie, sin

parar, porque quedarse quietos supondría hacer hundir aquella seda y naufragar en esos mares desconocidos.

Mi pecho empezó a echar de menos el suyo, así que mi otra mano, que se encontraba al otro lado de su cuerpo, lo apretó de vuelta contra el mío. Ella levantó la cabeza de nuevo y me miró, con tanta intensidad, que me atravesó. Me sentí turbado, una vez más, ante su mirada. Y una vez más huí cobardemente. Y huyó mi mirada hacia su cuerpo, donde mis manos hacían garabatos sobre su piel dibujando su anatomía. Calcando sus formas. Sintiénolo vibrar en las yemas de mis dedos. Empecé a descubrir los agudos de su cuerpo con una mano, con la otra interpreté sus graves con movimientos rítmicos.

Yo seguía contando la historia, y mis manos seguían interpretando la melodía de caricias de su cuerpo cuando mi mirada se encontró con la cálida oscuridad de su pubis. Mi historia se tropezó, y mi interpretación se volvió torpe y confusa. Busqué su mirada, estaba perdido, Laharí no, llevaba un rato observándome, lo supe al ver sus ojos, que se

sonreían, que se apasionaban y que me escrutaban buscando algo dentro de mí que ni yo mismo sabía que pudiera estar allí. Cogió mi mano, una vez más, y la llevó contra su pecho, obligó a mis dedos a apretar sus senos. Me asusté, sentí miedo de hundirme en mi propio océano de torpeza. Pero no, la fina seda tibia de su piel era infinita, y no permitiría jamás que me hundiera en esos mares. Su mano, guiadora, me llevo a las puertas de su pubis. Allí me dejó, sobre su vientre. Me entretuve rodeando su ombligo mientras cogía valor para descender por la cuesta que llevaba a su sexo. Solo tenía que dejarme caer. Mi mano descendió rápido. Pero se dio de bruces con una puerta cerrada que no quería forzar. Intentando no parecer torpe mi mano continuó su camino acariciando su muslo, mientras buscaba un resquicio por donde entrar. Fue un poco más abajo, donde se juntan los dos muslos, donde los dedos casi se hundieron entre ellos. Sentí un calor húmedo, un pequeño estremecer. Mis dedos comenzaron a ascender por esa calidez, cada vez más húmedo, más caliente, más prieto..

Sigue siendo doloroso recordar...

Me desperté como a las cinco de la mañana, y vi su cuerpo acurrucado al mío, y la deseé con una fuerza animal. Había estado soñando con ella, pero no recuerdo el qué, solo me desperté con la inercia de querer amarla intensamente el resto de mi vida. Comencé a acariciar suavemente sus senos, su sexo, quería que despertara. Ella se giró y me dio la espalda. Me acoplé a ella, la abracé, presioné mi pene erecto contra sus nalgas y sentí como este se hundía en ellas. Con mis manos acariciaba sus pechos... no se despertaba. Empecé a besar su cuello mientras mi mano buscaba el camino nuevamente. Mi cadera empezaba a moverse rítmicamente. Se despertó, me miró molesta, yo aparté mi mano de su sexo, relajé mis movimientos. La besé suavemente en la mejilla y se lo dije:

—Laharí, me voy contigo a tu planeta...

No dijo nada, solo volvió su cara, me miró con ternura, y apretó su espalda contra mi pecho, yo la abracé con fuerza, mi pene seguía entre sus nalgas. Volví a acariciar sus senos, su pubis. Mis caderas volvieron a coger ritmo, ella me acompañaba con

las suyas. Mis dedos penetraron en su vagina. Mi boca mordisqueó su lóbulo. Mis labios se encontraron con los suyos, nuestras lenguas. Mi pene resbaló dentro de su vagina. Me sentí animal. Apreté sus pechos, y la penetré como si quisiera que todo mi cuerpo entrara dentro de ella.

Me olvidé de ella, y me quedé con su cuerpo.

Penetré con energía, la apretaba con fuerza.

Me corrí.

Me asusté.

Volví a mí, me avergoncé, le pedí disculpas, le besé la cara suavemente, me disculpaba. Se sonrió y dijo:

—Esos besos de mariposa... ¿podrías terminar lo que has empezado?

No entendí... Ella me miró sonriendo, cogió mi mano y la llevo a su vagina.

—Claro, sí, lo siento.

Cuando mis dedos no daban para más, continué con mi boca, y allí estuve hasta que me dijo basta y pidió que mi cara regresara cerca de la suya. Me relajé a su lado, nos dormimos.

Cuando despertamos ya era bien entrada la

mañana. Yo desperté primero, y me quedé mirándola. Mientras, pensaba que no sería tan mala cosa irme con ella y descubrir nuevos mundos, que como escritor toda nueva experiencia era enriquecedora, que de todas formas tampoco me iba tan bien en Granada. Pensé que tendría que ahorrar dinero, que tendría que volver a trabajar de camarero, me llevaría por lo menos medio año el tener los recursos para poder salir de allí.

Acaricié su cara y despertó. Le dije que me iba con ella. Ella me habló de un lugar idílico, de hielo, fuego y naturaleza desbordada. Me gustó ese lugar, quería vivir allí con ella. Le dije que tardaría por lo menos medio año en tener medios para poder irme. Me miró con tristeza. Con una suavidad felina se abalanzó sobre mí e hizo que me recostara sobre mi espalda. Su cabeza bajó a mi pene y con su boca y su lengua hizo que este se levantara. Cuando este ya no podía crecer más se lo introdujo en su vagina. Alzada sobre mi cuerpo comenzó a mover su cadera hacia delante y hacia atrás. Estaba majestuosa. Solo mirarla en aquel momento me parecía ya lo más hermoso.

Daba igual que aquel movimiento suyo a mi no me produjera placer alguno, que llegara un momento que por el ímpetu de ese movimiento empezara yo a sentir que me iba arrancar el pene desde la base, me daba igual que diera la impresión de que ya no estaba allí conmigo. Aquella mujer era en ese momento muy dueña de sí misma, gozaba de su cuerpo y de su vida y me hacía partícipe de ese momento tan íntimo. Y era hermosa, muy hermosa en su placer.

Un pequeño temblor que nació de su cuerpo y pareció hacer mover el mundo entero, dio final a ese momento suyo. Su cuerpo se tumbó sobre el mío, con mi pene aún erecto dentro de ella. Estaba exhausta, su corazón latía fuertemente, reía y lloraba. Con cuidado salí de debajo de ella y la tumbé sobre la cama boca abajo. Me incorporé y vi su hermoso cuerpo desnudo. La recordé encima de mí y la deseé. Me tumbé detrás de ella y la abracé. Ella tomó mi abrazo con fuerza. Cogió mi pene, todavía erecto, y lo invitó a pasar de nuevo a su vagina. La apreté contra mí, como no queriéndola soltar nunca. Mi cadera se movía adelante y hacia

atrás despacio, pero con mucha fuerza. Sentía su carne como lo más necesario para la mía. No quería separarme nunca de ese momento. Sentía cómo se acercaba la explosión final, nuestros cuerpos se movían más rápidos, cada vez más espasmódicos, casi torpes. Estábamos muy juntos en ese momento, torpemente coordinados, pero al mismo ritmo. Sentí cómo el calor de su cuerpo también subía por el mío. Cómo nuestras respiraciones se pararon, cómo todo nuestro cuerpo se paró, casi muertos, solo un instante... y esa explosión de vida, de renacerse, de verse el uno encima del otro en el mismo instante, alargado en el tiempo hasta la extenuación.

En ese momento de rendición total se lo repetí de nuevo:

—Me voy contigo...

No dijo nada, solo me miró con pena y hundió su cabeza en mi pecho. Sentí sus lágrimas calientes derramarse por mi piel.

—¿Qué pasa?

Le pregunté, temiéndome lo peor.

Su cabeza se separó de mi pecho y me dirigió de

nuevo esa mirada de pena, ahora inundada en lágrimas.

—Te quiero mucho Rafa.

Aquella expresión me resultó demasiado, nos acabábamos de conocer, ¿cómo podía quererme mucho ya? Sí, verdad es que me iba a ir con ella a su planeta, pero no pude evitar que aquel te quiero me resultara demasiado... como decirlo... tal vez, banal. No pude devolvérselo, y a día de hoy me arrepiento, quizás así no habría pasado lo que pasó. Pero quién sabe, nunca entendí bien qué pasaba en esa cabeza suya y qué era lo que motivaba sus decisiones, tal vez el puro capricho. No me gusta la gente caprichosa principalmente por eso, son impredecibles. Me limité a poner mi cabeza sobre sus pechos, desnudos y cálidos. Y allí quedé dormido arrullado por los latidos de su corazón.

Me desperté con sus caricias, yo estaba acostado de lado y ella, sentada a mi vera, me miraba con una sonrisa en la cara. Tenía una extraña paz en su mirada que me inquietaba un poco.

—Tengo que marchar ya Rafa.

—Sí claro, vamos.

Como es habitual en mí me levanté rápidamente y comencé a vestirme. Una vez terminé me giré hacia la cama y allí seguía ella mirándome con un gracioso gesto de enfado.

—¿Qué pasa?

—¡Rafa! cinco minutos más.

Me cogió de la mano y me llevó a la cama de vuelta. Me tumbé a su lado y la miré emocionado. La besé. Me separé un poco de su cara y mirándola intensamente a los ojos le repetí con emoción y alegría.

— Laharí, ¡que me voy contigo a tu planeta!

Algo estuvo a punto de quebrarse en la paz de su gesto, pero no quebró y dijo.

— Va, dale, vayámonos.

Tengo que pedirte de nuevo disculpas lector, narrar lo que viene me resulta también doloroso, no quiero revivir ese instante, tengo la sensación de que si no lo escribo, por lo menos en este relato no pasará. Así que en este justo momento termina esta historia de cómo salí a buscar inspiración y terminé decidiendo irme a vivir a otro planeta.

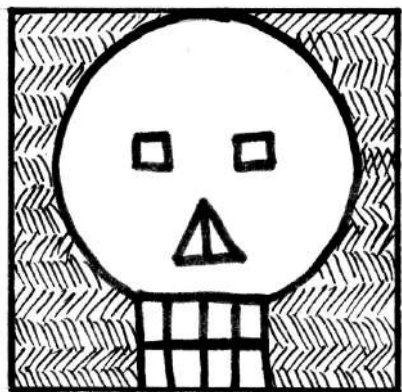
Fui consecuente con mi decisión y me fui, pero

no el planeta de Laharí, y no con Laharí. Nunca nos marchamos juntos. La odio un poco por eso, por meterme esa idea en la cabeza y después no querer esperarme, pero también le tengo que estar agradecido por hacerme salir de eso que llaman “zona de confort”. Uno crece más rápido cuando sale de ahí. Aunque soy de la opinión de que ni es necesario crecer tan rápido ni es necesario viajar tanto. Por ello estoy ahora más enfadado que agradecido... y no termino de escribir esto y ya se me aparece la imagen de Cristina diciéndome:

— Qué mono...







VIII

Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM VIII

Mi viaje a Guadalajara, a reencontrarme con un antiguo amor, fue inesperada y terriblemente doloroso. La conocí en España, ella era de Guatemala y estaba con una especie de beca terminando su carrera aquí. Nuestra relación duró exactamente un curso, con su recuperación en septiembre. En ese tiempo nos enamoramos profundamente, y en esa ceguera ella me pidió que lo dejara todo y que me fuera con ella, y yo acepté después de negarme como tres veces, como el apóstol a Jesús. Pero en el último momento fue ella la que mostró dudas, y en ese instante de indecisión se escapó un verano en el que podía haber buscado un trabajo que me permitiera ahorrar para irme con ella. Luego ya no quiso esperarme y se acabó.

Nada más volverla a ver se movió un universo de sentimientos dentro de mí, todos los planes de vida que proyectamos juntos se me aparecieron como fantasmas de navidad para recordarme que aún seguía queriendo todo aquello. Pero ella tenía pareja, y además con esa pareja estaba viviendo el plan que a mí me propuso en su momento. Ahí me sentí derrotado, y con la sensación de haber llegado

muy tarde. Me fui con el corazón roto de Guadalajara.

Al llegar a Real del Monte llamé a mi nueva mejor amiga allí, Diana, y nos fuimos a tomar pulque casero. Bebí tanto que la venganza de Moctezuma me alcanzó con su habitual virulencia. No recuerdo cuanto duró aquella diarrea, pero llegó un momento que hasta la naturalicé en mi vida. Y para más penurias no me habían dado ninguna de las asignaturas a las que me presenté a oposición. Había ido a escoger las que ya estaban repartidas entre los maestros del instituto, la única a la que a lo mejor hubiera tenido opción era justo en aquella en la que me quedé en blanco por los nervios. Triple combo de dolor.

Me permití unos días de duelo, de llorar y no querer salir de la casa nada más que a comprar alimento, que comía y mal digería a razón del estado licuado de mi sistema digestivo. Después de la encerrona me di cuenta que tenía que ponerme en marcha con la única cura efectiva contra cualquier pena, crear. Diana me enseñó a tejer a ganchillo. Y como la cabra tira al monte, antes de dominar la técnica ya me puse a diseñar producto relacionado con esa técnica.

Fue una colección de muñecos inspirados en los veinte nahuales Maya. En esa labor de aprendizaje y diseño me apoyó desde un principio Diana, mi maestra y amiga de Real del Monte, y una vez medio controlado los procesos ya terminé yo la ardua labor. Esos veinte nahuales tienen cierta semejanza con lo que conocemos como horóscopo, en tanto que según nuestra fecha de nacimiento tendremos un nahual u otro, que de alguna manera marcará nuestra vida. Pero en eso solo se parece, pues estos están basados en un calendario lunar Maya y la propia cosmovisión de esa cultura. Si tenéis curiosidad por conocer el vuestro, con una rápida búsqueda en internet: calcular nahual maya, accederéis a una página donde se os facilitará esa información con solo meter vuestra fecha de nacimiento. Yo soy Iq, el corazón del aire. En resumen dice que soy muy creativo y que puedo llegar a ser muy violento si me tocan mucho las narices, nada nuevo.

Lo siguiente que hice para salir del agujero fue empezar a conocer gente nueva. Héctor, la pareja de Úrsula, la amiga que me escribió el correo que terminó por convercerme para irme a México, me

había pasado en su momento el contacto de una agencia que organizaba viajes por México a lugares bien bonitos. Esa podría ser una buena manera de conocer gente. La idea de usar una agencia para viajar era algo que rechazaba de plano, pero resultó ser una agencia fuera de lo común, y toda su filosofía giraba en torno a una transparente conciencia ecológica y social. Mis primeros viajes con ellos fueron a campamentos tortugueros en la costa del estado de Guerrero. Y fue en la salvaje playa de Juluchuca donde me di mi primer baño en el Pacífico, además de liberar por primera vez tortugas.

En esas playas empecé a forjar amistades bien bonitas, construidas sobre el entendimiento mutuo. Sin más interés que el de querer compartir vivencias y conversaciones.

Pero para viaje especial el que hice a Wirikuta, a la comunidad de la Cañada. Una pequeña población situada en la sierra del semidesierto, donde cuentan con un par de ojos de agua que hacen viable, no sin un arduo trabajo, cultivar sus fértiles laderas con árboles frutales, plantas medicinales y flores.

El domingo anterior a marchar hacia Wirikuta

Úrsula y Héctor me invitaron a participar en el que sería mi primer temazcal. Un temazcal, diciéndolo mal y pronto, es una especie de sauna ritual. El recinto, cerrado, es circular y abovedado, de no más de dos metros en su punto más alto. La temperatura se eleva a base de piedras volcánicas, calentadas previamente en una hoguera en el exterior, que se colocan en su interior y sobre las que se echan agua y hierbas medicinales. Los participantes se sientan alrededor de las piedras, y guiados por una persona, preparada para tal labor, se dan a una serie de ritos, meditaciones y cánticos.

Antes de entrar al temazcal habíamos recibido, los participantes, un taller de construcción de tambor ceremonial. Era como un pandero grande y rudo, de piel gruesa y sonido grave. Cada tambor con su personalidad propia, pues sus características dependían de la piel que se usase, su grosor, el tipo de cordaje y la presión que se hubiera ejercido, y por supuesto la mano que lo había construido y el empeño y cuidado puesto. El mío se parecía mucho a mí, necesitaba templarse al sol para poder dar su mejor sonido.

Empezó la ceremonia, el guía iba pautando pero entre todos se construía el estado de embriaguez ritual. Los cánticos se iban sucediendo mientras la temperatura aumentaba en el temazcal. Cerré los ojos mientras cantaba, entré en un extraño estado de ingravidez donde sentía todo el peso de mi cuerpo, pero lo sentía flotando. En la oscuridad total me vi frente a mis cuatro abuelos, los cuatro fallecidos. De ninguno me pude despedir, ese quizás era el momento. Pero ellos no querían hablar conmigo, solo se pusieron a bailar al son de los tambores, con sus mejores sonrisas y el lento paso de la ancianidad. Esas sonrisas que tantas veces me dedicaron, y que me llenaban de paz. Les pedí perdón por no haber estado ahí, por no haber querido saber más de sus vidas, por poner tierra por medio cuando los demonios rodearon nuestras vidas. No me dijeron nada, solo me sonrieron y siguieron con su danza mientras se alejaban. Y mientras ellos marchaban se acercaba el cántico mágico que pedía a nuestros ancestros que bailaran al son del tambor. Abrí los ojos y me uní al cántico. Mis ojos y mi espíritu lloraban de alegría y de agradecimiento por ese momento.

El miércoles marcharía para Wirikuta, así que pasé unos días con Úrsula, Héctor y su bebé Suré, en casa del padre de Héctor en Ciudad de México. Dormía en el salón, y por las noches su gato, Pulque, se colaba en el sofá conmigo. En esos días tenía que aprovechar para terminar un muñeco a ganchillo que me habían encargado, aprovechando las ajetreadas mañanas de la familia para esta labor. El gato me acompañó todo ese tiempo. Héctor lo miraba y decía que le pasaba algo, que estaba como triste. A cada día que pasó, más decaía, menos se movía. Lo llevaron al veterinario y les comunicaron que tenía un virus degenerativo incurable, y que era mejor sacrificarlo antes de que empezaran los dolores.

Justo en las horas antes de mi partida a Wirikuta enterramos a Pulque con una ceremonia de despedida de hondas raíces mexicanas. En cierta medida el gato no me acompañaba a mí, yo lo estaba acompañando a él en sus últimos sueños en esa casa.

Me llevaron al lugar de donde salía el camión hacia Wirikuta. Y hacia allí marché en uno de los tantos viajes nocturnos que me esperaban en México.

Desde donde nos dejaba el camión a donde estaba

la comunidad teníamos que agarrar unas camionetas, e incluso así, había un punto donde las camionetas ya no pasaban y desde donde teníamos que caminar un cuarto de hora por un sendero. Debíamos de ser como cuarenta personas en ese viaje.

Nuestra visita era importante para la comunidad, porque sacaban algo de dinero que complementaba su economía y además generaban una conciencia ecológica, social y cultural, que era tan importante para ellos y su forma de vida, como aquellos pesos que les caían. En la agencia habían aprendido que este dinero que les llegaba tenía que ser el justo y necesario para ayudarles, porque a poco que conseguir este dinero se convirtiera en una prioridad para ellos la comunidad se iría al carajo. De entrada, y para disgusto de muchos, el alcohol estaba prohibido, ni una triste chelita encontrarías allí. Ya en el camión nos lo advirtieron —olvídense de encontrar peyote, este solo se da abajo en el desierto, y no hemos venido a buscar al abuelo venado—.

Dormíamos en el patio de la escuelita, en nuestras tiendas de campaña, y los despistados que no trajeron tienda lo hacían dentro de la escuela, que a su

vez hacía de comedor, sala de reunión y escuelita, como no.

Hicimos un bonito grupo, muy bien tejido por las amorosas manos de nuestros guías en la comunidad. Por supuesto la deliciosa y abundante comida, platillos cocinados con los productos de la zona y de temporada, ayudaban a que el espíritu estuviese abierto y dispuesto a compartir. Era época de tomar dos humildes manjares, cabuches y flores de palma, que habían recolectado, los días anteriores a nuestra llegada, de biznagas y palmas.

Los habitantes del lugar nos enseñaron con orgullo su huerto medicinal, y nos hablaron con pena pero alegría final, de cómo el hielo negro había quemado todos los aguacateros de los que dependía mucho su forma de vida.

—Pero mirad, este es el abuelo de todos los aguacateros y ha empezado a retoñar. En un par de años ya se han recuperado casi todos.

Para mí dos años era muchísimo tiempo, pero para quien vive de la tierra el tiempo es algo tan relativo como que hoy estoy aquí, y mañana allí y hay que recoger de nuevo los aguacates.

Aquella sierra me recordaba mucho a mi tierra canaria. Al ser mayoritariamente de origen volcánico había muchas similitudes. Las formaciones rocosas de basalto, la tierra, dura y roja, muy fértil si se tenía el tesón suficiente para labrarla. Incluso el sistema de terrazas para el cultivo era idéntico.

Mi abuelo materno era agricultor, y de mis días con él trabajando la árida tierra del sur de Gran Canaria viene mi gusto por trabajarla y ver crecer las plantas. Es de las cosas que más pleno me hacen sentir.

Una de las razones por las que me apunté al viaje era porque una de las actividades era trabajar con la comunidad mano a mano. Y en esa ocasión tocaba agrandar un camino, que entre a otros lugares, llevaba a una alberca que habían fabricado para que nos refrescáramos las visitas. El agua estaba helada.

A pico y a pala agrandamos el camino la cuadrilla de turistas, ante la divertida y agradecida mirada de los lugareños. El trabajo era tan duro como tú te lo planteases, nadie, solo tu orgullo, te decía cuánto y qué tan duro tenías que trabajar. Una vez que llegamos a la piscina ya paramos, quedamos unos pocos empecinados afinando el trabajo a base de reventar

las rocas que enraizadas en el suelo hicieron difícil sacarlas. Y entonces vino él, como si no hubiese trabajado ya tanto como todos los demás, le arrancó el pico a un chaval que lo manejaba con más rabia que destreza, y terminó de sacar la última roca. Era un señor cercano a los sesenta años, socarrón y siempre con alguna broma con puyita o sustancia recreativa en el chiste. Era pura vida ese hombre, a pesar de que se notaba que sus años de vida habían sido intensos. Siempre había estado muy vinculado al movimiento zapatista en calidad de maestro, y lo presumía con la dignidad del que sabe que el mensaje está por encima de el que lo transmite. Había viajado allí con su hijo y algunos amigos.

Terminado definitivamente el trabajo nos dijeron de asistir a una charla sobre apicultura en la escuela. Algunos, entre ellos el maestro, se quedaron en la piscina reposando.

En mitad de la charla alguien entró con cuidado y sacó a un par de hombres de la comunidad, algo estaba pasando. Al rato entraron esos hombres alarmados y solicitaron manos fuertes. Algunos que allí estábamos nos levantamos y salimos. Alguien se

había puesto enfermo y había que sacarlo en camilla de la comunidad. Estaba abajo en la piscina, se trataba del maestro. Al llegar se encontraba tumbado en el suelo, le estaba dando un ataque, pero nadie sabía muy bien de qué. Mi única experiencia con ataques, era con los epilépticos, y estos siempre me habían dado a mí, así que solo conocía la teoría. Lo colocamos de lado, e intentamos liberarle las vías respiratorias. Estaba totalmente morado, y el cuerpo agarrotado. Hubo un instante en el que clavó su mirada en mí, aunque no creo que me estuviese viendo. Nunca olvidaré esa mirada.

Lo subimos a la camilla y entre seis la llevamos por el camino hasta donde se encontraba la camioneta. El sendero era muy estrecho, y en varias ocasiones estuvimos a punto de caer ladera abajo, pero la tensión de los momentos críticos nos mantuvo de pie en el camino. Yo iba detrás, al lado izquierdo, pero fue mi compañero del lado derecho el que se dio cuenta. El maestro había dejado de respirar.

Esa iba a ser la tercera despedida en esa semana. México me había hecho enfrentarme a la muerte de tres maneras distintas. Lo pendiente, el acom-

pañamiento, lo inmediato. Pero en los tres lo más importante, donde se produjo el aprendizaje más profundo fue en entender el duelo como un acto de despedida con el que se va, y de comunión con los que quedan en este plano. Esa vida que marchó te une con los que quedan con el vínculo íntimo de los que comparten lo inevitable en un momento de sus vidas.

Los monitores de la agencia llevaron como pudieron la situación, aparte de las complicaciones de gestión al estar casi aislados, estaba el deber de cuidar del grupo y de su estado de ánimo. Aquello fue un mazazo muy fuerte, justo en el momento en el que, tras una jornada de trabajo colectivo, más unidos y pletóricos nos encontrábamos. Pero lo supieron hacer, y reuniendo a visitantes y comunidad en la escuelita, lo terminamos de conocer por boca de su hijo y amigos, y lo despedimos con cánticos y bellos discursos que nacieron de corazones gentiles.

Terminamos la despedida con el que sería mi segundo temazcal. Supongo que sería por aquel momento, por aquel lugar cargado de poder y por la gente con la que lo compartí, que la ensoñación que

tuve fue tan increíble. Un sueño que bien merece una calle en Granada. Una calle para la que no había historia dentro de la nevera de los prodigios, pero a la que le cedo esta mía.

Era el callejón que veía desde mi balcón en el pisito de Cuesta de Gomerez y del que no encontré ninguna información sobre su enigmático nombre.

CALLE ÁNIMAS

Deseándolo con todo mi ser me dejé transportar al sueño, arrullado por el sonido de los cánticos y los tambores de temazcal. Me dejé caer en el trance sin ninguna timidez.

Se apareció tan rápido al cerrar los ojos que pareció que me estuviera esperando. El maestro estaba frente a mí en la oscuridad. Me volvió a atravesar con su mirada, como lo hiciera en los últimos momentos de su vida. Pero ahora, en vez de estar escapándosele la vida, daba la impresión que estaba regresando a ella. En un gesto de mimo de su mano izquierda giró el pomo de una puerta inexistente, que se abrió ligeramente dejando entrar la luz. Por el espacio ínfimo vi que se escapaba Pulque, el gato. Ya fuera volvió a meter la cabeza en la oscuridad desde la luz y me miró directamente a los ojos con su brillante mirada, maulló y se fue.

—No Pulque, no te escapes.

Fue extraño pero en ese momento sentí que había metido la pata y había dejado escapar a

Pulque. El maestro abrió la puerta por entero y yo salí corriendo tras él.

Salí al jardín medicinal de la comunidad. Allí donde estaba plantada la poderosa gobernadora me encontré a una chica del grupo con la que todavía no había cruzado palabra.

—¿Qué estás buscando?

—Al venado azul.

—Ya nos dijeron que aquí no ibas a encontrar peyote.

—Cierto, nos lo dijeron. Hola, me llamo Ix Chel.

Me agarró de la mano y me llevó por el sendero hacia el ojo de agua de la comunidad. Llegamos al pie de la cascadita y comenzó a trepar hacia el pequeño agujero de donde brotaba el agua, y por allí se coló. Sacó la cabeza como antes lo hiciera Pulque en la puerta.

—Miau

La seguí al igual que seguí a Pulque, y aunque pensaba que no podría entrar por el agujero, poco a poco, pedazo a pedazo de mi cuerpo, entré. Al otro lado me esperaban unas escaleras de madera que subían hacia un agujero cuadrado también de

madera, pero más grande. Por ese agujero se asomó Ix Chel y un ritmo de cumbia. Ascendí las escaleras y a poco que saqué la cabeza Ix Chel me agarró y me puso a bailar. Estábamos en una barcaza decorada con motivos vegetales de muchos colores, acompañados de gente bebiendo, cantando y bailando cumbia. La barcaza fluía por unos canales atestados de otras barcas parecidas, con otras gentes y otras fiestas. Un hombre la hacía desplazarse sobre el agua con la ayuda de una larga vara con la que empujaba contra el fondo del canal. Ix Chel me hacía girar al ritmo de la cumbia, cada vez más cerca, y más cerca, y más cerca, hasta que ya nos tuvimos que besar.

—Oye Ix Chel besas fatal, pareces un pescado.

—¡Ah, ya! Estás en Xoximilco y aquí los besos se dan de axolotl.

Y seguimos dándonos besos de axolotl hasta que caímos en su cama. Y allí hicimos el amor hasta que yo estuve saciado, a partir de ahí me cabalgó tan fuerte que terminé corriendo con ella a caballo por praderas y montes rumbo a la frontera con Guatemala. Al llegar a la línea invisible que

divide los pueblos me paré en seco. Ella se bajó de mi espalda. A partir de aquí continuas solo, vuelve en tres días y podrás estar más tiempo en México.

Un miedo terrible se apoderó de mí al ir a cruzar esa línea. Sentí muchas miradas clavadas en mí, analizándome como a una presa. Continué mi camino sin levantar la vista y sin cambiar el paso. Hasta que me topé de frente con aquel autobús escolar. Estaba decorado con tanta personalidad y de manera tan barroca que pareciera que en algún momento se iba a transformar en un autobot de película. Una sonora bocina me sacó de mi estado de asombro. Por la derecha se acercaba otro autobús escolar decorado con el mismo estilo pero con otra personalidad. Venía muy rápido. Una puerta se abrió y medio cuerpo asomó.

—¡Súbase güero!

Al pasar a mi lado arranqué a correr con él, y de un salto me enganché a la puerta. Tras un pequeño esfuerzo conseguí subir al autobús. En cada uno de los asientos escolares había un pollo, y todos me miraban con los ojos muy abiertos. A una señal invisible todos dejaron de mirarme y comenzaron

a cacarear entre ellos continuando con sus conversaciones de pollo. Al fijarme mejor vi al fondo a dos chicas, a su lado había un asiento libre. Una de ellas me sonrió y la otra me invitó a sentarme a su lado.

Eran dos chicas de Barcelona, estaban viajando por Latinoamérica.

—¿Oye me podríais decir a dónde lleva este autobús?

—Va al Acatenango.

—¿El Acatenango? ¿eso qué es?

—¿No sabes? Es un volcán.

—Pero bueno, ¿tú a dónde ibas?—preguntó la otra chica.

—Pues no tengo mucha idea, solo estoy haciendo tiempo. ¿Un volcán? ¿Y nos lleva hasta arriba?

—No, nos deja en la falda y de ahí tenemos que subir en dos jornadas y bajar en una.

—¿Y hará frío arriba? No tengo ropa, ni saco, ni comida.

—No te preocupes canario, si nos cantas bonito te dejamos todo lo que necesites.

—Pero no sé ni piar. No os puedo cantar bonito.

—¿Podrías aprender?

—Hacemos una cosa, nos la debes. Firma este contrato en el que te comprometes a aprender a bailar cuando regreses a Canarias, y cuando ya sepas nos buscas y nos cantas bonito.

—Ya llegamos, hay que bajar.

Me dieron una pesada mochila y nos dirigimos hacia la puerta del autobús. Esta se abrió y ante nosotros apareció un precipicio enorme.

—Salta, no tengas miedo.

Y salté como cuando fui paracaidista en el ejército, con la ciega fe del soldado que confía en que su mando lo tiene todo controlado. Y como cuando fui soldado y saltaba de aviones, floté durante unos minutos hasta que llegué hasta el suelo. Allí nos esperaban unos aluxes que nos alquilaban un montón de cosas, y cualquiera le dice que no a los protectores del volcán.

—La subida al Acatenango es materialmente imposible sin todos estos pertrechos...aunque, siempre se puede alcanzar su cima sin todos estos trastos.

Ante la duda y la falta de dinero opté por alcan-

zar su cima sin todos esos trastos, en vez de hacer la subida materialmente posible. Nunca sabría cuál es la diferencia, ni qué me perdería, pero les prometí que si alguna vez volvía les alquilaría todo el material de ascenso.

Uno de los aluxes nos hizo de guía, eso ya iba incluido en mi deuda sonora. Fuimos hacia arriba cruzando una decena de paisajes diferentes. De esos que te hacen sentir lleno el espíritu. No podría describirlos porque no los recuerdo, pero seguro que conocéis esa sensación de maravillarse y que se te llene el alma con un paisaje. Pues esa sensación por diez veces.

Montamos un campamento base antes de llegar a la cima, esta la coronaríamos bien temprano en la mañana. Un volcán que teníamos enfrente explotó. Estaría toda la noche explotando cada quince minutos. Y cada quince minutos, incluso dormidos, todos decíamos, con la boca bien grande y al unísono.

—¡Oh!

Cuando el volcán paró de explotar, el aluxe nos levantó, ya era hora de alcanzar la cumbre. De una

pequeña bolsa sacó tres pantalones de patas de cabra. Nos los pusimos y comenzamos el ascenso saltando de piedra en piedra. Ni os imagináis el espectáculo en la cima, en todo lo alto de la boca del volcán Acatenango. Justo en ese momento un nuevo día entró en erupción. Y en serio que no lo podéis imaginar, es de esas cosas que solo se alcanzan en el sueño, y, cuando estás en él, sabiendo estar en silencio. Y en silencio estuvimos hasta que el día dejó de erupcionar y se convirtió en mar.

—¿Me podrías dar tus pantalones de patas de cabra?

Me los pidió el aluxe y yo se los di sin rechistar. Acto seguido me empujó hacia adentro del cráter del volcán Acatenango.

—¡Vuela canario, vuela!

—No te olvides que nos debes unos cantes.

Por un rato me dejé caer sin entender nada y, cuando decidí despreocuparme, comencé a planear por la oscuridad del volcán durmiente. Aterricé suavemente sobre una oscuridad sólida, y un punto de luz que vi a mi izquierda me indicó mi siguiente destino. La luz procedía de un agujero perfectamente redondo cuyos bordes resplandecían en un

tono rojizo y literalmente untuoso, dulce y picoso. Me colé por el agujero y terminé encima de una mesa plegable en medio de un bullente mercado en donde todo se tiene, todo se vende y todo se compra. Acababa de salir de un vaso de michelada de fresa.

—Bienvenido a Tepito carnalito.

Delante de mí había un buda que me sonreía con todo su cuerpo, y sobre su hombro una especie de hada que sonreía achinadamente con sus grandes ojos mexicanos. El buda me agarró y me colocó sobre un taburete. Pronto pusieron ante mí una michelada de mango y los mejores tacos al pastor que comería en México.

Un estruendo a banda se abrió camino por uno de los pasillos del mercado. Ahí venía la gran Cris, aún tardaría unas semanas en conocerla, pero allí se adelantó ella a ese momento en mis ensoñaciones de temazcal.

—¡Órale canario!, que ya te están esperando.

Me levanté de la mesa, agradecí con mi mejor sonrisa los tacos y la michelada, y salí de Tepito con la banda por delante, abriendo camino al compás de la gran Cris.

A la salida del mercado estaba Ix Chel. Esta vez ella me aupó a caballito y me hizo un recorrido por toda la Ciudad de México. Después me hizo el amor y me bailó tantas veces como las que se pueden hacer en una vida, con tanto cuidado y desprendimiento que ya pensé que después me tocaba morir. Lo que siguió era una despedida, con una lágrima de sus grandes ojos recorriendo su ovalado rostro. Pero mi destino no era la muerte, solo el despertar.

— Espera, todavía te queda un lugar que visitar.

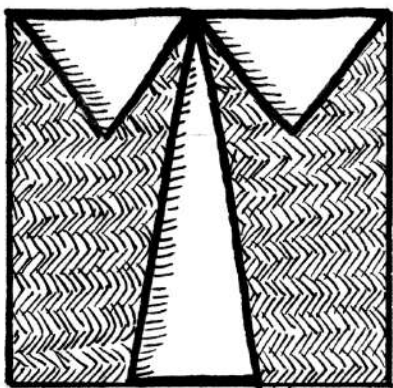
Ix Chel me llevó de la mano ante un nido de mi tamaño tejido de esparto.

— Ya, entra ahí.

Con otra lágrima en su rostro me empujó hacia adentro del nido. Caí de espaldas sobre un suelo de lanas, y al girar mi cabeza a la izquierda vi a Suré, la despierta bebé. Suré la bebé me invitó a bailar un vals. Y allí nos pusimos a bailar el vals de risas de Suré. Y pareciera que no iba a acabar nunca, y deseaba que no acabara nunca ese momento de alegría pura. Pero me ensimismé tanto en mi goce, que cuando me quise dar cuenta

ya Suré no bailaba conmigo, y ya no sonaba el vals. En su lugar un armonioso sonido de flauta ceremonial. Suré estaba en el suelo rodeada de todos sus nahuales, Héctor hacía sonar su flauta, y Úrsula bordaba un mapa. Con un golpe de Suré sobre un tambor paró la música y paró el bordado. Con un gesto de su mano y un abrazo, Úrsula me entregó el mapa donde indicaba el camino para regresar a México desde España. En el abrazó sentí otro latir, dentro de poco habría otro corazón en la familia.





VII

Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM X

Ya tenía que regresar a España, porque aguantar más en México suponía perder el billete de vuelta y quedarme sin nada de dinero. Pero sentía que me quedaba muchísimo por hacer en ese país. Además del sentimiento de derrota por no haber hecho posible el quedarme allí.

Así que llegué a España con las orejas gachas, aunque con cierta emoción por el regreso y ver como se daban las cosas. Solo habían pasado diez meses, pero cómo marché para no volver me recibieron como si llevara muchos años afuera. La primera persona que vino a recibirme fue Emi, la que fue mi pareja por tanto años, se presentó en la estación de autobuses para darme el primer abrazo. Me sentí tan profundamente querido que olvidé mi derrota y me alegré de tener la oportunidad de poder reencontrarme con la gente que tan bien me quería. Luego tomé una fiesta para celebrar una *no boda*, en uno de mis lugares preferidos de la península, Cabo de Gata, como mi propia fiesta de bienvenida. A nadie le importó que hiciera tal cosa, porque me limité a pasármelo muy bien, reencontrarme con viejos amigos y con todas esas cosas ricas de la gastronomía española que

en México es difícil y caro de encontrar.

Empezaba una nueva etapa, venía con nuevos proyectos desarrollados y nuevos productos para vender. Mi tiempo en México, además de hermoso, fue productivo. Volvería a retomar mi vida en Granada. Habían surgido nuevos mercados de artesanía, solo tenía que empezar a contactar y poco a poco empezar a entrar en ellos.

Emi y yo nos volvimos a dar una oportunidad, habían pasado cuatro años, y ambos habíamos tenido otras vidas, algo habíamos cambiado. Cuando lo dejamos fue porque se había producido cierto estancamiento, yo por mi parte me sentía muy asfixiado por las rutinas en las que habíamos caído después de tanto tiempo juntos, sin duda necesitaba de nuevas experiencias, y así lo demostró lo que vino. A pesar del profundo dolor y de lo difícil que fue renunciar al cariño infinito que nos dábamos, de los malentendidos y mis torpezas, siempre mantuvimos el contacto y el cuidado el uno del otro. Valía la pena intentarlo de nuevo. Y cómo me miraba, con sus hermosos ojos gris verdoso, amándome profundamente, perdonándome cualquier agravio. No

deseaba más que poder quererla a ella tanto como ella me quería a mí. Y toda esa gente a nuestro alrededor que se mostraba feliz con el hecho de vernos de nuevo juntos.

—Hacéis muy buena pareja.

Y es por esto también, que valía la pena intentarlo, una vez más. Y sus abrazos, que me recomfortaban corazón y mente sumergiéndome en una paz infinita. Una conexión íntima que se labró a lo largo de años de conectar nuestro cuerpos. Eran... son sus abrazos llegar a casa después de una dura jornada en invierno y tumbarte en el sofá al calor de una chimenea.

Volvimos a vivir juntos. Yo monté mi tallercito en la casa y empezamos a generar sinergias de trabajo, ya que ella también tiene esa faceta creativa. El plan de hacer mercados de artesanía juntos era algo más que una forma de ganar dinero, era tener un proyecto de vida lleno de creatividad.

A mediados de Enero llegaron los primeros estornudos. Uno, dos, tres estornudos. La alergia ya estaba aquí, y antes de tiempo. Era el ciprés, y este año venía especialmente duro.

Calle Hornillo de Vagos:

¿Cómo puede un mismo olor transmitirte calidez humana y hedor a muerte? Con esta pregunta me levanto cada mañana cuando el intenso olor a pan de patriota inunda el cuartucho donde duermo. Este cuartucho está en la calle Hornillo de Vagos, la calle más breve de Granada, y en esa brevedad se encuentra también el obrador de pan para beneficencia, mi siguiente destino en el día. Allí recogeré el pan que el gobierno de la Alhambra tiene a bien dar a los que quedamos fuera de todo eso que llaman vida.

Soy oficialmente un subciudadano, un no vivo, pero podría haber sido peor, podría estar muerto. Quizás si yo, y los de mi estatus seguimos vivos, es por cierto arcaísmo ético que pervive en la conciencia colectiva que dice que no se debe dejar morir a tus semejantes. Pero les queda tan poco para que dejen de considerarnos semejantes... También podría haber sido mucho mejor, podría ser un ciudadano, de

los vivos, pero para ello tendría que tener un sentido de la ética más voluble, o la boca más chica, o ser más cínico, más aún, o también las cosas podrían ser menos perversas... Entonces viviría en el Albaicín, comiendo pan de harinas naturales, frutas frescas, carne... esas hamburguesas deliciosas que tomaba con mi padre en las ocasiones especiales, cuando mi padre era especial para mí, y no el ser alienado que en realidad era...respirando el aire puro que traen directo de las nubes, sin contaminaciones, sin alérgenos, sin polvo, sin tener que estar obligado a usar una mascarilla para poder salir a la calle...

—Subciudadano, ¿donde está su máscara reglamentaria?

Mierda, en todo mi desorden mental he salido a la calle sin la máscara. Un guardia me acaba de dar el alto.

—Disculpe señor, me despisté y la dejé en la casa.

—Colóquese esta máscara de inmediato. Su brazo por favor.

Me levanto la manga de mi roído jersey, que alguna vez fue de un elegante verde pista-cho, y dejo al aire mi mugrienta piel. El pasa su lector por mi código de barras, llave a toda la información que existe sobre mí, en ese archivo solo falta lo importante, lo que fui y lo que podría haber sido, nada de interés para este guardia. El cacharro suena, —transacción completada—, indica su pantalla led. Vuelve a sonar, ahora a error.

—Subciudadano tengo que comunicarle que su saldo está a cero, si vuelve a necesitar una transacción con el estado incurrirá en deuda, lo cual es falta grave. Si sale a la calle sin la máscara podrá caer enfermo y tendrá que ser hospitalizado, e incurrirá en una triple deuda. Tiene usted ya dos faltas graves, una más y será expulsado, si incurre en triple deuda irá a fábrica a condonar deuda y después será expulsado.

¿Expulsado de dónde, expulsado de qué? Trabajar en fábricas ya me preocupa más. Doy dos pasos y me coloco en la cola para que me den mi pan.

—Qué bien que vino el viento sur.

No por favor, no me jodas con charlas de mierda. Cómo anhelo una conversación que me sorprenda.

—Será para ti, odio este aire cargado de polvo del desierto.

—Mucho mejor que el smoke de las industrias del norte.

—Es todo una puta mierda, déjame ya tranquilo.

El hambre ya solo me deja pensar en el pan de patriota, ese es el truco de magia, así se logra la paz social, dale lo justo para que solo les quede el miedo de perder ese poquito. No vaya a ser que se pregunten por qué razón

los del Albaicín tienen aire puro, agua cristalina y comida sin harinas plásticas. Ya nadie recuerda, y al que se acuerda ni le preocupa, que detrás de los muros de esta distopía ya no queda nada, cuando antes, fuera de la ciudad era donde estaba la vida. Y es en este pensamiento que me alcanza ese matiz a muerte del pan de patriota. Es lo que me tengo que comer, ya no hay otra cosa.

— Oye tú, te conozco...

Por favor, solo déjenme con mis pensamientos.

— Sí, sí te conozco

No, no acerques tu asquerosa boca a mi oído.

— De arriba, del Albaicín.

Si, ya recuerdo quién eres ¿cómo carajo has venido a parar aquí? Si algo merece la definición

de facha es este despojo. A estas alturas ya lo deberían haber ascendido a la Alhambra, con el resto de malnacidos que se comen la mejor parte del pastel. Un pastel que aquí abajo ni se imagina que exista. No sé qué habrás hecho, pero me importa una mierda. Solo deja de susurrarme al oído.

—¿Sabes?, yo no merezco estar aquí, ya debería estar en lo más alto. Pero me volvieron a dejar atrás, yo que tanto hice por la Alhambra, que tanto ayudé a limpiar...

—Por favor subciudadano déjeme tranquilo, no le conozco de nada.

Entonces me miró con los mismos ojos que cuando me delató.

—Ya sé quién eres, maldito traidor.

—Por favor señor no grite, es mejor no causar problemas, de verdad que no le conozco.

—¡Libre pensador!, ¡pútrido! Yo no debo estar aquí contigo, yo pertenezco a la Alambra. Sois todos escoria.

Decido tirarme al suelo y cerrar los ojos, es lo más seguro para lo que viene.

— ¡Escuchad! ¡Yo soy un ciudadano! ¡Yo respiro aire puro! ¡Como pan de verdad! ¡Carnes y frutas frescas! No, yo no debería estar respirando el aire de vuestros pedos ni bebiendo el agua de vuestras alcantarillas... ¡Malditos, no os comeréis mi carne!

El sigiloso suspiro de un disparo con silenciador acaba con su peligrosa cháchara. Al abrir los ojos me encuentro con sus ojos. Aún sigue vivo. Su mirada pasa del miedo a la ira a cada estertor de vida que se le escapa. No sé si me estará odiando o preguntándose si valió la pena ser tan miserable, o quizás las dos cosas. Mi oído pegado al asfalto escucha el acompasado caminar de los guardias, esa máquina perfectamente engrasada con lo mejor de la mediocridad humana. Una mano se acerca a su cuello y le toma el pulso. Su mirada me deja y se vuelve hacia arriba. Su cuerpo tiene una última sacudida, breve, pero muy violenta.

Lo acaban de finiquitar con la elegancia y limpieza del nuevo orden, del nuevo sistema del bienestar. Su mirada ha quedado congelada en ese último gesto, mirando hacia arriba, un perfecto resumen de su vida. Pienso que yo debería albergar algún sentimiento de satisfacción por una venganza consumada. Este fue el individuo que me colocó en la lista, solo para tener una raya más en un currículum que necesitaba de muchas rayas como la mía para ayudarlo a ascender. Pero no siento nada. Solo me viene a la cabeza esa terrible expresión de los angloparlantes, “dog eat dog”. Giro un poco la cabeza y veo en lo alto uno de esos drones, cuyo callado zumbido ha sustituido al canto de los pájaros. Ya no hay pájaros, ya no hay nada.

Recuerdo de niño cuando mi padre me llevó a ver al último pájaro. Era un canario que había sobrevivido a la versión oficial, un virus que acabó con todos los animales. Lo encontraron dentro de un carmen en el Albaicín, en él había vivido hasta hacía poco una señora que había decidido hacía tiempo aislarse del mundo, y

el mundo se olvidó de ella. Su único contacto con la sociedad era a través del repartidor que le suministraba periódicamente de alimentos y enseres. Al acumularse varios pedidos en la entrada del carmen este decidió comunicarlo a las autoridades. Derribaron el portón de la entrada y violaron todos y cada uno de los rincones de la casa. El canto del canario guió a unos de los guardias a un escondido patio interior. Allí encontró a la señora muerta en una mecedora, y en una bonita y amplia jaula a un canario que cantaba sin parar. Según la versión oficial la mujer murió en el mismo instante que entraron a su casa. Como si al romper la puerta de su casa se hubiera quebrado también su corazón. También se cuenta que en el mismo momento que el guardia entró en el patio el canario dejó de cantar, y ya no lo volvió a hacer jamás. Por eso cuando yo fui con mi padre a ver al canario al museo de ciencias naturales, tuve que escuchar el canto del canario a través de unos auriculares que reproducían una grabación de lo que podía ser su canto. Nada espe-

cial, fue una gran decepción. El mejor recuerdo de ese día al final fue la hamburguesa con queso que me comí con mi padre. El canario moriría al poco, de pena dijeron. Ese día también me comí una hamburguesa con queso.

No me comeréis, esas fueron las últimas palabras de ese desgraciado. Todo había quedado paralizado a mí alrededor, menos el hedor a muerte del pan de patriota. Nadie se atrevía a mirarse a los ojos. Hasta los guardias habían quedado en estado de shock. Si afinabas el oído se podía escuchar el murmullo de sus pensamientos...No me comeréis. Solo la musiquilla impertinente de los anuncios oficiales se atrevió a romper aquel terrible momento de comunión colectiva. Un enorme holograma inundó el cielo. En él se podía ver al modelo de familia perfecta y feliz del estado usando un nuevo tipo de máscara. Este nuevo modelo bloqueaba un treinta por ciento más de partículas nocivas, si sumamos los porcentajes de los modelos anteriores esta nueva máscara bloquearía un trescientos treinta por ciento de partículas

nocivas, ese es el absurdo de la publicidad. Bien lo sabré yo. Lo que me sorprende de todo esto es que se acababan de saltar uno de los protocolos en comunicación. Nunca se debe mostrar, ya sea a ciudadano o subciudadano, aquello que no pueden de ninguna manera tener. Conozco perfectamente estos protocolos porque yo mismo los redacté. ¿Una familia feliz? ¿Cómo se les ocurre?, nos está prohibido a los subciudadanos engendrar hijos, no podremos tener jamás una familia feliz.

Se han tenido que equivocar y nos han puesto un anuncio para los guardias, o eso o han perdido todo miedo a que se revelen. La verdad es que no veo ningún gesto en el que se intuya una rebelión. Seguramente los sobrestimé cuando redacté esos protocolos. Miro a todas esas almas esperando por su pedazo de pan mientras se tragan un vídeo que anuncia su próxima adquisición. ¿Y ahora yo también formo parte?...no, siempre fui uno más. Supongo que esto es lo que nos hace semejantes a ciudadanos y subciudadanos, todos

vivimos para consumir un poco más, no para cambiar las cosas.

Por ser su lanzamiento nos ofrecían la máscara con un ochenta por ciento de descuento, eso era casi gratis. Su adquisición era por lo tanto obligatoria. Ahí sí que me jodieron, no la podré pagar, me van a expulsar.

No tarda en aparecer un camión tienda. Rápidamente se despliega, y los guardias, casi con un suspiro de alivio, salen de su trance colectivo y retoman su vida en el papel de vendedor. En total se han desplegado siete puestos en la plaza aledaña a la calle donde estoy haciendo cola. Dicen que en los tiempos antiguos la gente era muy desordenada, y las colas tendían a ser caóticas cuando se introducía alguna variable. Incluso, dicen los textos, que había quien se intentaba saltar la cola. Cosas del evolucionar, eso ya no pasaba. En cuanto los guardias dieron la orden de dejar la cola para el pan esta se deshizo ordenadamente repartiéndose por orden en los siete puestos de venta de mascarillas. Me coloqué

ordenadamente en mi puesto en la cola, me sentí como un imbécil, esperando mi turno para que me jodieran. Por un momento me asaltó la idea de solo quitarme de la cola y no comprar la mascarilla. ¿Pero cómo hacer eso en un mundo tan ordenado? Envidié el caos de los tiempos antiguos donde podría haber pasado fácilmente desapercibido. Aquí una mota de polvo fuera de su lugar ya llama la atención, así, por exagerar.

La cola avanza demasiado rápido, o igual que siempre, pero ya sabemos de la relatividad del tiempo. Ya es mi turno, no sé si mi cara muestra miedo o un absoluto desafecto por todo. Hace ya mucho tiempo que ni sé cómo es mi rostro. Los espejos también están prohibidos. Casi que el recuerdo que tengo de mi cara es el del rostro que salía en el anuncio de la máscara que llevo puesta. Ahora mi cara cambiará, con la nueva máscara, por la del rostro de un guapo y feliz padre de familia. Lo que pueda vivir ahí afuera lo haré con el rostro de un hombre plenamente feliz. Miro al resto de compañe-

ros de cola y me pregunto cómo será para ellos que jamás vieron su rostro. Quizás debería compartir más con esta gente, me duelo de que me pregunten sandeces, pero ni me preocupó yo en hacerles preguntas que me lleven a nuevos lugares. Pero ya es tarde, mi tiempo aquí está a una persona de terminar.

— Su brazo por favor.

Estiro el brazo y le muestro mi código como si todo estuviera bien. ¿Para qué le voy a llorar si se que todo está ya decidido? El guarda me mira, lo reconozco, fue el que me paró hace un rato. En un sutil gesto se arremanga y pasa el lector por su brazo. Lo miro sorprendido. Me guiña un ojo, o eso creo. Suena el pitido afirmativo y me da mi máscara nueva. Me retiro la mía y se la entrego. Me pongo la máscara nueva.

—Subciudadano, vuelva a la cola del pan.

¿Que acaba de pasar? ¿Qué ha sido eso? Ya no

sé nada del mundo, puede que nunca supiese nada. Me vuelvo a la cola del pan, enfrente de mí el pesado al que le gusta respirar el polvo del desierto. Es bajo, pero tiene un porte altivo, está de espaldas a mí, hago memoria de su rostro, la nariz grande y aguileña, los ojos enjutos y brillantes, seguro toma alguna droga, una extraña y penosa sonrisa, su pelo lacio y embarrado cortado a modelo 2. La barbilla, tan normal que parece única. Sus cejas pobladas, una de ellas quebradas por alguna antigua herida. Un bigote modelo 3. Arrugas que dibujan un rostro que ya vivió por lo menos cuarenta años, pero quién sabe aquí abajo, quizás solo tenga veinte años. Menos imposible. Son veinte los años que lleva prohibido cualquier acto de reproducción a los subciudadanos. Ya su número solo lo engordamos los que somos degradados. Pronto el sistema estará limpio de todo lo que para ellos lo ensucia, y lo harán respetando la nueva carta de derechos humanos, esa cosa que se reescribe lo justito cada vez.

—Subciudadano, ¿podrías describir mi rostro?

Le hago esta pregunta al pesado que le gusta respirar polvo. El se gira y me mira extraño, su boca casi parece que no existe. Sus ojos parecen más grandes y se mueven rápido para todos lados, como buscando de donde viene esa voz. Hasta que se fijan en mi rostro. Se queda así un espacio de tiempo que se me antoja demasiado largo e incómodo. Hasta que su torcida sonrisa se dibuja en su cara y sus ojos vuelven a ser dos pequeñas y brillantes esferas demasiado juntas.

Empieza a medir su cara con sus dedos, trasladando cada medida a los elementos de mi rostro.

—Tu nariz es pequeña, tienes los ojos muy separados y parece que no tienes pelos en las cejas. Tu boca es enorme, y tu barbilla está amenazándome con sacarme un ojo. Estas triste y eres muy aburrido, además eres algo

hortera, todos saben que nunca se debe combinar el mismo modelo de corte de pelo con el de barba.

Voy con la cabeza rapada y totalmente afeitado. Modelo 1 para todo, ¿porqué iba a complícarme con eso en esta situación? Además, son los más baratos.

—¿Qué modelos me aconsejarías?

Me examina con una impostada y mal ensayada pose de experto, que seguro aprendió de algún anuncio.

—Para el pelo, el modelo 5, y para cuando te crezca la barba un modelo 4.

Básicamente su criterio consiste en usar los últimos modelos en el mercado, los más caros. Me sonrío, él también lo hace en respuesta. Y me interpela.

—Oye amigo, ¿sabes de qué me he dado cuenta? Que la nueva máscara, sumando todos los porcentajes de las máscaras anteriores, resulta que bloquea un trescientos treinta por ciento de mierda. ¿Eso qué carajos quiere decir? ¿Es que no se supone que con un cien por cien ya no entra nada? ¿Es que se están riendo de nosotros?

El que está detrás de mí reacciona también ante ese comentario.

—Sí, yo también me he dado cuenta de eso. Esos cabrones nos están engañando con las máscaras.

Y otro más comenta...

—Sólo quieren nuestro dinero.

Un rumor empieza a recorrer toda la cola para el pan de patriota. El hedor a muerte, y la humanidad del pan, inundan toda esta escena. Arriba, vigilante, permanece el dron.

Sin duda se está haciendo eco de todas estas conversaciones. ¿Qué vendrá después? ¿Es este el comienzo de una revolución? Sin duda ya es mucho más que lo que había visto hasta ahora. Pero ahí están, preguntándose por los porcentajes de la máscara cuando hace un instante mataron a uno como ellos por gritar *no os comeréis mi carne*.

Me acuerdo del guiño del guardia y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

EPÍLOGO

Poco tardamos ambos en volver a las rutinas diarias que ya habíamos vivido hacía cuatro años, no estaba funcionando y a los dos nos costaba admitirlo, y hablarlo.

Yo ya estaba con la alergia hasta las cejas, estaba agotado y de mal humor por el mal dormir y los continuos mocos, y todavía quedaba lo peor, cuando llegara el polen de olivo y las gramíneas. Granada era ahora inhabitable para mí desde mediados de Enero hasta finales de Junio.

Entonces recibí una llamada desde Canarias, era la hermana de un amigo de toda la vida, me ofrecían un trabajo como telefonista en un periódico local. Era un trabajo sencillo con muchas horas muertas. Por un lado me parecía bueno que me permitiera en esas horas muertas hacer cosas como por ejemplo, escribir estas palabras, y por otro era una buena excusa para salir huyendo de mis alergias granadinas.

La distancia y mi desidia pusieron punto final, de nuevo, a la relación, por lo menos como pareja con un plan de vida juntos. Fue ella la que tuvo que llamar para preguntarme qué pasaba. Aunque los

dos ya los sabíamos, nada nuevo. Quizás hubieran nuevas excusas por mi parte, como tener un nuevo apetito por la vida que me dificultaba atarme a un compromiso así, el no poder vivir en Granada, la inestabilidad... Pero al final la razón es que juntos tendíamos a aislarnos en las rutinas que nacen del brutal respeto que nos tenemos. Los dos somos más sociales cuando no estamos juntos. Juntos nos sumergimos el uno en el otro hasta un hastío que yo siempre soy el primero en alcanzar. No puedo dejar de reprocharme el que todo ese amor, respeto y confianza, no sea suficiente para mi.

Ha sido aquí en Canarias, en mi nuevo trabajo, donde he terminado de completar los relatos que se encontraron mis colegas en aquella nevera de playa, escondida en una cueva de la ladera norte de la Alhambra.

Esas historias, relatos incompletos que en su afán de ser terminados han movido mi vida por diversos escenarios, por diversas vidas.

No he podido descifrar los misterios que encerraba aquella nevera y sus objetos, y tampoco

mucho empeño puse, el justito para mantenerme en movimiento cuando me sentí estancado, perdóneme el lector si perpetré algún tipo tensión narrativa no resuelta. Pero poco importa porque todo suena a broma, a una gran farsa. A un nuevo capítulo de ese ciclo falsario granadino.

Una vez escuché a un reputado antropólogo granadino hablar del fatum de la sociedad de Granada, a cómo se encierra la ciudad entorno a una mentira que será descubierta. Son muchas las farsas que se dan en Granada, todas veladas por su belleza, su luz y su leyenda. Si sobrevive Granada a este fatum es porque cada año es renovada con nuevas vidas que quedan prendadas de su luz.

Pero quizás nuestras vidas son como Granada, con su fatum y sus farsas, que repetimos cíclicamente mientras avanzamos por la vida. Nos esforzamos en mostrar nuestras luces con la suficiente intensidad para ocultar que tenemos sombra. Y es ya en la intimidad de las vidas que se comparten, donde las luces del otro dibujan nuestra sombra, y ahí ya, ante la evidencia, nos movemos para un lado o para el otro.

Definitivamente mi ciclo de vida en Granada ya tocó a su fin, o eso creo yo, todo apunta a que sí. De hecho, en el momento en que me fui a México eso era algo que ya sentía y pronunciaba en voz alta. Pero supongo que mis raíces en esas tierras fueron profundas, y la tentación de ser feliz y pleno en esa ciudad me volvió a embriagar. O quizás solo fue la pereza de intentar rehacer mi vida, después de México, en otro lugar menos conocido. Pero el trabajo y la alergia me han traído de vuelta a Las Palmas, supongo que es tiempo de reencontrarme con mis raíces, de crear aquí la red que creé en Granada. De compartir con mi familia y ver crecer un poco a mi sobrino.

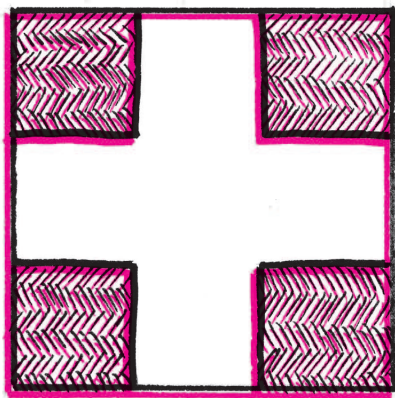
No voy a decir que la idea de volver a México a continuar con lo pendiente no está ahí. Pero ahora estoy aquí, en Canarias, y me queda una larga temporada por aquí, ni sé cuán larga puede ser. Además de mi familia, aquí están los amigos de juventud que siguen siéndolo hasta ahora, aunque nuestras vidas hayan ido por caminos distintos, seguimos siendo los mismos, solo con un poco más de cabeza, pero solo un poco más.

En este afán de arraigar un poco estoy aprendiendo a tocar el timple, un pequeño instrumento de cuerda canario, por si algún día vuelvo a México hacerlo acompañado de él y compartirles a mis queridos carnalitos un poco de mi tierra. Y también por si se me vuelven a aparecer en una visión mis queridas catalanas, exigiéndome, contrato en mano, que les cante bonito.

Y tampoco se está tan mal aquí, con un trabajo al que puedo ir en bici, con la hermosa playa de las Canteras a dos calles, mis amigos, mi familia y siete islas más que debería conocer mucho mejor. Tantas y tantas historias que conocer y que escribir sobre estas islas afortunadas. Historias sobre sus antiguos pobladores, aborígenes de incierto origen, aunque todo apunte a lo bereber, historias de piratas, de conquistas y derrotas. O quizás ya no escriba nada más, quizás me limite a dibujar, o a tejer muñequitos a ganchillo, o vete a saber, ya que más da.

Aquí estoy, preparado para recibir a lo que venga de la mejor manera posible.





Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM XII

EL PASEO

Me encuentro esperando a que me pasen una primera corrección de estos cuadernillos. Y continuo haciendo memoria de lo vivido en México. Pongo la radio y una mujer me dice —hay que dejar la ciudad, hay que volver a la naturaleza, las ciudades son ya lugares estériles que se alimentan de su propia podredumbre...— No voy a decir que esté completamente de acuerdo con eso, pero desde luego yo quiero volver a la naturaleza. Se me vienen a la memoria mis paseos diarios por el bosque del Hiloche, allá en Real del Monte, en México. Fueron meses solitarios los que pasé en aquel lugar, y fueron en esos paseos donde terminé de aprender a disfrutar de esa soledad ya con una absoluta seguridad, sin el fantasma ese que me susurraba en la cabeza que estar tan solo no era bueno, que me tenía que relacionar más y tener muchos más amigos. En esos humildes paseos sentía la paz y la tranquilidad emocional que me dan los abrazos de mis personas más queridas. Más tarde, otro día, escucharé en la radio —la soledad es devastadora para la mente del ser humano—, aunque puntualizará, —bueno, casi para cualquier ser humano— yo debo ser como un

superhumano por mi resistencia a la soledad, o quizás no, y mi mente está totalmente devastada y aún nadie se dio cuenta.

He querido recuperar fotos de mis paseos por el bosque del Hiloche, pero para mi sorpresa apenas tengo quince fotos, la mayoría de detalles que había dibujado en su momento. Son pocas teniendo en cuenta que durante seis meses casi me paseaba a diario por el bosque. Se me había ocurrido reproducir con dibujos ese paseo, pero me da miedo que tirando de memoria, y con mi torpeza, convierta esos recuerdos en otra cosa. Me siento incapaz de dibujar todas esas sensaciones.

Busco en internet imágenes del bosque que me ayuden a reconstruirlo, pero no hay nada de los senderos por los que yo me aventuraba. Miro en una red social de imágenes fotos sacadas en ese lugar. Ahí sí encuentro lugares que reconozco, pero están cambiados, están inundados de esas personas que en sus imágenes de recuerdo y postreo anteponen su yo social al lugar donde se encuentran

—hola amiguis, soy yo en el Hiloche siendo superfeliz—.

Voy a dibujar a todos estos extraños a los que jamás me crucé en mis paseos por el Hiloche, es más divertido que aburriros con descripciones sensoriales de los cantos de los pájaros, sonidos de bosque, árboles milenarios, nieblas, brisas, rocíos o luces filtradas por las hojas de los árboles. Y más sano para los agradables recuerdos que tengo de ese lugar.

Que sean las semillas, de los recuerdos digitales de otros, las que se conviertan en un nuevo relato.



Cuidado princesa, el bosque está lleno de hombres buenos.



Te lo advertí princesa. Ahora de tu mirada solo quedará el recuerdo.



Se lanzaron al bosque a buscar culpable



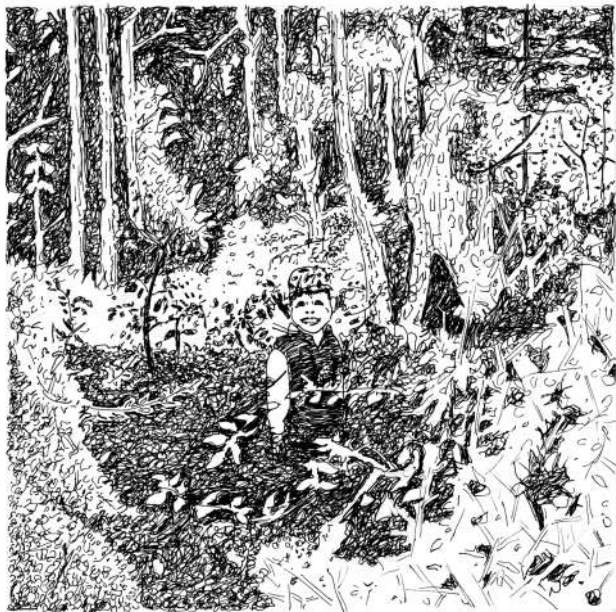
...con sus mejores sabuesos sin olfato se recorrieron cada rincón de los caminos señalados.



En la televisión cada día encontraban a un nuevo falso culpable.



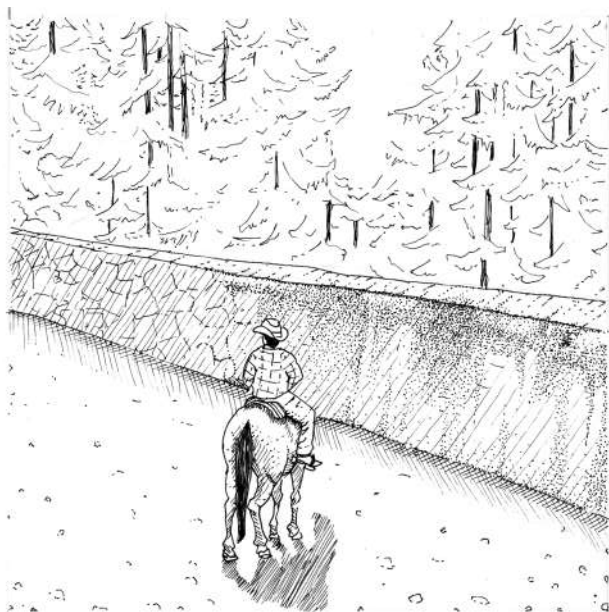
Era un buen hijo, y por lo tanto un buen hombre.
Por eso nadie se explicaba cómo podía ser posible.



Echaron la culpa a los duendes del bosque.
Dijeron que lo confundieron con sus susurros.



Algunos hablaban de cierta bruja del bosque que te enseñaba la pierna y ahí te dejaba. —Seguro que lo embrujó y por eso hizo aquello— decían en la barra del bar.

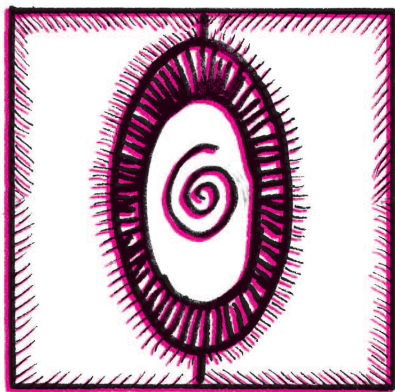


Decidieron construir un muro alrededor del bosque para evitar que nada saliese, ni nadie entrase. Se quedaron viviendo en un erial.



Mirando su álbum de fotos encontraron aquella foto en el bosque mirando hacia el futuro. No se reconocieron, y se preguntaron, en silencio, qué es lo que había pasado con ellos.





Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM XI

Mis cosas

En mi continuo migrar, de un lado a otro, de un oficio a otro, de un aprendizaje a otro, en cada cambio de vida, en cada mudanza, me he visto obligado a ir aligerando equipaje; y si alguna vez sentí que no tenía casi de nada y me lamentaba por mi suerte, ahora me agobio cuando empiezo a sentir que acumulo más cosas de las que caben en mi mochila grande. Por eso cuando adquiero algo debe ser muy valioso para mí, ha de ser necesario, casi imprescindible. Una vez escuché hablar de una artista que cuando marchaba regalaba o vendía todas sus herramientas, y adquiría nuevas en el lugar en el que aterrizaba. Me pareció un plan maravilloso, aunque he querido ir un poco más allá, y tender en mi vida a no tener nada. Pero la nada, como el infinito, es inalcanzable. Solo una entelequia con la que jugar y crear. Solo la muerte, quizás, sea esa nada. Pero también podría ser el infinito, y eso ya, sería todo. Justo lo contrario. Así que nada espero de la muerte.

Y en ese nada querer, empiezas por tomarle cariño a lo que tienes, a lo poco que se hizo imprescindible. Y te pones a escribir sobre esas cosas y te

das cuentas que fueron tu única compañía, y que saben más de uno que cualquier otro ser, o cosa, en este mundo. Y empiezas a conversar con ellas para saber lo que pasó. Así el relato se transforma, y lo que eran vagos recuerdos se convierten en una realidad totalmente verídica en el ecosistema de ese relato.

Los vagos recuerdos son semillas, plántalas en un presente fértil, y deja que el relato se convierta en realidad, virtual.

LA CAMISA ROJA A CUADROS GRISES

Fue por un mensaje que ella me mandó a mi teléfono que me enteré que mi camisa roja a cuadros grises estaba flotando en el mar.

—Soñé que hacías un relato sobre tu camisa naranja a cuadros, flotaba en el mar.—

No podía entender que motivo podría tener para marcharse. Siempre la traté bien, y fue mi camisa favorita durante mucho tiempo, mi camisa más viajera, la que me ponía para ir en avión o en largos viajes en guaguas mexicanas, también era mi camisa para las citas importantes, para las mejores fiestas. Me la ponía igual para largas caminatas como para las cortas a comprar el pan. Me la ponía cuando necesitaba sentirme guapo y seguro. Era una camisa llena de coraje. Con ella fui maestro, dibujante, tejedor, escritor, fui el mejor de los friegaplatos, fui amante y amado. Estuvo en Menorca, Mallorca, Madrid, Barcelona, Granada, Las Palmas, la caldera de Taburiente, Ciudad de México, Pachuca, Real del Monte, Hermosillo, Cuernavaca, Real de Catorce, en playas salvajes

de Guerrero, Oaxaca, Puerto Escondido, Chiapas, Antigua Guatemala, se paseó arriba del Acate-nango viendo explotar el volcán de fuego, por estar hasta en un calabozo mexicano estuvo. Lo que no hice fue dormir con ella, no quería que amaneciese arrugada, y es que voy por la vida sin plancha. También con ella tuve un accidente de bicicleta, uno de los lamparones es de la sangre de aquel accidente. A continuación vería el proceso durante el cual alcancé la mayor borrachera que agarré en mi vida, que ya es decir con mi currículo. Tan solo ella sabrá si alcancé a dar algún beso aquella noche, o todos me los rechazaron. Sabrá cómo llegué a casa y por qué cagué encima de la silla, sería testigo de cómo me vomité encima sin que a ella le alcanzase nada de toda la podredumbre alcohólica de aquella noche. Fue testigo de mi juramento de nunca más beber de esa manera.

Igual el pensar en darle más descanso solo fue una excusa para que no me molestase la conciencia cuando adopté a otra camisa como mi favorita.

Sí, igual te pusiste celosa por la otra, esa camisa

que ella, que soñó contigo flotando en el mar porque yo lo escribía, escogió por mí. Camisa lisa, blanca, con doce agaves bordados, fresca guayabera de sedentario. Igual no son celos lo tuyo, igual es decepción. Cuando nos conocimos yo bullía por la emoción del viaje, de la aventura, de lo inesperado. Te cambié a ti, camisa con alas, por una guayabera con raíces que insistí que escogiera otra persona por mí. No como contigo, que fue verte y ya quererte.

No sé qué le dirías a la guayabera cuando os lavé juntas, pero quedó sonrojada para siempre, bien impregnada de ti. Tienes que saber que aunque ahora sea mi preferida no la uso ni la mitad que a ti. Es camisa de estar guapo y fresco, intentando no mancharse, ni se pretende más, y para mí está bien.

Discúlpame, si vuelves, y lo deseas, limpiaré nuestros lamparones y escucharé de tus aventuras en el océano, pero quizás debas entender que es tiempo de raíces y de volar en corto. De momento, estar, es ahora mi camino.

MIS CHOLAS

Son de esas cerradas que se sujetan tan bien al pie. Como sandalia de romano, pero estas enteras de distintos plásticos más o menos confortables. Las compré en Palma de Mallorca en mayo del dos mil diecisiete. Justo cuando daba los primeros pasos a una nueva vida. Estos primeros me llevaban a Menorca, a pasar un verano en hostelería amasando unos buenos dineros.

Me había deshecho de casi todas mis cosas, iba con lo justo. Necesitaba un calzado cómodo y fresco y proyecté en esas cholas todo aquello necesario para esos primeros pasos en la isla de Menorca. Y si me salían buenas, seguirían midiendo mis pasos hasta que su suela desapareciera en su afán de dejarse algo en cada huella del camino.

En un principio tuvieron suerte en Menorca, ya que las usaba poquito al pasar la mayor parte del tiempo en el trabajo, donde no podía usar calzado abierto. Pero su suerte llegó a su fin el día que agarré un camino pedregoso y no lo solté durante treinta kilómetros. Soportaron bien todos esos

pasos a través de bellos bosques y calas mediterráneas, por los que yo, absorto por el hermoso paisaje, me tropezaba a cada rato, forzando la estructura de las cholas. Y parecieron soportarlo todo bien, pero pasó, que al despertar al día siguiente y fijarme en la chola derecha, pude ver una grieta allí donde se unía una de las tiras con la suela. Apareció como el resto de dolores que se hicieron presentes esa mañana en el resto de mi cuerpo, casi sin notarlo, pero con una presencia de esas que te dejan inmóvil, esperando a que pase su momento.

A partir de ahí sería muy cuidadoso con ellas y no las volvería a forzar de aquella manera. Y si se me olvidaba, esa chola se encargaba de recordármelo provocando algún tipo de tropiezo no calculado.

Ya llena mi cartera de euros, me encaminé a México. Llegué en Avión calzando mis botas. Era ya Noviembre y comenzaba a refrescar. Además, el pueblo en donde iba a vivir esos meses estaba a tres mil metros de altura, así que era bastante frío, tanto que por las noches se congelaba el agua en las tuberías, aunque hay que decir, que esa facilidad para que se congelase

el agua en las tuberías tenía que ver con cierta actitud humilde que les llevaba a poner las tuberías de cobre para el agua, por el exterior de la casa, dejándolas a su suerte frente a las continuas heladas nocturnas que se dejaban caer por el pueblo. Quizás se pensaron mis cholas que iban a reposar durante todo el invierno, pero para nada. De tanto que me llamaron güero en el pueblo me lo creí, y comencé a usar esas cholas con calcetines hasta las rodillas, cual guiri por Canarias. En principio solo por casa, pero una vez perdida la vergüenza, hasta a la calle salía así para hacer los mandados diarios. Guiri es un término que se usa para referirse a ese extranjero que viene de vacaciones a canarias y que es blanco o rojo, ya dependiendo de lo imprudente que fuera con el sol, y además muy rubio. El término tiene cierto carácter despectivo, pero poquito. Güero viene a ser algo parecido, pero sin ese carácter despectivo. En cierta manera ser guiri o güero es una cuestión de actitud más que de unos rasgos físicos, que también. Uno, si querer, puede convertirse en guiri solo con plantarse en un sitio desconocido pretendiendo que todo funcione igual que en tu lugar de procedencia.

Pero no solo se anduvieron esas cholas por las calles de aquel pueblecito de montaña, me acompañaron en el resto de viajes por México como segundo calzado. Un día cometí el error de ponerme las para ir a visitar las pirámides de Teotihuacan. Estaba pasando un día en Ciudad de México y pasó, que en el camino, cruzando el mercado Tacuba de camino a la parada de metro con el mismo nombre, mi desnudo dedo pequeño del pie derecho se tropezó con una tapa de hormigón que sobresalía de su hueco. El dolor fue fuerte, pero en el frenético caminar por los lugares de Ciudad de México, lo obvié con estoicismo. Fue ya subido en el metro, camino de Indios Verdes, donde agarraría el camión hacia Teotitlan, donde me daría cuenta que mi dedo sangraba profusamente. Mi amable acompañante me dio unas servilletas de papel, y con ellas improvisé un vendaje. Y fue así como terminé derramando unas gotas de mi sangre sobre las pirámides de Teotihuacan como sacrificio improvisado al dios de las cholas, si existiese tal cosa, claro.

La lección fue que no debería andar por las calles de ciudad de México en cholas, es demasiado arriesgado para mis pies.

Después de diez meses regresé a España, y la grieta seguía allí. Ni más grande, ni más pequeña. Totalmente integrada por el desgaste con el resto de la chola. Hoy, día que escribo este relato, estas cholas cumplen dos años. He decidido hacer lo posible para evitar que la grieta se agrande y termine por partir la chola en dos, cosa que haría inservible a la chola izquierda también. He limpiado la grieta de todos sus recuerdos, menos de la sangre, que penetró profundo en su textura porosa, luego he añadido unas gotitas de cianocri-lato y cuatro grapas para asegurar el cierre. Luego, les he susurrado con cariño.

—Vamos a por otros dos años queridas cholas.

La mochila

Tengo dos mochilas, una muy grande, de setenta y cinco litros, de esas de llevar la casa encima, y otra pequeña, de treinta litros, que puede aparentar ser más pequeña si lo necesito. La primera lleva conmigo muchos años, como diez por lo menos, su uso ha sido bastante esporádico, y salvo algún remiendo, se mantiene bastante bien. Ella sabe de todos mis traslados y viajes largos. La otra me la compré al mismo tiempo que las cholas, y con la intención de que me acompañase en mi nueva vida en México, y lo que viniese después. Esta sustituyó a una mochila de veinticinco litros que estuvo conmigo como diecisiete años. La dejé al lado de un contenedor, junto con otro montón de cosas de mi etapa de estudiante de bellas artes de las que decidí deshacerme, en su mayoría ejercicios de clase a los que el tiempo había puesto en su sitio y ya no parecían tan buenos. Lo dejé todo ordenado, con la esperanza de que alguien lo reciclara y le diera una nueva vida. De todas esas obras de principiante no echo nada de menos, pero sí que me siento muy culpable de haber dado ese final a esa

mochila, sus cremalleras habían empezado a fallar del todo, a pesar de los apañes que le había hecho, el desgaste había terminado por inutilizarla.

Cuando me la compré hacía poco que me habían echado del ejército a causa de una oportuna epilepsia. Regresé de ese periplo militar como paracaidista, convertido en el estudiante que nunca fui. Me saqué rápidamente mi BUP y mi COU, y después me metí a estudiar audiovisuales. Comenzaba mi etapa de aprendizaje en los mundos creativos. La mochila me la compré para otra actividad que comenzaba y sería muy importante en mi vida, la escalada. Era económica, pero también resultó ser muy resistente, además de tener un diseño muy atractivo que el tiempo evidenció como poco eficiente en la distribución del espacio. Eso sí, era muy cómoda. Me gustaba tanto que pronto pasó a formar parte de mi espalda en todas las facetas de mi vida durante esos años. Una rápida revisión a mis fotos y allí aparece ella, viviéndolo todo, lo bueno y lo malo, y hasta de aquello que ni me enteré.

Ella era maestra de vida, y sobre su piel llevaba

las pinceladas, a veces literales, a veces metafóricas, de mi cambiante vida durante esos quince años, fue muda testigo de toda mi evolución y aprendizajes. Transportó mi equipo de escalada, cuerda incluida. También llevó en su interior mis apuntes de audiovisuales, y luego los de fotografía, más tarde todo el material de bellas artes. Llevó mi equipo de fotografía cuando trabajé de reportero, mis mudas cuando lo hacía de camarero o cuando hacía viajes cortos, llevó una piedra con un fósil que me hicieron sacar en un control de un aeropuerto en Cerdeña.

Y la dejé ahí, junto a los restos de la crisálida de mi formación plástica, como si solo hubieran formado parte de esa etapa. La aparté de todo lo que vino después, como si no tuviera derecho a vivir todo aquello solo porque sus cremalleras no cerraban más. Con ella aprendí que con una sola mochila me basta para andar por la vida. Y la dejé ahí, sin más.

Mi nueva mochila no tiene cremalleras, pero ya le aparecieron unos agujeros en el fondo. Remiendo y parche, y que aguante, como poco, unos veinte años.

Mientras escribo sobre mi mochila en mi puesto de trabajo tengo la radio puesta. Normalmente pongo radio clásica para ayudarme a concentrarme, pero esta vez me metí tanto en el recuerdo que dejé las noticias, que estaban puestas por defecto. Y ahora que he terminado de escribir sobre la mochila, presto atención a la radio. Dan la noticia de que ya han encontrado el cuerpo de una famosa esquiadora española. Su desaparición ha sido noticia toda la semana, junto a los incendios en el Amazonas, el brexit, la investidura, las corruptelas del PP, y de si los huevos son o no de las gallinas. Se me vienen a la cabeza las imágenes de la feliz esquiadora ganando medallas olímpicas para el tan necesitado imaginario de ese constructo que es España. Pesada mochila la de España que siempre tiene que ir a hombros de gigantes para alcanzar la gloria. Y ya cuando el gigante no es glorioso, que quebró por el peso de la mochila, pasa al multitudinario circo de los horrores donde la televisión busca juguetes rotos para quebrarlos , más aún, frente a los glotones espíritus de sus fieles telespectadores.

MIS BOTAS

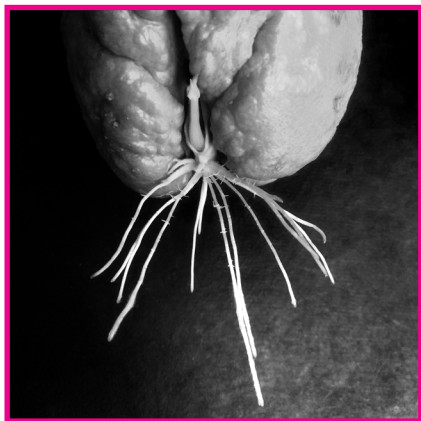
No, no os he olvidado/.../ ¿ustedes también se van a poner celosas? /.../ la camisa, pero ya le expliqué/.../ no es eso, es que os estoy reservando para cuando salgo a caminar por el campo/ .../bueno, hace un mes estuvimos de pateo por la Palma/.../ ya, pateo hubo poco, pero no fue culpa mía, fue culpa de los colegas que tenían otros planes más sedentarios/.../ que no, que no me avergüenzo de ustedes/.../ pues es que era la comunión de mi sobrino. Y siento deciros esto, pero estáis ya hechas un asco, necesitaba algo más elegante, y además está mi nuevo trabajo, tengo que ir medianamente presentable/.../sí, eso es verdad, pero ya os he dicho que prefiero reservaros para los pateos por el campo, y las nuevas para la vida en la ciudad, deberíais estar contentas/.../ ¡uf!, de veras ¿es que no os habéis visto? Vuestra piel empieza a estar quebradiza, y todavía os quiero usar, por lo menos, un año más/.../ lo siento, eso fue poco delicado, pero hemos de ser realistas, llegará el momento en que no os pueda usar más/.../ no os pongáis tristes, es normal que estéis ajadas, han sido muchos

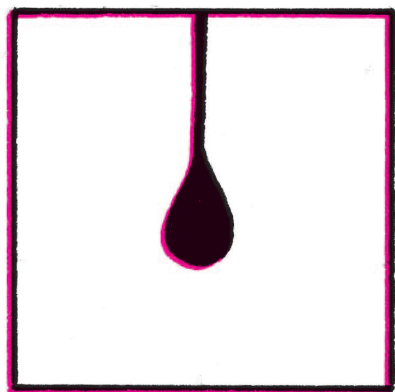
pasos juntos, en muchos lugares distintos ¿cómo olvidar todo lo caminado, todo lo visitado, todo lo bailado?/.../ jajaja, sí, sé que os encanta la cumbia, nunca tuve un calzado al que le gustase tanto bailar cumbia/.../no se aun que les gustará bailar a las zapatillas nuevas/.../ sí, con ustedes supe desde el principio todo lo que os gustaba. Os compré porque ibais a ser el calzado que me acompañase en mi aventura mexicana, así que os tenía que gustar caminar y bailar cumbia, y además no deberíais tener miedo a nada/.../ bueno, nuestra primera vez en Ciudad de México no fue miedo, era más el agobio por tanta gente, tanto coche, tanto ruido, tantos olores, tantas vidas.../.../ cómo sois, si un poco de miedo también, ¿pero qué queréis? Es normal cuando todo eso te avasalla y no sabes qué es lo que está pasando a tu alrededor /.../ sí, exacto, no era tanto miedo como un estado de sobrealerta continuo. Fue agotador/.../ Pues sí, tardamos mucho en volver, pero lo hicimos, y de la mano nos enseñaron, nuestros queridos chilangos, mucho de esa ciudad, ya por último solo había un cuidadoso respeto cuando nos movíamos por Ciudad de México/.../ Ahí un poco de miedo sí

que pasé, nunca olvidaré a aquel señor bajito con un machete de su tamaño y dos perros que parecían sus caballos gritándonos que nos fuéramos de su propiedad, que nos iba a correr a machetazos. Yo creo que ahí fue donde se me cortó el pulque que estaba tomando y ya me puse bien enfermo ¿Pero quién se iba a imaginar que esa casa abandonada en mitad del campo tenía un dueño con tanto celo?/.../¡uf! aquella también estuvo peluda, sobre todo cuando me pidieron que os sacara los cordones por el protocolo antisuicidio/.../ estaba bien oscuro cuando nos metieron en aquel calabozo lleno de migrantes ilegales /.../ vaya que sí, menudo loco, capo de una mara decía que había sido en Honduras, pero que pesado que se puso con lo de que había encontrado a Jesús en aquel calabozo en el mes y medio que llevaba allí, y que ya se sacó al diablo de dentro. Menos mal que se agarró a hablar con el otro hondureño. Pobrecillo, si no tenía bastante ya con sus enfermedades y con que le hubieran pillado los de migración, viene el loco este a exorcizarlo con su infinita cháchara/.../ de verdad que agradecí mucho en aquel lance el tener un pasaporte que me permite moverme con

esta libertad por tantas partes del mundo, y qué suerte que se resolviera todo tan fácil. Lo de dejarse el pasaporte olvidado en la casa nunca más/.../ mis aventuras con migración, como aquella vez en la frontera con Guatemala cuando aquella señora nos quiso sacar cinco mil pesos por darnos un permiso nuevo/.../ hicimos muy bien en decirle que no, y vernos obligados a cruzar a Guatemala, esos cinco mil pesos estuvieron mucho mejor gastados en ese viaje/.../ sin duda, la subida al volcán Acatenango fue muy especial, fue una suerte conocer a aquellas dos chicas de Barcelona y que me convencieran de hacer aquella ruta/.../quien iba a decir que tres meses después ese volcán, que veíamos erupcionar intermitentemente y que no era más que una atracción turística, terminaría explotando de aquella manera y causando tantas víctimas/.../ sí, la vida en centro América es realmente dura, siempre al filo, pero aun así viven con menos miedo que nosotros los europeos/.../ entiéndeme, me refiero a ese miedo que te hace vivir acorralado por temor a perder cosas, ese que causa depresiones en personas que en principio parece que no les falta de nada/.../ exacto, ellos viven el día a

día porque mañana vete tú a saber/.../eso es terrible, son muchos de ellos los que viven anhelando nuestro mundo, y en el camino se dejan el alma, si no la vida. Ese anhelo es una enfermedad para centro América, quizás de ahí venga el resto de sus terribles males/.../ tienes razón, es una realidad compleja ¿y lo nuestro?/.../vaya respuesta que me dais: una fantasía insostenible. Por eso no quiero usaros mucho, de tantos caminos que habéis pisado os habéis vuelto unas botas sabias, es mejor reservar/.../ no es una excusa de mierda, no seáis así/.../ dentro de poco, yo también tengo muchas ganas de salir al monte a caminar/.../ sí, yo también echo de menos el bosque del Hiloche, pero de momento nos tenemos que conformar con el árido Confital /.../no era el mejor bosque del mundo, ni el más bonito, y era difícil no escuchar el tráfico de la carretera estatal, y luego aquel vertedero que se habían improvisado, pero estaba al lado de casa, y sus árboles eran muy antiguos, y tenía rincones realmente mágicos donde evadirse de todos sus peros /.../ calla, eso es un secreto entre tú y yo.





XIII

Escrito, editado e impreso
por Rafael García Artiles
durante el 2019

FATUM XIII

PRÓLOGO

aquel niño

Fue Bea, una de las personas a las que pasé el borrador de este recopilatorio de historias, la que me hizo ver que me había equivocado al descifrar las coordenadas del disco de plomo, errando en dos cifras. Esas nuevas coordenadas me llevaban a otro lugar, así que no me lo pensé mucho y fui a ver qué podía encontrar.

El lugar estaba relativamente cerca de aquel lugar en el Sacromonte granadino donde encontré aque envoltorio dorado de chocolatina mexicana. Fue llegar y encontrar lo que estaba buscando. Era un agujero, muy similar a los de mis ensoñaciones de temazcal, tan nada y todo a la vez. Es extraña la paradoja de que si no me hubiera equivocado, y lo que encontré de manera tan errática no me hubiera llevado a realizar ese gran viaje, no habría sido capaz de reparar en aquel agujero.

Me asomé por él, vi a un niño como de unos doce años, sentado en una mesa, rodeado de lápices de colores y copiando una avión de combate de una revista. En ese instante el niño era feliz, pero se palpaba en el ambiente una profunda tristeza. Debe ser por la omnisciencia del sueño que supe

del infierno familiar en el que vivía aquel niño, y de cómo estaba todo a punto de empeorar por una enfermedad y la cruda llegada de la pubertad.

Alzó la vista de su dibujo y me miró... ¿Cómo puede una mirada estar tan cargada de vida y ser tan anciana a la vez? ¿Cómo puede ser que un niño te mire pensando que eres la muerte y se alegre de verte? Era eso su mirada, un montón de vida deseando que le llegase la muerte.

Me terminé de colar por el agujero y me senté frente a él. No tenía miedo, pero sentía su inquietud por cómo fuera a ocurrir todo. Lo tomé de las manos, manos de niño tímido que se encogían en mis manos de resuelto adulto.

—A partir de ahora todo va a estar bien. Agarra tus lápices favoritos y vayámonos, es tiempo de dibujar tiempos mejores.

Me miró y sonrió tímida, pero decididamente. Cogió solo un lápiz de grafito y una goma.

—La goma no te hará falta, no vas a dibujar una sola línea que no sirva.

Le dejé creer que era la muerte, quién sabe, quizás sea eso la muerte. Lo aupé y le invité a pasar por el agujero por el que me había colado en su habitación. Yo fui detrás de él, y lo que me encontré, para mi sorpresa, fue la más profunda negrura. El niño comenzó a llorar, pero no por miedo, sino por pena, una pena profunda, la que viene de producir dolor y sentirlo en tus carnes, el dolor que iban a sentir sus hermanas y su madre con su muerte. Se sentía culpable. Lo abracé contra mí, fuerte y cariñosamente, abriendo un hueco en mi pecho donde los estertores de su pena se dieron a un lánguido disipar. Pobre niño que aprendió antes a morir que a vivir, que supo antes del dolor más profundo, que de la más sana alegría.

No sé qué tiempo estuvo llorando en mi pecho pero dio para formar un océano en él.

—Por favor, dibuja un barco con tu lápiz, que nos ahogamos.

Yo sería su falso Caronte en la travesía por este océano que se abrió en mi pecho.

Aquel niño tenía un don natural para el dibujo,

pero de nada sirve ese don si no se acompañaba del conocimiento que, con sabiduría, se ha acumulado durante siglos de dibujo. Yo no era almacén de ese conocimiento, pero sí que conocía el camino para alcanzarlo, y cómo caminarlo. Así que me dispuse a enseñar a ese niño a navegar la línea y llegar con ella a donde quisiera.

Primero comenzamos a garabatear en el mapa la ruta, que se navegaba a la vez que él la dibujaba. Sus movimientos se acercaban cada vez más hacia la autonomía de su línea. Primero descompasando la línea de sí mismo, luego volviéndola a acompasar. Así navegamos por largo rato, libres y relajados, por un océano a veces manso, a veces tortuoso.

Ya liberada la línea navegante de amaneramientos aprendidos, tocaba descubrir cómo interpretar el mundo que le rodeaba. Navegamos el complejo mapa de sus manos, el de la mías, el de su rostro reflejado en el mar en calma, el de mi rostro reflejado en su mirada, sus pies, mis pies... ya navegada cada parte de nuestros cuerpos, pasó a navegar cada elemento del barco que el mismo había dibujado. Así descubrió que puede mejorar todo lo que le

rodea con solo volverlo a intentar de nuevo.

Redibujado el barco y convertido en una proeza de la técnica y de la fantasía, pasó a dibujar el océano.

Tropezó, no pudo dibujar ese océano, ni yo podía decirle cómo dibujarlo. ¿Cómo hacerlo cuando la línea que trazábamos navegaba sobre ese mismo océano cambiándolo con cada trazo?

Al final solo nos quedó un muro de líneas totalmente infranqueable que no nos dejaba avanzar.

El niño me miró, y me dio la mano, con una seguridad que nacía de la más tierna inocencia y la absoluta ausencia de límites, se despedía. Dibujó un complejo equipo de buceo unipersonal y autopropulsado, y con él se tiró al océano. Lo vi sumergirse sin mirar atrás. Allí me dejó, sin plantearse nada más. Pero qué reprocharle, yo solo era la muerte, un falso Caronte que le cruzó en el barco que él mismo dibujó y que ya no podía llevarle más allá. No podía seguirle, yo no tenía esa capacidad suya de crear lo que se me antojase con el dibujo. Y el único sitio a donde ir en ese océano que albergaba mi pecho, era ahora mismo ese muro que tenía

delante. Tenía que volver a convertirme en aquel escalador que una vez fui, y como poco, llegar a su cima, a ver qué había detrás de él.

Tenía que buscar una buena ruta para subir. Así que me alejé del muro para tener mejor perspectiva. Una parte del muro solo quedaba dibujada por su límite superior. En otros lugares de ese muro, pequeñas líneas horizontales habían sido colocadas consecutivamente, disminuyendo la separación vertical entre ellas según se iban acercando a lo más alto; el horizonte donde se juntan todas las líneas para significar el infinito. Típico recurso para conseguir profundidad. En otro lado era un barullo de líneas que se amontonaban, supongo, en un fútil intento de dibujar un mar embravecido, o quizás solo era frustración.

El lugar que me resultaba más fácil para ascender era el de las líneas horizontales perfectamente ordenadas, pero tenía el problema de que las primeras líneas se encontraban muy separadas entre ellas. Ni siquiera en mis mejores tiempos de escalador hubiera sido capaz de salvar esa distancia con un salto. La parte del muro que solo estaba

delimitada por su cima quedaba descartada por su falta absoluta de superficie a la que asirme. Ya solo quedaba la maraña de líneas, que aunque pudiera parecer sencillo por la cantidad de agarres que se podían encontrar, por experiencia sabía que de repente se podía complicar todo.

Como era de esperar, tardé un rato en conseguir salir del agua trepando por la pared. Es esta una tarea compleja porque tus músculos están fríos, y el agua produce una especie de efecto ventosa que cuando crees que por fin podrás salir, tira de tu trasero de nuevo al agua. Pero lo conseguí, y comencé mi escalada por aquellos garabatos. Me lo tomé con calma, y fui midiendo cada paso que daba para hacerlo de la manera más eficiente posible, esto era importante dado mi estado físico en aquel momento, que no era el mejor posible. Poco a poco fui entendiendo el sentido y el tempo de aquel garabato. Aprendí a leerlo, como hay que aprender a leer la roca cuando escalas, para saber qué te encontrarás en el siguiente agarre y calcular bien tus movimientos.

Fui ascendiendo, disfrutando de cada movimiento,

sintiéndome fluir con naturalidad, respeto y seguridad. Cuando escalas así es cuando realmente gozas del reto. Llegar arriba es importante, pero llegar así, es aún mucho más importante. Tiene mucho que ver con cierto disfrute estético. Es tu cuerpo dibujando figuras sobre la roca, y tú sintiéndolas con el movimiento de tus músculos, como un ciego que descubre formas con su tacto. Es bailar.

Estuve un rato ascendiendo con este goce, hasta que de repente, el garabato cambió, se volvió vertical, reiterativo, rabioso, descontrolado y sin sentido. De la insistencia y la energía mal proyectada se había rasgado la superficie de dibujo, dejando huecos de nada a los que sujetarse suponía desaparecer. Si intentaba agarrarme a aquella frustrada línea, esta se deshacía en mis manos.

No podía continuar, el descenso no era una buena opción, saltar al agua... esa idea me aterrorizó. El miedo irracional empezó a tomar el control de mi cuerpo. Me agarré con más fuerza de la necesaria, tensé todos mis músculos. Mi pierna derecha empezó a temblar fuertemente. Sabía que si seguía así, la puntera del pie derecho perdería su apoyo y

eso sería caer sin remedio. Me tensé aún más.

—¡Baja el talón!— me dijeron desde el recuerdo todos los compañeros de cordada que había tenido.

De la tensión estaba de puntillas sobre mis pies, que a su vez estaban sobre una delgada línea. Bajé el talón y el temblor de mi pierna desapareció.

—¡Respira!— Me volvieron a gritar a coro.

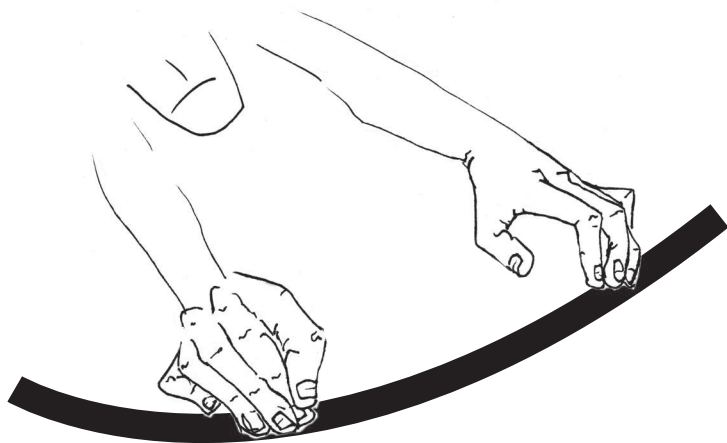
Debería estar ya morado de estar aguantando la respiración. Solté el aire y respiré profundamente por mi nariz. Me inundé de mar, y de paz. Como cuando margullas en la playa de las Canteras rodeado de viejas, sargos, pejeverdes, galanas... Casi flotando me moví con cuidado, pero con calma, hacia mi derecha. Me dirigía hacia donde estaban dibujadas las líneas horizontales que querían simular profundidad. A esa altura calculé que ya deberían estar más juntas.

Comencé a auparme de línea a línea, no era tan divertido y bonito como lo anterior, pero me llevaría hasta arriba, siendo cada vez más fácil la ascensión. Aburrido pero eficiente, como el truco de las

líneas de profundidad. O eso creía yo. Porque de repente al ir a buscar la siguiente línea con la mano no encontré nada. Separé un poco la cabeza de la pared y vi que la siguiente línea estaba como tres metros más arriba. Es por eso que aquellas líneas de profundidad no funcionaban, se había olvidado de dibujar esas líneas, y así se rompía el efecto óptico, y se me complicaba la ascensión.

Tendría que buscar otra salida. Vi a mi izquierda un garabato, fugado de aquella amalgama imposible de la que me tuve que aupar. Creo que podría usarla para intentar alcanzar la siguiente línea horizontal. Se ponía interesante, tendría que hacer un lance para alcanzar mi meta, me encantaban los lances. Un lance es, para los que no conocéis la jerga escaladora, un tipo de movimiento muy dinámico en el cual te lanzas, literalmente, soltando todos tus agarres de manos y pies, hacia otros agarres para tus pies y tus manos. Este tipo de movimiento requiere de cierta potencia, pero sobre todo de mucha coordinación, y por supuesto técnica. Todos tus músculos se tienen que mover en el momento y en la dirección correcta para

salir impulsado con la energía suficiente, ni más ni menos, hacia el siguiente agarre; al que te tendrás que aferrar con tus manos en el momento justo, mientras el resto de tu cuerpo se mueve para frenar las inercias generadas por la potencia del desplazamiento. Finalmente, tus pies buscan rápidamente dónde colocarse y terminar de repartir el peso del cuerpo con eficiencia.



Y alcancé la cima, y lo que vi al otro lado me dejó pasmado. Aquello, en aquel plano, solo podía ser obra de aquel niño.

Se había dibujado un mundo entero, a la medida de sus capacidades, anhelos, y como descubriría después, sus miedos. A pesar de todas sus imposibilidades, era tan imperfectamente bello que no podía dejar de ser real, lo más real que había percibido en mi vida. Mientras yo me peleaba con el muro de su torpeza, él alcanzaba la perfección creadora, la que da vida y activa todos tus sentidos. Pues aquellas líneas tenían nuevos olores, sabores, colores, tenía texturas nunca acariciadas. Imaginaros que dibujó cinco nuevos sentidos y ni se molestó en ponerle nombre a ninguno ¿Para qué, si podría dibujar otros tantos?

Mis capacidades descriptivas son bastante mediocres, y sinceramente, me da mucha pereza, además no existen palabras para definir mucho de lo que allí se había creado. Pero sí que me voy a atrever con uno de esos objetos, porque puede ayudar a entender el por qué no quise darle un lápiz nuevo. Era una bicicleta para la que no hacía falta que

tuvieras equilibrio. Como una bici con rueditas a los lados. Aquel niño de doce años no había aprendido a montar en bicicleta, y no tenía intención de hacerlo. Y así con todo lo demás: un lago donde no hacía falta nadar para moverte por él, unos amigos que eran amigos porque en eso consiste ser amigos, un juego de fútbol que consistía en nunca darle a la pelota como tenías pensado, una escuela donde valoraban que no aprendieras nada... Hasta redibujó todas las ciencias para que se reinventaran a cada destello de su imaginación. Había creado un mundo que nunca le pondría zancadillas.

Pero no todo estaba siendo perfecto en ese mundo, había un elemento que había traído con él que estaba a punto de acabar con todo. Su lápiz se acababa. Aquel niño sabía que dejar de dibujar sería el fin de todo, otra vez, pero esta vez no quería que acabase.

Fue por eso que cuando me vio, sí que me miró esta vez como el que mira a la muerte inesperada. Con el pavor a que todo se acaba y ya no se sabe que vendrá después. Pero en una segunda reacción paso a aferrarse a una esperanza vana, a una

mala lectura de las señales. Quizás no venía en mi papel de muerte, quizás solo venía a traerle un nuevo lápiz, porque el suyo estaba a punto de acabarse, y era incapaz de dibujar un nuevo que le sirviera para seguir dibujando.

—No, lo siento, no vine a traerte un nuevo lápiz. Es hora de regresar.

Era mentira, aunque no del todo, tenía un lápiz, pero no estaba allí para dárselo. Quizás, si no hubiera visto lo que vi, se lo habría entregado. Pero yo hacía de muerte, y aquel niño tenía que aprender a enfrentarse a la vida, aunque esta tuviera aún mucho dolor para él. Tenía que aprender a sobreponerse y descubrir que era mucho más capaz de lo que su entorno le imponía. Quizás nunca llegará a crear como lo hizo aquí, pero no tiene sentido crear solo para uno mismo, además, los lápices se acaban, y siempre necesitas de alguien que te suministre nuevos lápices. Así es la vida, y es hermosa por ello.

Bajó su cabeza y me dio la mano. El agujero se abrió ante nosotros y por allí nos metimos. Salimos

de nuevo a una profunda oscuridad. Se abrazó contra mi pecho, y allí quedó dormido. Lo tomé entre mis brazos y caminé con él hacia la puerta de su habitación. Estaba entreabierta y dejaba colar un rayo de luz que nos guiaba como un faro en aquella oscuridad. Entramos, lo tumbé en su cama y lo arropé. En unas horas le daría un ataque epiléptico y olvidaría todo aquello.

—Lo siento, no puedo hacer más por ti, pero confía, la vida te guarda muchas cosas hermosas e inesperadas, solo aguanta el tirón y aprende a cada paso.

Yo me volví por el agujero y salí a mi cuarto en la azotea de la casa familiar donde vivimos ahora, escribí toda esta historia por miedo a olvidarme de ella. Seguí durmiendo. Estaba agotado.

